

GIBRALTAR, AMOR ENTRE FRONTERAS



Olga Fernández Txasko

GIBRALTAR, AMOR ENTRE FRONTERAS

Olga Fernández Txasko

Copyright 2024 Olga Fernández Txasko
Obra Protegida por Derechos de Autor
ISBN 9798875930232
© 2024 Olga Fernández Txasko

www.olgafernandeztxasko.com

Quedan prohibidas, dentro de los límites establecidos por la ley bajo las prevenciones legalmente previstas, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin autorización escrita de la titular de los derechos de autor.

Agradecimientos

Agradezco a mi familia por su apoyo y por alentarme a que haga lo que más me gusta, contar historias. Pero esta novela, no hubiera sido posible sin las vivencias que me han aportado diferentes personas que me abrieron su casa en Castellar de la Frontera y Casares. A esas personas tan generosas con las que compartieron conmigo los recuerdos de sus padres e infancia, les dedico esta novela.

INDICE

1ª PARTE

1. La Caleta
2. El amor
3. El Town
4. Una nueva vida
5. Un caballero azul
6. José
7. Fiesta en la casa del Gobernador
8. Amor por Sonia
9. Amor por José
10. Adiós Gibraltar
11. El tesoro de Castellar de la Frontera
12. Ronda
13. Destino, Francia
14. París
15. Soledad
16. Londres
17. Mi adiós

2ª PARTE

18. Recordando a mi abuela y paseando por Gibraltar
19. España
20. Por fin todo encaja
21. Los entresijos

1ª PARTE

1. La Caleta

—Daddy. Levántese de la cama, no puede seguir así. Tiene que comer, salir a que le dé el aire, asearse y hacerse al mar. Ya no nos queda dinero y nadie más me quiere fiar.

Abrí el pequeño ventanuco de la maloliente habitación, permitiendo que la luz del sol y la brisa del mar entraran en aquella estancia oscura y con olor a rancio. Dirigí mi mirada hacia el suelo desordenado de la habitación y noté varias botellas vacías de alcohol que mi padre había ingerido tratando de ahogar sus penas. El efecto del licor barato, limitaba su movilidad por la mañana.

—Salga de la cama, papá, tiene que ir a pescar. —Le agité, sin que él apenas respondiera más que con un leve gruñido. —¿De dónde ha sacado el dinero para comprar estas botellas? En casa estamos escasos de recursos, y los pocos peniques que entran, los destina usted a sus borracheras. Debiera de darle vergüenza. No me alimenta. No se preocupa de mi bienestar. Si no fuera por las vecinas generosas y el párroco, me hubiera muerto de hambre.

Jeffrey, mi padre, al escuchar mis quejas, quiso seguir perdiéndose en los efectos del alcohol, tratando de escapar de la vacuidad que le quemaba desde el día que su mujer, mi madre, nos abandonó cuando yo apenas era una niña de seis años. Desde entonces no logró recuperar el ánimo. Su dolor era insoportable, y los rumores que circulaban por la Caleta de que Hannah, se había marchado a Londres con un rico comerciante judío, hacían su vida aún menos llevadera. Pensar en aquella mujer a la que todavía amaba, le dolía. Tanto, que solo quería dormir para que los recuerdos de su olor y su sonrisa no lo atormentaran.

Sé que mis palabras le encerraban más si cabe en sí mismo, y por un momento me arrepentí de mis reproches por sus excesos. Pero yo era una adolescente, e igual que él, luchaba contra mis heridas. A mí también me había abandonado mi madre. Y mi padre, aunque no fuera lo que él pretendiera con su manera de esconderse de sí mismo, igualmente se apartaba de mí. Sus ausencias me empujaron a tener que aprender a sobrevivir desde los seis años, a luchar contra el agujero que acudía a mí cuando finalizaba el día instaurándose la oscuridad, al no tener a nadie que me arropara o me diera un beso de buenas noches. La falta de unos padres, me empujó a refugiarme en sueños donde siempre me veía encontrando un príncipe azul que me alejaba de toda aquella pobreza y colmaba de atenciones. Solo imaginando que me abrazaban, conseguía dormir y escaparme durante las horas de negrura, del vacío que mis padres dejaron en mí.

Yo sabía que la intención de mi padre estaba muy lejos de lastimarme. Muchas veces, cuando me miraba y los ojos se le llenaban de amor, no solo me veía a mí. Contemplaba a mi madre, hasta que las lágrimas de la añoranza de aquel amor, tan fuerte, le devolvían al ahora, al cariño tierno de padre que sentía por mí, que se entremezclaba con esa expresión de vergüenza por no haber sido más fuerte que el dolor que el abandono de su amor le producía.

Mis palabras, cargadas de reproche por su intento de autodestrucción la noche anterior, resonaban con una intensidad desgarradora en su interior. El amargo regusto del alcohol y la opresión en su cabeza eran implacables recordatorios de una noche que jamás debió haber sucedido. Sumido en un abismo de desesperanza, no encontraba la fuerza necesaria para

enfrentar un nuevo amanecer, mucho menos para ofrecerme las explicaciones que merecía por sus equivocaciones.

Observando la expresión de amargura en su rostro, podía percibir cómo se detestaba a sí mismo. Consciente de su sentimiento de culpabilidad por no haber asumido la responsabilidad de cuidar a su hija, desde que mi madre nos abandonara, me miraba con tristeza.

Jeffrey, sumido en su dolor y refugiado en el alcohol, se había alejado de su papel como padre. Cuando me miraba, yo sabía que mi padre sentía el peso de la decepción, pues era consciente de que en innumerables ocasiones me había dejado sola, mientras yo me alimentaba de las escasas atenciones de las vecinas y crecía en la dureza de la calle. Cuando sus ojos se posaban sobre mí, aquel hombre curtido por el mar y la pérdida, percibía todas las ausencias que habían marcado mi vida, y esa penosa realidad lo atormentaba en lo más profundo de su ser.

A pesar de ello, no podía escapar de la cárcel del resquemor que sufría su alma por aquella mujer que tanto había amado. No soportaba el recuerdo de la belleza morena a la que yo, según él contaba, cada día me parecía más, y la botella seguía siendo su compañera noche tras noche, aun a sabiendas de que ya no solo había destrozado su relación conmigo, sino que estaba terminando con su propia vida. ¿Pero no era eso lo que buscaba? Desaparecer del mundo para dejar de sufrir. Al menos eso era lo que a mí siempre me había parecido, que no quería estar más entre los vivos si no podía compartir sus días con mi madre. Y eso, no iba a ocurrir, ya que desde que se fue, nunca nos hizo saber que le importábamos lo más mínimo.

Siguió dormitando, me imagino peleándose como siempre con sus recuerdos, hasta que el ensordecedor sonido de la sirena de un barco pesquero que estaría entrando en el puerto después de una noche de faena, le devolvió a la realidad.

—Déjame Sonia. Vete. Mereces algo mejor que yo, alguien que te cuide y se preocupe por ti. Yo soy solo un desecho, no merezco tu atención.

Con lágrimas en los ojos, conocedora del sufrimiento de mi padre por la partida de mi madre siendo yo una niña pequeña, no podía más que sentir pena por aquel hombre de corazón noble, que decidió dejar de vivir el día que perdió al amor de su vida. Yo no lo culpaba por ello, sabía todo lo que había amado a mi madre, y entendía lo que mi padre sufría a pesar de que no me lo hubiera puesto fácil, empujándome desde muy pequeña a aprender a valirme por mí misma.

—Padre, yo no lo voy a dejar como madre. Salga de la cama y cuénteme de dónde ha sacado el dinero para comprar el alcohol.

Los ojos de mi padre se clavaron por un momento en los míos, sosteniendo la mirada con dificultad, dada la vergüenza que sentía. Sus pupilas dilatadas color miel se humedecieron, y cuando una lágrima rodó por sus mejillas arrugadas y cuarteadas por el sol y el viento del Estrecho, alcanzó a decirme:

—Lo siento Sonia, lo siento de verdad. No he sido el padre que necesitabas, jamás te he dado nada, te he quitado todo. No te he proporcionado la vida que merecías. He sido un cobarde que se ha escondido detrás de la botella por no enfrentar la realidad de que tu madre quisiera una existencia mejor lejos de esta pequeña casa y la escasez en la que yo le hice vivir en comparación a la opulencia con la que ella había nacido.

—No diga eso padre, usted siempre me ha dado amor. Cuando lo necesitaba me ha regalado una sonrisa y unas bonitas palabras. A su modo ha estado a mi lado, no me ha fallado, solo se ha defraudado así mismo, pero yo daddy le quiero.

Me abalancé hacia mi padre cuyas lágrimas fluían sin control de aquellos ojos enrojecidos y hundidos por la tristeza y el estrago del alcohol. Mi corazón se partía en pedazos al ver el

sufrimiento y todo el amor que guardaba aquel hombre que parecía haberse convertido en un anciano por los años vividos a la sombra del whisky barato. Lo abracé, aspiré su olor avinagrado mezclado con el aroma a sal por su dura vida en el mar. Aquel hombre gris y triste, era todo lo que tenía en este mundo, era mi padre y no quería perderlo.

Las manos morenas y ásperas de Jeffrey por el duro trabajo en el mar, sujetaron mis pequeñas manos mientras trataba de mirarme a los ojos:

—Xuuu. No sigas Sonia. Nunca te he dado nada, no he podido proveerte de una casa caliente, ni comida... Y ahora he dejado escapar lo único que me quedaba. He perdido la licencia de pescador, me la han quitado. No sé si podremos mantener la casa. —Jeffrey seguía hablando con los ojos vidriosos, con esa voz ronca que una larga noche de alcohol y tabaco otorga a un hombre. Le temblaba el cuerpo entero y parecía un ser desvalido, sin fuerzas para continuar viviendo.

Mis ojos se posaban sobre él, una mezcla de amor y profunda tristeza inundaba mi ser. Luchaba contra el torrente de lágrimas que amenazaba con desbordarse por mis mejillas, conteniéndolas con todas mis fuerzas. Quería ocultar el dolor que sentía al presenciar su sufrimiento.

El cuerpo de mi padre lucía marchito, como si hubiera envejecido prematuramente, incluso parecía mayor que los ancianos que habitaban en nuestra playa. Sus manos temblaban mientras me hablaba con una voz frágil, como un pajarito, evidenciando la destrucción que el alcohol había causado en su cuerpo a lo largo de estos años.

—Y anoche vendí a Rayito, mi barquita. Lo siento. —No paraba de llorar como un niño, mientras sin palabras le seguía mirando, mostrándole que le amaba y le necesitaba. —Ya no puedo ni salir a pescar, no me queda nada más en la vida, hija.

—Papá. Salga de la cama, ya se me ocurrirá algo para arreglar esto. Haga el favor de lavarse la cara y bajar a comer lo que queda de la calentita que pude hacer anoche con la harina de garbanzo que me regaló la Sra. Antonia. Necesita reponer fuerzas para pensar qué podemos hacer.

Me di la media vuelta porque no podía seguir mirando aquello en lo que se había convertido mi padre y bajé las escaleras a la diminuta cocina, donde dormía en una cama demasiado pequeña para mí, y que era la que mi padre había construido antes de que yo naciera. Sobre un cojín desgastado estaba Titi, mi mono macaco, que era lo único que me había dejado mi madre y que ahora me miraba con expectación mientras aplaudía al verme por fin. Pero estaba tan abatida, que esta vez no me contagió su alegría. Me fallaron las fuerzas y la esperanza.

Me encontraba en una encrucijada sin saber cómo lidiar, ni con mi padre ni con mi propia existencia. A lo largo de los años, habíamos sobrevivido a duras penas, siempre contando con la generosidad de los vecinos para seguir adelante. Sin embargo, en esta ocasión, la desesperanza se palpaba en el aire. Sentía que mi padre había enterrado todo lo que tenía en lo más profundo de su ser. Había arrojado la toalla y abandonado la batalla por esta vida. Ya no le quedaba nada que lo impulsara a seguir luchando; sus fuerzas se desvanecieron entre lágrimas y alcohol a lo largo de los años. Yo, sin embargo, en lo más hondo de mi ser, aún guardaba algo de esperanza. Anhelaba una existencia más digna y ansiaba con fervor poder brindar ayuda a mi amado padre.

Desde mi infancia, mi vida había sido una historia de austeridad. Mi hogar carecía de lujos y se limitaba a lo esencial para sobrevivir. La falta de una habitación propia y la ausencia de un puchero caliente en casa eran realidades que marcaron mi vida. Sin embargo, siempre encontraba refugio y consuelo en el hogar de Antonia, nuestra vecina y mi ángel de la guarda. Su generosidad trascendía los límites de la vecindad, y para mí, era un apoyo invaluable y cariñoso.

Aquella mujer de sonrisa perpetua, con su diente de oro reluciente, en la que muchos días me refugiaba, no solo para calentar mi estómago, también mi corazón, se había convertido en un pilar en mi vida, una especie de figura maternal. Su amor y ternura ocupaban un lugar especial en mi corazón, como si fuera la abuela que siempre anhelé tener a mi lado.

Y la misma vida frugal había sido la realidad de mi padre, quien provenía de una familia que emigró de Tánger a finales del siglo XIX a Gibraltar. A pesar de los desafíos que vivieron, el tesón de sus seres queridos y una licencia de pesca otorgada por el gobierno de Gibraltar poco después de su llegada, allanaron el camino hacia un modesto hogar en las pintorescas viviendas de pescadores frente a la orilla de La Caleta.

Con cada amanecer en el mar, la familia de mi padre forjó una existencia marcada por la humildad y la dignidad. Sin embargo, a pesar de su incansable labor, nunca lograron escapar de la escasez, ni de los confines de esa querida Caleta que se había convertido en su mundo entero.

Mis abuelos fallecieron siendo mi padre muy joven, un muchacho que apenas empezaba a faenar en el mar y que no pudo continuar su educación en la escuela para poder contribuir con el sustento del hogar, lo que le dejó atrapado en la tradición de la familia, obligado a seguir sus pasos como pescador.

A pesar de la vida austera que llevaba, mi padre había sido feliz hasta el día que mi madre nos abandonó. Para él su playa y su pequeña barquita que le permitía salir a pescar, junto con los amaneceres impregnados del sabor salino del mar, eran su mayor deleite. Yo sabía que aquello era lo que le hacía feliz. Pero esa paz en él, esa conexión con su mar desapareció el día que su morena, como él se refería a mi madre, se esfumó sin un adiós.

Y ese mismo escenario, donde las casitas de pescadores asomaban al mar y el aroma a sal se fundía con la cálida arena de la playa de La Caleta, se convirtió en el telón de fondo de mi infancia, al igual que lo fue para mi padre.

Mis juegos transcurrieron por las calles empedradas, mientras el sonido de las olas y las gaviotas, me acompañaban, al igual que lo hacía Titi, mi macaco. Cada día esperaba con ansia las tardes teñidas de dorado por el sol que empezaba a esconderse. En ese momento en el que el día tocaba a su fin, las mujeres de los pescadores se reunían en círculo sobre la arena después de que sus maridos hubieran pasado un día duro en el mar tratando de buscar el sustento para sus familias. Allí cosían pacientemente las redes de pesca, con las que sus maridos saldrían a pescar al día siguiente, trayendo más peces que les permitiera seguir viviendo. Entre cuerdas, agujas y susurros, aquellas mujeres reparaban las redes para que los hombres las echaran al mar al día siguiente, pero también tejían lazos de amor y complicidad, y a mí me dejaban participar de todo en aquel momento tan especial mientras jugaba a imitar lo que ellas hacían. Que aquellas mujeres de pescadores me permitieran ser parte del grupo, me ayudaba a sentir que pertenecía al lugar al que mi madre nunca se integró.

Papá y yo nacimos en aquel sencillo entorno y siempre habíamos estado acostumbrados a la cotidiana realidad de los pescadores, sin embargo, no fue así la vida de mi madre. Hannah tuvo una vida muy diferente antes de casarse con mi padre, quien muchas veces me había contado la bonita historia de amor que tuvieron.

Mi madre provenía de una familia de comerciantes judíos que habían podido dar una buena vida a Hannah, llena de comodidades. Vivían en una de esas impresionantes casas con grandes ventanas de madera y hermosas puertas talladas que yo solía admirar con envidia cuando visitaba el centro, acompañando a uno de los pescadores. Ayudar al joven en la venta del pescado fresco, era la manera de asegurarme la cena que mi daddy no traía a casa.

Un día en el que mi padre, el joven Jeffrey, fue a vender su pescado a las familias de la zona judía que vivían dentro de la fortaleza, se encontró con la agradable sorpresa de ver a Hannah. La joven que le abrió la puerta era la hija de los señores, ya que al parecer la chica de servicio que tenían en casa, ese día estaba indispuesta. Mi padre no pudo articular palabra al ver su rostro blanco, casi como la leche, con un pelo negro azabache recogido en una graciosa coleta, y unos ojos del color del mar los días de tormenta. Apenas pudo comunicarse con ella. La mirada de aquella muchacha lo había hechizado y no era capaz de articular palabra. Pero allí dejó su pescado a la bella joven que le había robado el aliento. Ese día volvió a su Caleta, envuelto en ensoñaciones y sin poder borrar de su mente la sonrisa de la joven imposible para él.

La verdad que cuando papá me contaba la historia, y lo había hecho muchas veces, no solo se le iluminaba la cara, sino que yo podía imaginar la escena de su enamoramiento. Eran ya tantas las veces que había escuchado de sus labios cómo él y madre se conocieron, y eran tantos los detalles que me daba, que podía imaginarme cada segundo de sus encuentros. Y sobre todo percibía la alegría de mi padre, ya que ahora, al recordarlo, su semblante cambiaba por completo, irradiando por unos momentos la felicidad que había enterrado en el fondo de sí el día que mi madre desapareció de nuestras vidas.

Para sorpresa de mi padre, la semana siguiente, cuando volvió a aquella casa donde había encontrado a la morena de ojos impactantes, mi madre le atendió de nuevo. Y es que ella también quedó prendada de mi padre, como le confesaría más adelante. Y no era de extrañar que Hannah cayera cautiva de los encantos de mi padre, que todavía hoy, tras los duros signos que el alcohol y el dolor habían dejado en su rostro, conservaba el porte del hombre atractivo que un día fue. En aquellos tiempos en los que conoció a mi madre, por lo que la señora Antonia me contaba, mi padre se erguía imponente, con una figura esculpida por el trabajo arduo en el mar, con unas facciones que mostraban fortaleza, aunque también guardaban la calidez inconfundible que hoy todavía conservaba. Su rostro, bañado por el sol del Mediterráneo, emanaba un resplandor moreno y sus ojos, de un tono dorado como la miel, contenían historias de vida y sabiduría. Había sido un hombre de presencia imponente, capaz de transmitir seguridad con solo una mirada. Según Antonia, fue un joven pretendido por varias jóvenes caleteñas. Así que no fue de extrañar, que mi madre se enamorase de la sonrisa y la sencillez de aquel hombre, fuerte y dulce a la vez.

La atracción que mis padres parecieron sentir según delataban las miradas cómplices que intercambiaban, hizo que mi padre esperara con ansia cada semana el día para ir a vender pescado al town, especialmente a casa de aquella morena. Hasta que un día, al acudir a la elegante casa, no fue más mi madre la que le abrió la puerta. Volvió a hacerlo la chica de servicio que tenían mis abuelos, y ella fue la que se encargó de decirle de parte de los señores, que se olvidara de su hija Hannah y que no volviera más por aquella casa.

El corazón de mi padre quedó sumido en la aflicción, perdido y desorientado, sin la cálida sonrisa de aquella morena que reflejaba en sus ojos el vasto horizonte de su amado mar. Sus latidos se volvieron melancólicos, anhelando el eco de su risa y cada vez que se echaba al mar, en los reflejos del agua veía la imagen de Hannah.

Mi padre me había contado que desde el primer momento en que vio a mi madre, quedó hechizado por ella. Entrecerrando los ojos, como si pudiera sentirla, me hablaba de su piel suave y de sus ojos de un intenso azul-gris que lo hacían perderse en ellos.

El amor que sintió por ella fue arrebatador, y cambió el curso de su vida para siempre. Mi padre era consciente desde el primer día de su diferencia social y de religión, pero sabía por los

gestos de mi madre y su sonrisa, que ella le correspondía en su amor. No habría nada que les impidiera estar juntos, encontraría el modo, aunque sabía que no iba a ser fácil convencer a los padres pudientes de aquella muchacha, que no verían en él al hombre ideal para mantener a su hija. Sin embargo, él sabía que podría cuidarla y amarla el resto de sus días.

A pesar del ardor que sentía mi padre por aquella muchacha de la ciudad, fue mi madre, quien, sin pensarlo dos veces, dejó atrás su vida y se aventuró en busca del joven que había cautivado su corazón, a pesar de apenas conocerlo. ¿Qué estaba dispuesta a sacrificar por ese enamoramiento? La respuesta estaba por llegar, y cambiaría todo lo que ambos sabían sobre el destino y el amor verdadero.

2. El amor

La sonrisa de aquel pescador que había acudido a la puerta de su casa como mandado por Dios, se convirtió en el eco incesante en la mente de mi madre, perturbando su descanso y solo permitiéndole sucumbir al sueño cuando se sumergía en la fantasía de ser envuelta por los fuertes brazos del joven de mirada dulce.

Sin embargo, la triste realidad era que sus padres, obstinados en su prejuicio, jamás permitirían que floreciera tal relación, pues él era un joven musulmán y además un humilde pescador. Pero ella suspiraba por la compañía de él. Así que un día en el que Hannah se encontraba consumida por el fuego que ardía en su corazón, anhelando desesperadamente estar con Jeffrey, el joven que no lograba sacar de su cabeza, quiso dejar de soñar para convertir su anhelo en realidad.

Con determinación, salió de casa bajo el pretexto de asistir a sus habituales lecciones de bordado. Pero en lugar de dirigirse hacia la monótona clase de costura donde se encontraba con las hijas de amigos de sus padres que mantenían según ella conversaciones aburridas sobre muchachos aún más aburridos, emprendió un camino hacia la playa de La Caleta, el hogar del joven que había endulzado su alma. Creía, con la inocencia y la fuerza de la juventud, que sus sueños podrían encontrar vida y sus anhelos cobrar forma junto a aquel pescador.

Con lo pequeño que era Gibraltar, nunca había estado al otro lado de la roca, ni fuera de las murallas. Sus padres limitaban sus movimientos a las calles transitadas de la ciudad cerca de su hogar, donde siempre había alguien que le conocía y podía ir con cualquier chisme de lo que ella hiciera a su familia. La opresión de su limitada libertad se convirtió en el impulso que la llevó a lanzarse en los brazos de aquel joven de piel morena y sonrisa cautivadora, a quien veía no solo como un muchacho atractivo, sino como su única oportunidad para escapar de aquella vida donde ella no tenía derecho a elegir.

Hannah vislumbró en mi padre la oportunidad de escapar y explorar un mundo diferente, liberándose así de las calles que día a día la sofocaban más. Aquel joven representaba para mi madre, la llave que abriría las puertas de su prisión y le permitiría respirar el aire fresco que tanto necesitaba.

Sin pensar en las consecuencias que le podría traer en su casa la opción que estaba tomando de ir a ver a Jeffrey para declararle su amor, cruzó las calles de Gibraltar, saliendo rápido de Main Street donde temía encontrarse con algún conocido, deteniéndose en los portales cada pocas casas, confirmando así que nadie la seguía. Cruzó Casemates Square por donde caminó con la cabeza baja medio oculta en un pañuelo, ya que todos los comerciantes y personas que estaban allí podrían reconocerla e ir con el chisme a sus padres.

Por fin dejó atrás el bullicio del día a día de su ciudad y salió por el estrecho túnel de Landport fuera de la muralla para dirigirse a la playa donde sabía vivía aquel joven que la había enamorado. Cuando se cruzaba con gente, giraba la cabeza volteándola con disimulo para que no la reconocieran debajo de aquel sombrero que había logrado sacar de un baúl de ropa de su

madre, junto con un pañuelo que rodeó en su cuello y con el que trataba de esconder su rostro. El olor a lavanda que desprendía aquella delicada tela que tapaba su nariz, le recordaba a su hogar, ese lugar donde había crecido segura y disfrutando de su niñez junto a sus hermanos. Pero también sabía que era el olor que le dejaría atrapada en aquel mundo, en el cual, como mujer, no tenía capacidad de decisión. Sentir esa impotencia, hizo que sus piernas se movieran más rápido si cabe por las callejuelas de la ciudad que parecía nunca se iban a terminar, ya que al no conocer el camino, iba cruzando diferentes calles, dudando a ratos si iba a poder salir de las murallas de Gibraltar.

Después de atravesar el túnel, dejando atrás la ciudad amurallada, cuando Hannah pudo divisar a lo lejos España, y mar a su derecha e izquierda, se quedó más tranquila, ya que supo que ya no se perdería más entre las calles y allí era muy difícil que ningún amigo de sus padres la viera.

Rápido sintió un intenso olor a sal y la brisa del mar en su cara al bordear el Monte Calpe, esa roca que protegía al pueblo de Gibraltar y lo dejaba en la sombra sin poder ver el sol, al quedar las nubes atrapadas en su cima, en los días que soplaba el Levante.

Hannah se vio abrumada por la grandeza del mar Mediterráneo al llegar a la playa de Eastern Beach, desde donde sabía que algunos se aventuraban a cruzar la frontera hacia otro país.

En su mente, España se convirtió en la puerta hacia una vida completamente nueva, llena de oportunidades y posibilidades que anhelaba explorar.

Sin embargo, en ese momento, su ansia de cruzar a otro país no era su principal preocupación. Hannah sabía que algún día realizaría ese sueño, con el apoyo de Jeffrey, quien quizá querría escapar de una vida atrapada entre redes y luchas diarias contra el mar. Aquella visión de nuevos horizontes, y la tierra de otro país tan cercano, le hicieron soñar en poder viajar y ver otros mundos.

Desde donde estaba ya le quedaba poco para ver al joven de sonrisa dulce. Sabía que solo tenía que seguir la línea del mar y el borde de la Roca hasta llegar a la playa de La Caleta para encontrar a Jeffrey, que así se llamaba aquel joven que iba a salvarla de un matrimonio concertado y una vida que no quería.

En su paseo por el camino empedrado, donde solo veía algún que otro carro tirado por burros, se le acercó un mono macaco. Era uno de los que sabía, vivían entre los árboles de la Roca. Los había visto antes, pero nunca tan cerca. Le resultó muy divertido como la observaba y saltaba frente a ella. Recordó que llevaba unos dulces que su madre había horneado en la bolsa en la que logró meter algo de ropa, y se los ofreció al monito. Este enseguida se acercó a ella, y sin ningún miedo le tomó de la mano la galleta y la saboreó. Se volvió loco de contento y con su sonrisa que mostraba todos sus dientes, y los ruidos estridentes que emitía, pareciera dar las gracias a Hannah por el manjar que acababa de degustar. Mi madre no podía dejar de mirarlo, era tan pequeño y tan risueño y no cesaba en su ímpetu por aplaudir y saltar. El macaco era encantador, como un niño chico. Aquel monito mostraba no querer dejarla sola y le acompañó todo el camino mientras los dos disfrutaban de su compañía mutua.

Hannah iba hablando a su nuevo amigo, como si aquel animal le entendiera, contándole sobre cómo sus padres la tenían encerrada casi todo el día en su casa, a la espera de casarla con el hijo de algún amigo, apenas saliendo a clases de costura que le aburrían, y a fiestas tediosas con sus padres, en las que lo único que buscaban era que su hija conociera a los jóvenes disponibles para poder contraer matrimonio. También le contó entusiasmada a su nuevo amigo, como Jeffrey, aquel pescador que había llamado un día a su casa para vender lo que con su duro trabajo había pescado, la enamoró por su frescura y calidez. El mono parecía entenderle y saltaba alrededor de

los pies de Hannah según avanzaban, hasta que con la charla, mi madre vio la playa de La Caleta con sus casitas sencillas mirando a la inmensidad del mar Mediterráneo.

Finalmente, alcanzó el lugar en el que residía aquel joven. El paisaje desplegaba su espectacularidad con el mar, las gaviotas y un sol que, en su juego con la roca, creaba la ilusión de transportarse a otro mundo. La ciudad quedaba dividida por el imponente Monte Calpe, desde el cual su nuevo amigo, Titi, había descendido.

¿Y ahora qué? Se preguntaba. Había más casas de las que imaginó. No podía llamar a la puerta de cada vivienda. ¿Pero cómo encontraría a Jeffrey? Pensó que de alguna manera aquel joven regresaría de su jornada de pesca por el mar, así que decidió bajar a la playa y esperar a ver los barquitos pesqueros volviendo de un día de faena. Rápido se descalzó, olvidándose de todas las normas impuestas con las que había vivido, y dejó que la calidez de la arena bañada por el sol masajeara sus pies.

Aquella pequeña cala se le mostró como un lugar idílico. El sonido suave de las olas, el graznar de las gaviotas que semejaban enfado, no se sabe con qué, llevaron a Hannah a un mundo muy lejos de su casa. Cerró los ojos y se sentó frente al mar, sintiendo la suave brisa en su piel. No sabe cuánto tiempo pudo estar allí, pero la paz que respiraba le hizo olvidar que hacía poco más de una hora había salido de la seguridad de su habitación en casa de sus padres.

Titi no se atrevió a adentrarse en la arena y la observaba desde la distancia, disfrutar de la serenidad que otorga el sonido del agua, la brisa del mar y la suavidad de la arena bajo unos pies descalzos.

Caminó por la pintoresca playa hasta que su vista alcanzó a ver una pequeña iglesia poco más arriba de donde terminaba la arena. Era una construcción de piedra, bañada en tonos solares que se mimetizaban con la luz del día. La entrada, estrecha y coronada por un arco puntiagudo, confería a la iglesia el aire de una antigua fortaleza en miniatura. Justo sobre la puerta principal, un hueco funcional a modo de ventana albergaba una estatua de la Virgen, otorgándole un aura de divinidad al lugar. Por encima de esta ventana, resaltaba una campana cuyo tañido se fundía armoniosamente con el susurro constante de las olas del mar. Hannah alzó la mirada sobre aquella capilla, y apreció la majestuosidad de la roca que descansaba detrás de los edificios, y que vista desde la playa pareciera estar sobre su cabeza, mostrando su grandiosidad.

Nunca había entrado en una iglesia católica, pero decidió hacerlo y preguntar por Jeffrey al párroco que vio allí barriendo el suelo. Quizás él podría decirle dónde vivía aquel joven cuya sonrisa le había hecho dejar lo conocido de su hogar.

Hannah se sentó en una de las bancadas de color oscuro de la capilla mientras pidió a Titi que esperara por ella fuera. Rápido aquel señor que le pareció alto, quizá por la sotana negra que cubría sus pies, se le acercó preguntándole si necesitaba ayuda.

—Soy Hannah, estoy buscando a Jeffrey, un chico un poco mayor que yo que vende su pescado en el town y vive aquí en La Caleta.

El párroco le miró fijamente a los ojos con cara de extrañado, queriendo saber más.

—¿Qué haces por este lugar?, tú no vives en La Caleta, y por tu aspecto diría que tus padres desconocen tu paradero.

—Señor, mi familia es judía y reside en la ciudad. Y yo he venido hasta aquí porque me he enamorado de Jeffrey y necesito verle. He salido de mi casa y no tengo intención de volver, quieren casarme con un chico que mis padres escojan sin importarles si a mí me gusta y me hace feliz.

Hannah se echó a llorar. En ese momento se dio cuenta de la locura que había cometido, pero

también ese largo camino hasta el lugar, le reafirmó en su necesidad y ganas de libertad. No podía continuar viviendo sin ese aire de mar que durante el camino había llenado sus pulmones. Vivir en casa de sus padres significaba renunciar a sí misma, olvidarse de ella misma, de sus aspiraciones y sueños para cumplir los de sus padres, y no estaba preparada para semejante sacrificio. No estaba segura de haber tomado la decisión correcta; no lo había considerado. Simplemente, se dejó llevar por la sonrisa de aquel joven que emanaba libertad.

—Tranquila Hannah. Lloro lo que tengas que llorar. Estás a salvo aquí en la casa de Dios, él te dará las fuerzas necesarias para tomar la decisión sobre tu vida que mejor se adapte a tu corazón. Y por tus padres no te preocupes, seguro saben perdonar a su hija adolescente enamorada. Ellos también han sido jóvenes y lo sabrán entender.

—Gracias por sus palabras, señor. Y ahora podría ayudarme a encontrar a Jeffrey por favor, me gustaría hacerlo antes de que anochezca.

—Claro, yo mismo te voy a dejar en la puerta de su casa, no te preocupes.

Salieron los dos de la capilla, y Hannah lo hizo con fuerzas renovadas y llena de esperanza por una vida nueva que deseaba encontrar.

A muy pocos pasos de la capilla, aquel señor que parecía conocer a todos los viandantes, ya que lo saludaban y le daban las buenas tardes, la dejó a la entrada de un edificio estrecho, con una sencilla puerta de madera, descolorida por el sol y el viento del lugar. Hizo sonar una pequeña campana y tras un rato, que a Hannah le pareció una eternidad, la puerta se entreabrió, acompañada por una voz que le incitó a entrar. Con cautela, mirando a ambos lados, asegurándose de que nadie la observara, decidió adentrarse lentamente en la oscura estancia. La escasa luz del lugar, en marcado contraste con el brillante sol que acababa de experimentar afuera, dificultaba que sus pupilas, que tardaban en adaptarse, distinguieran a la persona que la aguardaba al otro lado.

Pero Jeffrey sí vio de inmediato a Hannah, y una vez más se quedó sin palabras, sin saber qué decir. ¿Qué hacía aquella muchacha allí? ¿Cómo lo había encontrado? Estaba soñando, no podía ser que la joven que aparecía en sus sueños cada noche, mostrándole una sonrisa que le hechizaba, estuviera en su casa.

Cuando Hannah pudo ver a Jeffrey con cara de recién levantado, tímidamente saludo:

—Hola, Jeffrey, soy Hannah. ¿Cómo estás?

—¡Hannah! ¿Qué haces aquí? ¿Tus padres saben que has venido hasta La Caleta? Me prohibieron volver a verte. Esto es una sorpresa demasiado grande. He llegado a pensar que nunca más te vería, y ahora estás en la puerta de mi casa. ¿Pero, cómo has llegado hasta aquí?, ¿quién es el mono que te acompaña? —Jeffrey no paraba de hacer preguntas a Hannah y de hacérselas a sí mismo. No podía reaccionar, aquello parecía un sueño.

Todavía era incapaz de asimilar que Hannah estuviera frente a sus ojos, y en su casa, pero esa sorpresa no le permitía ser la persona más despierta en aquel momento, y no podía terminar de expresarle la alegría que le producía volver a verla.

—Necesitaba verte Jeffrey, quería ver tu sonrisa. Mis padres se volvieron más estrictos conmigo desde que se enteraron de que cada semana iba a abrirte la puerta para recibir el pescado y hablar así contigo. No lo he podido soportar y he decidido venir a buscarte. Espero te parezca bien, porque ahora mismo no estoy en condiciones de volver a casa. Deseo quedarme contigo.

Jeffrey seguía sin saber qué decir, y miró al cura, tratando de encontrar una respuesta.

—¿Qué opina usted padre? Creo que no es correcto que Hannah se quede conmigo en casa,

aunque no quiero enviarla de vuelta con sus padres. La amo, pero tenemos que hacer las cosas bien.

—Vamos a llevar a Hannah a casa de la señora Antonia, ella siempre acoge a todo aquel que necesita ayuda. Pero prométeme Jeffrey que mañana hablarás con los padres de la muchacha para arreglar esto.

—Así lo haré padre, no se preocupe.

Jeffrey acompañó a Hannah a casa de la señora Antonia. Mi querida Antonia. Una mujer de mediana edad que de muy joven enviudó de un pescador y que ahora vivía de las rentas de un par de propiedades que le dejó en herencia su difunto marido, y con ello gustaba de ayudar a quien lo necesitara. Ella siempre agradecía la compañía de los demás, y no puso ninguna pega a que Hannah durmiera allí hasta que arreglaran aquel percance. Es más, la señora Antonia estuvo encantada con la idea de que aquella muchacha se quedara en su casa cuanto necesitara.

Antes de dejar a Hannah a solas con la señora Antonia, Jeffrey la abrazó, aspiró su suave olor a lavanda y le dio un beso en la frente. En aquel momento, Hannah supo que había tomado la decisión correcta, que nunca le pasaría nada estando allí, y que aquel paraíso era el inicio de su libertad.

Regresó a su casa, y a pesar de lo cansado que se encontraba por el duro día que el mar revuelto le había dado, no podía conciliar el sueño. En cuanto guardó los aperos de pesca y se lavó en la pequeña bañera que había instalado en el piso de abajo, comió un trozo de pan con pescado seco y se metió en la cama tratando de conciliar el sueño y de asimilar lo que acababa de vivir. No lo podía creer. Hannah, lo amaba. Había ido a buscarlo y quería estar con él. Se sentía el hombre más afortunado del mundo.

En cuanto el joven Jeffrey recibió el primer rayo de sol en su cara a través de la pequeña ventana de su habitación, se levantó y fue a tocar a la puerta de la casa de la señora Antonia. Hannah ya se encontraba desayunando y entró a saludar.

—Buenos días Hannah. Espero que hayas dormido bien. Voy a ir a casa de tus padres a pedirles tu mano para que puedas quedarte a vivir conmigo.

Los ojos de Hannah iluminaron aquella habitación. No podía creer que aquel guapo joven fuera a pedirle matrimonio.

—Pero, ¿tú estás segura de que vas a estar bien aquí en La Caleta conmigo? Yo no puedo ofrecerte las comodidades que tienes en tu casa. Mi hogar es sencillo, y con lo que saco de la pesca, da solo para llevar una vida modesta.

—No me importa Jeffrey, solo quiero estar contigo. No quiero seguir viviendo en casa de mis padres, me falta aire cada día.

—De acuerdo, no se hable más, iré a ver a tu familia.

Antonia miró a aquella pareja de jóvenes enamorados con el cariño de una madre y añorando los días que vivió llena de amor junto a su marido. Con un abrazo con el que Hannah quedó un buen rato entre las carnes de la señora Antonia, esta le transmitió toda la tranquilidad que necesitaba en aquel momento.

Jeffrey recorrió el camino que Hannah había hecho la víspera, pero ahora en dirección contraria, hacia la ciudad. Se sentía loco de contento por tener el amor de la morena, pero estaba lleno de miedo por lo que los padres de esta pudieran decirle.

Cruzó Gibraltar sin saber ni por donde iba, y al llegar a Main Street casi le pisa un carro tirado por un caballo lleno de mercancía que parecía dirigirse al mercado. Iba tan nervioso que apenas reconoció por donde iba, y solo repetía en su cabeza las frases que consideraba correctas para

decirlas con convicción ante los padres de Hannah.

Al llegar a la casa no le hizo falta ni tocar la puerta. El padre de la muchacha apareció con cara de pocos amigos preguntando por su hija.

—Señor, Hannah se encuentra en La Caleta, en casa de una conocida. Yo venía a decirle que amo a su hija y me gustaría saber si nos daría su consentimiento para casarnos.

El padre de Hannah, encendido por la rabia por la tontería que su hija estaba a punto de cometer, se dio la media vuelta sin decir nada a aquel muchacho, dio un portazo a la puerta y dejó al joven con la palabra en la boca. Jeffrey no se movió de allí, necesitaba una respuesta.

Al poco rato, la muchacha de servicio de la casa, apareció con una pequeña bolsa diciendo que eran las pertenencias de Hannah, y que el señor le había pedido que dijera a Hannah, que ya no pertenecía a aquella familia. La muchacha llena de vergüenza, desapareció rápido dentro de la casa y Jeffrey se quedó sin palabras, y cuando reaccionó, dio la media vuelta, dirigiéndose donde la señora Antonia con la mayor celeridad que pudo para contar a Hannah lo que acababa de ocurrir.

El camino de vuelta a casa lo hizo perdido en sus pensamientos. No entendía cómo aquellas personas daban la espalda a su hija. Él nunca vivió tamaña frialdad en su casa. Aunque pobres, siempre habían estado rodeados de abrazos y amor. Y ahora, pese a que ya no le quedara más familia porque sus padres habían fallecido hacía poco por la gripe española, él se encargaría de que a Hannah no le faltara el afecto que sus progenitores le negaban.

Dejando a un lado el dolor que le había producido la reacción de la familia de Hannah, se dirigió con gesto firme y protector a casa de la señora Antonia, donde su amada había pasado el día.

Hannah le miró expectante cuando entró por la puerta, y en ningún momento esperaba la noticia que traía. Ella sabía que sus padres se enfadarían por la decisión que había tomado, pero nunca imaginó que hubieran podido llegar al extremo de cerrarle las puertas a la familia.

Miró a Jeffrey con los ojos vidriosos y se dejó caer entre sus brazos. Se sintió completamente desorientada, inundada por una inseguridad, que le resultaba desconocida. La aflicción que sentía era abrumadora. Aunque no le gustaba que sus padres fueran tan estrictos con ella, los amaba, eran sus padres, y no podía entender su reacción. Se sentía perdida, como si le hubieran arrebatado todo en este mundo, como si su padre hubiera abierto su pecho, retorcido su corazón y arrancado de cuajo. ¿Y su madre? ¿Estaba de acuerdo con la decisión de su padre? Aquello le dolía demasiado.

En ese momento, el sufrimiento de Hannah parecía resonar en todo su ser. Se aferró a Jeffrey, buscando consuelo y un sentido de pertenencia. El peso de la confusión y la traición, oprimía su pecho, asfixiándola con preguntas y dudas. ¿Cómo podían sus padres desterrarla así? El dolor era profundo. Su propia identidad se hizo añicos.

Temblando entre los brazos de Jeffrey, una vorágine de emociones la consumía. La angustia se mezclaba con la ira, el amor se entrelazaba con una profunda sensación de pérdida. Sentía un anhelo por respuestas, por comprensión, y una incertidumbre dolorosa acerca de lo que vendría. La familia que conocía, ahora se había desvanecido. En ese momento frágil, Hannah anhelaba un destello de esperanza, una señal de que su mundo hecho pedazos podía ser reconstruido. Se aferró con fuerza a Jeffrey, buscando consuelo en su mirada. Su vínculo se convirtió en un salvavidas, ofreciéndole una sensación de estabilidad en medio del caos. Juntos, enfrentarían la incertidumbre del futuro. Encontrarían su propio camino, o eso es lo que pensó en ese momento mi madre, para no sentir tanta angustia.

La señora Antonia, que vio disminuir el color de la cara de la joven tras recibir la dolorosa noticia, le dio un beso en la frente seguido de un cálido abrazo con el mismo sentimiento que una madre haría, haciéndole saber que ella siempre estaría allí para lo que necesitara.

Después de que Hannah se recompusiera por las duras nuevas que había traído Jeffrey con la decisión de su familia, Antonia, llevó a aquellos jóvenes, donde el cura de Nuestra Señora de los Dolores, para que les diera la bendición y pudieran ser felices juntos.

Antonia era una romántica, creía en el amor y le gustaba ver el brillo de los ojos de aquellos jóvenes al mirarse. Había tenido una vida muy feliz junto a su marido, y ella mejor que nadie comprendía las dificultades a las que puede enfrentarse una pareja que procede de diferentes mundos. Al igual que la joven, ella dejó un día la ciudad de Gibraltar tras el amor de un pescador y la paz de La Caleta. Por eso apoyaba el valor de aquellos muchachos que procedían de mundos tan dispares.

Y así, de manera fortuita, se unieron los destinos de mis padres. Fue un momento especial, un bautizo apresurado que simbolizó la conversión de la joven pareja a la fe cristiana. Con la presencia de Antonia y un amigo cercano de mi padre como testigos, acompañados por la bulliciosa algarabía de Titi, dieron inicio a su vida en común, uniendo sus caminos en un vínculo sagrado.

Mi padre solía relatar con entusiasmo que mi llegada transformó por completo sus vidas, infundiendo una felicidad que no habían conocido antes. Juntos, compartieron la cálida alegría de construir una familia.

Pero yo, que seguía teniendo a Antonia, una mujer ya mayor a quien quería y consideraba como una abuela, y que se había convertido en mi confidente, al igual que lo había sido para mi madre, descubrí de sus propias palabras, que mi madre se dejó llevar por la efervescencia de la juventud y el anhelo de libertad al conocer a mi padre. Pero la escasez y la falta de comodidades a las que estaba acostumbrada, junto con el mucho tiempo que pasaba sola, teniéndome solo a mí y a Titi como compañía, hizo que comenzara a distanciarse de mi padre, hasta que finalmente decidió marcharse al Reino Unido con un comerciante judío Londinense, porque todo aquello la ahogaba.

Antonia me contaba que mi madre era una mujer que siempre había tenido ansias de aventura, y que no soportó vivir en una casa con un cuartucho donde pasaba todo el día esperando a mi padre, quien volvía tan cansado del mar, que apenas tenía fuerzas para dar paseos por la playa con mi madre. Ella, decía Antonia, soñaba con un mundo lleno de fiestas, en el que divertirse, y aquello no lo encontró en La Caleta, donde no hizo amigas, exceptuando a la señora Antonia, a la que adoraba por lo afectuosa que era con ella.

Aquel lugar que yo amaba y que me había visto crecer, rebotaba de gente humilde que se deleitaba con el regalo diario del mar, compartiendo unas cervezas con sus vecinos, quienes eran casi como una familia. Sin embargo, eso no satisfacía a Hannah. Ella anhelaba algo más, y pronto se desvanecieron en su interior las ilusiones que había construido sobre cómo sería su vida con mi padre. Hubiera deseado persuadirlo para que la acompañara en sus aspiraciones, pero lamentablemente, ese sueño se desvaneció. Jeffrey estaba demasiado apegado a su mar.

La historia que había oído contar a Antonia sobre mi madre me parecía más real, pero no podía discutirla con mi padre, que prefirió seguir idealizando a aquella mujer que un día le dejó sin aliento al ir a vender pescado a su casa.

Entendía el sufrimiento de mi padre. Comprendía que se hubiera quedado con la bonita

historia de amor en la que dos jóvenes de diferentes comunidades y culturas se unieron para formar una pequeña familia. No le culpaba por no querer aceptar que mi madre se hubiera ido en busca de una mejor vida con otro hombre. Yo misma estaba dolida por esa realidad, ya que la consideraba absolutamente egoísta. Mi madre antepuso su felicidad, sin importarle haber dejado a un hombre roto atrás y haberme arrebatado una madre. Pero no podía y no quería rendirme en la vida como mi padre. Aquel dolor no me impediría vivir y buscar mi propia felicidad. Quería intentar tener una vida más allá de la sombra de aquella roca y el olor a pescado, y ya pensaría cómo lograrlo.

3. El Town

La pérdida de la licencia de pesca por parte de mi padre y la venta de Rayito, la barca que su abuelo había utilizado para salir a pescar, me sumieron en un abismo del cual ansiaba escapar, sin tener idea de por dónde comenzar.

Desde pequeña había vivido en la sombra y el dolor que produce que una madre te haya abandonado, pero siempre había contado con el amor de mi padre, aunque muchas veces estuviera ausente, escondiendo sus penas en un vaso de whisky.

Más mal que bien, mi padre había peleado por darme un futuro. Pero esta vez, lo que había hecho me dejó claro que no podía contar con él para labrarme una vida. Dejarse arrebatar lo único que le quedaba, me hizo ver que mi padre ya no tenía fuerzas para seguir luchando ni por mí, ni por él mismo.

Por primera vez en mi vida, me vi sumida en la desolación, pero paralelamente, una fuerza impulsada por el dolor acumulado me invadió, permitiéndome vislumbrar la posibilidad de un futuro más prometedor. En medio de la tristeza, encontré la determinación para luchar por una existencia más confortable, una vida que no estuviera definida por el sufrimiento que había experimentado hasta ese momento.

Decidí visitar a Antonia, buscando como siempre su apoyo y confidencia. Con lágrimas en los ojos le confesé mi deseo de dejar La Caleta y explorar oportunidades en el town, anhelando escapar de la persistente pobreza que nos envolvía en casa. No necesité mencionar las pérdidas sufridas por mi padre, pues Antonia ya lo sabía. En un lugar tan pequeño como La Caleta, las noticias se propagaban con rapidez.

Aquella mujer que brindó amparo a mi madre cuando llegó y que siempre estuvo presente en los momentos en que más la necesité, me miró con compasión y ternura. Con sus manos marcadas por el tiempo, acarició mi rostro y me envolvió en un abrazo cargado de amor. Sus gestos hablaban más que mil palabras, expresando el respaldo incondicional que siempre me había brindado.

Sintiéndome protegida en los brazos de aquella mujer, me derrumbé. Las lágrimas brotaron de mis ojos, llevando consigo la tristeza acumulada en lo más profundo de mi ser. Le confesé con voz entrecortada que no podía continuar en La Caleta, que anhelaba desesperadamente un futuro mejor. Allí, mi destino parecía limitarme a casarme con algún joven pescador que me mantuviera mientras yo ayudaba con las redes y limpiando pescado. Pero eso no era lo que deseaba para mí. Quería forjar mi propio sendero, ser capaz de labrarme una vida por mí misma. A pesar de que el vasto mar se extendía frente a mí cada amanecer, recordándome lo que quedaba de mi padre y la estrecha conexión que tenía con aquel lugar, sentía una necesidad imperante de escapar, de buscar nuevas oportunidades y encontrar mi propio destino.

Antonia, que me adoraba, ya que me había visto nacer y crecer, y siempre me cuidó como si fuera su propia nieta, comprendió el tormento que habitaba en mi corazón. Con su sabiduría y

dulzura característica, me propuso que visitara a una amiga de antaño, residente en Gibraltar, que me podría orientar con alguna dirección para poder ir a cuidar niños o a ayudar con las labores del hogar. No era la visión que albergaba para mi futuro, pero por ahora, podría ser un buen punto de partida.

Luciendo mi mejor vestido, aquel que Antonia había arreglado en multitud de ocasiones, con la intención de darle un toque actual, emprendí la andadura hacia la dirección que mi querida amiga me había proporcionado.

Caminar por las estrechas calles de la ciudad y ver a tanta gente me hizo sentir insegura, pero sabía que era lo que tenía que hacer para poder salir de la escasez en la que siempre me había visto obligada a vivir. Así que dejé mis miedos y dudas a un lado, y seguí con paso firme.

Una vez dentro de la ciudad, el bullicio de la gente a la que no estaba acostumbrada, se hizo presente en mis oídos. Las personas iban y venían, unos caminando, otros pocos en coches de caballos. Hasta el rugido de algún auto de motor me sacó del mundo en el que trataba de perderme en mi mente para que el miedo de haber dejado atrás toda mi vida no acudiera a mí.

Por un momento, sentí que conectaba con mi madre, o al menos que podía entender lo que ella, hacía años vivió, cuando hizo el camino contrario a mí, pero compartiendo la misma esperanza, el anhelo por una vida plácida.

Recorrí las calles, absorta en la elegancia de las damas ataviadas con ajustadas faldas y estolas de piel en el cuello. Mis ojos se deleitaban con los sombreros de sus acompañantes, que les conferían una distinción que nunca había contemplado en La Caleta. Además, no podía evitar sentirme atraída por la presencia de jóvenes luciendo impecables uniformes militares y de marinero, radiantes en su blanco impoluto, mientras caminaban y charlaban en grupos con una gracia inigualable.

Aquella ciudad, aunque estaba muy cerca de donde había nacido, era nueva para mí. Lo que veía era otro mundo. Era verdad que había estado por aquellas calles vendiendo pescado, pero nunca había observado la ciudad al detalle como ahora estaba haciendo.

Me estaba dejando llevar por el bullicio, los comercios, las personas bien vestidas... y por un momento La Caleta desapareció de mi mente y con ello mis miedos.

Con timidez, me acerqué a un grupo de mujeres, sintiéndome un tanto cohibida por la apariencia de mi vestimenta que delataba mi procedencia, y les pedí indicaciones para llegar a las señas que la señora Antonia me había proporcionado.

Siguiendo las indicaciones de aquellas amables señoras, recorrí un gran tramo de Main Street para llegar a una calle estrecha cerca de la Catedral de Santa María Coronada. Miré el edificio que tenía enfrente y quedé impresionada con las tallas de madera en la puerta. Aquella parecía ser la casa de la amiga de Antonia. Con determinación, pulsé el timbre y pronto una elegante dama de la misma edad que mi querida protectora me recibió con una cálida bienvenida.

Con amabilidad, me solicitó que la acompañara a casa de su hija, donde estaban en busca de una joven que pudiera brindar ayuda en la cocina y cuidar de su hijo pequeño, permitiéndole así disponer de un tiempo para descansar a la joven madre y señora de la casa.

La vivienda a la que subimos estaba llena de muebles y cuadros en las paredes. Yo no podía quitar ojo a las cortinas, las tazas de té tan bonitas... Ahora sabía qué es lo que quería. Una residencia semejante era lo que a mí me gustaría tener. Pero por el momento me tendría que conformar con ir a ayudar a aquel lugar.

Rosa, que así se llamaba la mujer joven de la casa en la que iba a trabajar, fue cortés conmigo, pero en ningún momento me mostró afecto alguno, al contrario que su madre, que me había

recibido con un abrazo como los que la misma Antonia solía darme.

La dueña de la casa me ofreció un pequeño cuarto donde dormir, para que así me encargara del niño por las noches y no tuviera que perder tiempo yendo y viniendo hasta La Caleta. Aquello me pareció un sueño, más de lo que había imaginado.

La pequeña habitación que me dejaban estaba mucho mejor que lo que me esperaba en mi casa, donde nunca tuve mi propia habitación, y mi cama me resultaba demasiado corta e incómoda, por ser la misma que tenía de cuando era pequeña.

Una vez instalada en aquella casa, mandé dejar un recado a mi padre con mi nueva situación a uno de los chicos que vendía pescado por los hogares de Gibraltar, al cual había ayudado en alguna ocasión para asegurarme la cena. En la nota le decía a mi padre que iría a visitarlo en quince días cuando me dieran el día libre, que lo quería mucho y que se cuidara. Mis lágrimas fluían sin control mientras escribía y entregaba la nota al joven. En ellas se reflejaba el dolor que me desgarraba el corazón al abandonar a mi padre en aquella humilde choza, sintiendo su necesidad de mí. Pero, a pesar de la angustia, sabía que era lo correcto, pues de no haber salido en busca de trabajo, ambos hubiéramos pasado hambre al haber perdido mi padre el poco sustento que tenía. Así, al menos, yo podría comenzar una nueva vida, construir un futuro y proveer a mi padre con una parte del dinero que ganase. Era una decisión desgarradora, ya que sabía la soledad que iba a sentir mi padre, pero necesaria para nuestro bienestar.

Al entregarle el joven pescador mi nota, que le recordaba así mismo en otros tiempos, Jeffrey la leyó, y sus ojos se mojaron de alegría y de pena a la vez por saber que no podría ver a su querida hija cada día.

Desde mi nacimiento, fui su fuente de alegría. A partir del día en que mi madre se marchó, me convertí en su único anclaje en este mundo, y era evidente que mi ausencia le causaba profunda tristeza. Pero mi padre entendía que era lo que necesitaba hacer, no podía quedarme sentada allí entre aquellas paredes a esperar la muerte igual que él. Además, estaba cerca, me encontraba al otro lado de la Roca y podía verme cada quince días.

Al mismo tiempo que tenerme lejos le producía dolor, estaba orgulloso de mí, de lo fuerte que había salido, y sobre todo de lo cariñosa que era con él, a pesar de que no ejerció como el mejor padre del mundo.

Cuando miraba a mi padre con el amor que destilaba hacia él, percibía en su rostro un resplandor singular que me hacía sentir amada y, al mismo tiempo, llena de orgullo al ser portadora de tanta alegría para él.

De inmediato comencé con una nueva rutina en la casa donde iba a hacerme cargo del cuidado de un niño pequeño y de algunas labores de la cocina. Cada amanecer, me levantaba temprano, encendía el horno para llenar la casa con el aroma dulce de las galletas recién horneadas, y aseguraba que el agua del baño del niño estuviera tibia y lista para recibirlo. Mis días desaparecían entretenida como estaba, cuidando de aquella criatura, que había descubierto que podía caminar y que se pasaba el día tratando de alcanzar cosas que no debían de estar en sus manos.

Cuando quise darme cuenta, ya era el momento de visitar a mi padre. En una bolsita metí unas pocas galletas que había horneado aquella mañana, sabiendo que mi padre las saborearía con mucho gusto, y me dispuse a disfrutar de mi día libre con él.

El regreso a mi antiguo hogar se me hizo largo entre las callejuelas estrechas y absorta en mis

pensamientos, tratando de imaginar a mi madre veinte años antes, haciendo casi el mismo recorrido que ahora me disponía a hacer yo. Con la diferencia de que mi madre, lo hizo ilusionada, en busca de un amor imposible que no funcionó, mientras que yo retornaba a casa porque adoraba a mi padre, pero al mismo tiempo regresar a La Caleta, significaba revivir una infancia llena de dolor.

Traté de borrar las ideas que acudían a mi mente sobre mi madre, porque pese a ser ya una adulta, me seguía produciendo demasiado dolor saber que había escogido poner tierra de por medio y renunciar a su hija, sin pensar en las secuelas que aquel distanciamiento dejarían en mí de por vida.

Apresuré mis pasos, ansiosa por reunirme con mi padre y encontrarme con Titi, el travieso mono macaco que había sido el fiel compañero de mi madre y siempre había sido mi confidente más leal. Titi, había sido mi sombra protectora, y siempre estaba dispuesto a desplegar su habilidad saltarina para arrancarme una sonrisa en mis momentos más difíciles.

Al llegar a La Caleta y contemplar la vista del Mediterráneo, me calmé. Inhalé profundamente, tratando de llenar mis pulmones y mi memoria con el fresco aire impregnado de la fragancia salada del mar. Aquel rincón del mundo era mi hogar, y a pesar de las dificultades vividas allí, aquella playa era mi refugio.

Titi pronto me divisó en la distancia y salió a mi encuentro acompañándome en el último tramo hasta mi casa. Saltaba de contento por verme. Era reconfortante saber que estaba tan complacido de ver a su dueña.

Me acerqué a la que había sido mi casa durante mi niñez y hasta hacía pocos días, y un escalofrío recorrió mi cuerpo. El deplorable estado de la casa me inundó de tristeza, trayendo a mi mente innumerables recuerdos de días interminables esperando a que mi padre regresara con un pedazo de comida. Noches en las que caía exhausta, con el estómago vacío, solo para despertar más tarde con los torpes pasos de mi padre subiendo las escaleras embriagado por el alcohol.

Toqué la estrecha y vieja puerta, esperé un rato y nadie respondió. Pensé en ir a la taberna ubicada cerca de la casa para probar suerte, pero me dijeron que hacía días que no veían a mi padre por allí. La noticia me agradó. Confiaba en que mi padre hubiera podido dejar la compañía de la botella.

Pasé por delante de la casa de Antonia, grité al llegar a su puerta, y con rapidez, aquella mujer de dimensiones casi tan amplias como la entrada de su casa, salió con una sonrisa deseando abrazarme. Al principio, preguntó por cómo me estaba yendo en mi nuevo empleo en Gibraltar, pero al notar la preocupación en mi rostro, dejó de lado su curiosidad y alegría, brindándome la oportunidad de compartir mi angustia por no encontrar a mi padre. Mi querida Antonia, tampoco había tenido noticias de Jeffrey en los últimos días.

Me empecé a preocupar, y fui en busca del cura, él sabría qué hacer y cómo ayudarme para encontrar a mi padre.

Cuando entré en la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, donde tantas veces me refugié en busca de respuestas al porqué mi madre me abandonó, el cura se acercó a mí y vino a abrazarme, diciendo que se alegraba por mi nueva vida en Gibraltar. El cura tampoco había visto a mi padre últimamente, a quien pese a no ser feligrés de la Iglesia, solía siempre ver en la calle, sentado en alguna esquina, buscando que el sol calentara sus huesos.

Dada mi preocupación y sintiendo que algo no estaba bien al no haber visto al viejo de Jeffrey en los últimos días, el cura se ofreció a entrar en mi casa y averiguar si algo le había ocurrido a mi

padre. Y así, cargando una escalera que rescató de una habitación llena de trastos ubicada entre la capilla y el edificio que servía de colegio para los niños de su parroquia, nos dirigimos a casa de mi padre.

Según nos acercábamos, el peso de la incertidumbre comenzaba a mezclarse con la esperanza de encontrar la respuesta sobre lo que le había podido ocurrir a mi padre en aquel lugar que alguna vez llamé hogar.

Al llegar a la vieja casa, el cura decidió que no sería necesaria la escalera, ya que ayudado de unas herramientas consiguió abrir de modo fácil la puerta de aquella maltrecha vivienda. Según la abrió, el hedor que venía de dentro era insoportable. Sabiendo ya que mis peores presagios se habían cumplido, subí las escaleras y aterrorizada, vi lo que más temía. Mi padre tumbado en su cama, muerto, no se sabía desde cuando.

El dolor me atravesó el corazón, desgarrándolo con cada latido. Mi pobre padre había fallecido en la más triste soledad, sin nadie que le acompañara en sus últimos momentos. Ni siquiera el whisky, su fiel compañero durante tanto tiempo, parecía haberle brindado consuelo, ya que no había rastro de botellas en la casa.

Lágrimas desbordantes inundaron mi rostro mientras salía desconsolada, llorando por la puerta, sintiendo cómo el dolor apretaba mi pecho. Buscaba desesperadamente aire fresco para mis pulmones, mientras el abismo de la incertidumbre se abría ante mí, sin saber qué hacer o dónde ir. El cura, con compasión en su mirada, me instó a refugiarme en casa de Antonia, asegurándome que él se ocuparía de aquella situación desoladora.

El peso de la pérdida y la aflicción me acompañaban en cada paso, como una sombra implacable que se aferraba a mi ser. Primero mi madre, quien decidió partir lejos, y ahora mi padre, que no encontró el valor para seguir adelante sin el amor de mi madre que tanto le había hecho falta.

Mi sensación de vacío con la que siempre había convivido se intensificó, sintiéndome más desamparada aún. Ya no me quedaba nadie. Mis padres no eran más parte de mi vida.

No podía borrar de mi cabeza la imagen de mi padre tumbado boca abajo, desaliñado, y con una foto desgastada de mi madre caída en el suelo, a la cual se había aferrado, pensando que al hacerlo podía sentir el amor de aquella mujer que no supo amarlo. Guardé la foto en el bolso que llevaba, ya que era lo único que a mí también me había ayudado a no olvidar su rostro y la única posesión que me llevaría de aquella casa donde había pasado mi hasta ahora corta vida.

Aquel hombre había merecido mucho más que una vida llena de soledad y desamor, pero la triste realidad era que perdió su camino en busca de una felicidad que nunca le llegó.

Con la partida silenciosa de mi padre, el eco de su ausencia resonaba en cada rincón de mi existencia. ¡Me había dejado sola en este mundo! La sensación de abandono que sentía en aquel momento, se entrelazaba dolorosamente con el recuerdo de mi madre, formando un nudo en mi corazón que me apretaba con fuerza. Mi angustia era demasiado profunda para encontrar consuelo en el llanto. Me embargaba una sensación de injusticia abrumadora, preguntándome una y otra vez por qué la vida me arrebató una vez más la compañía y el amor de aquellos que deberían haber estado a mi lado. Era una carga pesada de soledad que recaía sobre mis hombros, y la desesperanza amenazaba con engullirme por completo.

Para consolarme, como siempre había hecho desde que yo recordaba, allí se hizo presente Antonia, mostrándome su amor incondicional, ese cariño que nunca pude recibir de mi madre, y que mi padre apenas supo darme en sus ausencias en las que se perdía en la oscuridad de la bebida barata.

En sus brazos, encontraba un refugio de calma y esperanza en medio de la tormenta que era mi vida.

No sé el rato que me dejé llevar recostada en el cálido pecho de la señora Antonia, pero cuando recuperé mis fuerzas, traté de olvidar la imagen de mi padre fallecido y me obligué a recomponerme. No podía permitir el derrumbarme, ni quedarme allí llorando por la pérdida de un padre que nunca fue totalmente mío.

Sabía que entre el cura y Antonia se harían cargo de los arreglos del entierro, de lo que el alcohol había dejado de mi padre, y volví a la ciudad para continuar con mi nueva vida. De quedarme en La Caleta, atada a los recuerdos, nunca escaparía de la aflicción.

Ni yo misma creía la frialdad que mostraba en ese momento tan difícil, pero era lo que tenía que hacer si quería salir de la escasez de mi pasado. Mi padre ya no estaba en este mundo, no tenía nadie que se encargara de mí, y lo único que poseía en este momento, era una habitación cálida en la casa de una familia cuyo hijo pequeño requería toda mi atención.

Con un nudo en la garganta me despedí de Titi, que seguía mostrándose generosamente alegre, sin entender lo que ocurría, al que dejé con Antonia, sabiendo que lo cuidaría y alimentaría, y me encaminé hacia el otro lado del Monte Calpe, cerca y a la vez tan lejos del lugar que me había visto crecer, y que a su vez me había encerrado en una nube de vacío y dolor.

Mientras caminaba de regreso a Gibraltar, mi mente se vio envuelta en un torbellino de pensamientos, en un intento desesperado por aferrarme a los momentos felices que compartí con mi padre. Sin embargo, eran tan escasos y efímeros los recuerdos que lograba rescatar, que mi dolor se intensificaba y me veía obligada a detenerme, paralizada por la tortura de las ausencias. Mi corazón roto en mil pedazos, me obligaba a caminar en un estado de aturdimiento, en el cual era ya incapaz de derramar una sola lágrima más que diluyera mi sufrimiento.

Una de las veces en las que mi angustia me forzó a no caminar, ya dentro de la muralla de la ciudad, vi que Titi me había seguido. Aquel mono en realidad era mi única familia y de la manera en la que me miraba sin hacer ninguno de sus típicos ruidos y sin mostrar sus acrobacias, sabía que deseaba estar conmigo y seguir mostrándome su amor. No me quería dejar sola y tampoco estar lejos de mí. Aquel macaco también enfrentaba la vida en soledad. Solo nos teníamos el uno al otro. Sin dudarlo, lo tomé en mis brazos, lo abracé y lo guardé en mi bolsa. Trataría de tenerlo en la habitación donde ahora vivía, oculto de los dueños de la casa. Estaría junto a mí.

Cuando llegué a casa de Rosa, pedí a Titi que se escondiera y no hiciera ningún ruido, ya que si lo vieran los señores podría perder aquel trabajo que tanto necesitaba. Titi, pareció comprender mi preocupación y se escondió sin hacer ruido en la bolsa de la ropa que traía y entramos sin que nadie lo viera en la casa.

Sin fuerzas para despojarme de mis ropajes, me dejé caer en la cama, y el sueño se adueñó de mí, salvándome de mis recuerdos.

4. Una nueva vida

Seguí adelante con mi nueva realidad en la casona señorial de Gibraltar, casi como si mi vida anterior se desvaneciera en el pasado. Me esforzaba por alejar los recuerdos que amenazaban con envolverme en la melancolía, consciente de que permitirles dominar mis pensamientos solo alimentaría el vacío que habitaba en mi corazón.

Trataba de evitar evocar la mirada triste de mi padre y contemplar con nostalgia la única fotografía que guardaba de mi madre. Las imágenes llenas de desolación y necesidad de mi infancia me invadían y cada recuerdo de los padres que nunca tuve, me arrojaban a un agujero negro en el que no soportaba estar ya más. Me negaba a dejarme arrastrar por la tristeza y la nostalgia, quería vivir. Necesitaba construir un puente entre la realidad y mis recuerdos que me ayudara a sobrellevar el pasado, pero me cruzara a una nueva vida.

Me aferré a lo que tenía y cada día, me sumergía por completo en el cuidado del pequeño de la casa, cuya alegría y cariño me ayudaban a escapar de los recuerdos que amenazaban con atormentarme, algo que no podía permitir porque no quería acabar como mi padre. Así que me entregaba a mis responsabilidades domésticas con dedicación, siendo consciente de que aquel empleo no era el destino final que anhelaba. A pesar de ello, comprendía que era un paso necesario hacia un futuro más prometedor que me permitiera tomar mis propias decisiones, y quién sabe, quizá seguir el camino de mi madre.

Desesperadamente, ansiaba encontrar un trabajo que me brindara la libertad y el escape de lo que mi vida había sido hasta ese momento. Pero por ahora, cuidar a aquel niño, me otorgaba la oportunidad de ahorrar algo de dinero, asegurarme un plato de comida en la mesa y descansar bajo un techo cálido, que era mucho más de lo que nunca tuve.

En los pocos ratos libres que disponía entre los quehaceres diarios de la casa, al no tener que volver más a La Caleta, deambulaba por las calles de Gibraltar. Me fijaba en los hombres bien vestidos, y las señoras que muchas veces les acompañaban agarradas a sus brazos, luciendo sus mejores ropas y peinados. Observar a toda aquella gente, con sus vidas aparentemente llenas de éxito y felicidad, despertaba en mí un anhelo ferviente de dejar atrás las sombras del pasado. Ansiaba liberarme del dolor y la vacuidad que habían acompañado mi existencia hasta entonces, y reunir el coraje necesario para alcanzar esa vida en la que solo podía soñar.

Sabía que lo lograría, que conseguiría liberarme de esa sensación de estar atrapada en una realidad limitada, aunque todavía no sabía cómo.

Cada paso que daba por aquellas calles llenas de promesas, me impulsaba a buscar una salida, una oportunidad que pudiera transformar mi destino. Sentía el fuego arder en mi pecho, alimentado por la certeza de que merecía más de lo que la vida me había dado hasta entonces.

Un día, la respuesta a lo que buscaba vino a mí. El señor de la casa, un joven siempre correcto, con negocios prósperos al otro lado de la frontera, en España, según presumía Rosa delante de sus amigas cuando venían a casa a tomar té y las galletas que yo cocinaba, mientras

mantenían conversaciones insulsas, me hizo una extraña solicitud. Aunque rara vez veía al señor de la casa debido a sus constantes ocupaciones, aquella tarde que Rosa había acudido a casa de una amiga con el pequeño Juan, mientras me encontraba en la cocina, el señor se acercó a mí con una cesta y un encargo especial. Me pidió que llevara las magdalenas recién horneadas esa misma tarde a La Línea, la ciudad al otro lado de la frontera.

Allan, que así se llamaba el marido de Rosa, me entregó un papel en el que estaba escrita la dirección exacta donde debía de llevarlas. Fue entonces cuando comprendí la importancia de haber aprendido a leer y escribir, gracias a los esfuerzos de Antonia, quien siempre insistió en que me sería útil en la vida. Mientras el señor confirmaba que podía leer la nota, sentí una mezcla de gratitud y determinación, consciente de que este encargo era algo más que entregar unas simples magdalenas.

Le miré sorprendida, ya que hasta entonces Rosa había sido la encargada de marcarme las tareas de la casa y dudé que en España no tuvieran magdalenas. Él, que debió de ver ese atisbo de sospecha en mi cara, me ofreció unas monedas, puesto que según me dijo era algo para lo que su mujer no me había contratado, y a su vez me pidió que no le dijera nada a su joven esposa. Aquellos dulces eran una muestra de agradecimiento, un detalle que quería tener con una persona que le había ayudado en sus negocios en La Línea de la Concepción. Con voz serena y pausada, como tratando de disipar mis dudas, me proporcionó instrucciones detalladas sobre lo que debía hacer y a quién debía buscar una vez cruzada la frontera.

Mis manos temblaron mientras sostenía aquella cesta, ya que por primera vez en mi vida me iba a aventurar más allá de la frontera de Gibraltar y no sabía con qué me podría encontrar.

Allan me acercó al puesto fronterizo en su coche. Era la primera vez en mi vida que subía a uno de esos vehículos motorizados y me sentí como si fuera la señora. El trayecto fue corto, ya que me dejó a una distancia más que prudencial del puesto fronterizo, pero la experiencia me gustó tanto, me hizo sentir tan grande, que me dije a mí misma que la repetiría.

Me encaminé en dirección a la frontera, mientras advertía cómo mi corazón latía con una emoción que no había experimentado en mucho tiempo. El camino hacia España lo hice rodeada de otras muchas personas que iban y venían de un lado al otro de la frontera, y al llegar a territorio español, vi varios hombres a caballo que parecían vigilar lo que las personas acarreaban desde Gibraltar hacia España. Mostré el documento que el señor Allan me había dado a uno de aquellos uniformados a caballo siguiendo sus instrucciones, y el caballero me facilitó la entrada en el nuevo país sin problema.

Había estado tan tensa al pasar frente a la imponente presencia de esos hombres uniformados que hasta un rato después no me di cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, cuando ya pude ver mi roca a cierta distancia a mis espaldas. En ese instante, vi varios carruajes tirados por caballos, que muchos de los que cruzaban la frontera tomaban para ir a sus destinos en España. En mi caso, mis piernas eran el único medio que podía permitirme para llegar a la dirección que el Sr. Allan me había marcado.

Algo que llamó poderosamente mi atención al dejar el paso fronterizo, fue ver a muchas mujeres vestidas de negro con faldas que rozaban el suelo y toquillas de lana negra que se agrupaban entre sí. Aquellas mujeres se ayudaban las unas a las otras a esconder entre sus ropas la mercancía que habían sacado unos jóvenes desde Gibraltar. Según aprendería más tarde, aquellas mujeres eran llamadas matuteras, y se dedicaban a vender lo que otros habían sacado de Gibraltar de contrabando, en sus pueblos, para dar de comer a su familia. Algunas caminaban hasta Algeciras, pero muchas lo hacían hasta Castellar de la Frontera o incluso hasta Casares, lo

que les suponía dos días de caminata. Todo para que sus hijos tuvieran comida para llevarse al estómago.

Me adentré en las calles desconocidas de aquella pequeña ciudad, sintiéndome una completa extraña en un entorno ajeno. A cada paso tenía la sensación de ser observada, como si los ojos curiosos de los residentes se clavaran en mí. Aquel lugar me resultaba completamente desconocido, era la primera vez que me aventuraba más allá del istmo de Gibraltar y no podía evitar escrutar cada rincón con curiosidad, y caminaba girando la cabeza en todas direcciones.

Indagando con un par de señoras, pronto encontré la dirección que Allan me había señalado. Golpeé la puerta con mis nudillos al no hallar timbre alguno, sin tener certeza de qué encontraría al otro lado. La incertidumbre se disipó cuando la puerta se abrió y fui recibida por una mujer amable y acogedora. Sus ojos brillaban con una chispa de complicidad, como confirmando que mi llegada iba más allá de un simple intercambio de magdalenas. Le entregué la cesta que había acarreado todo el camino, y amablemente la señora me ofreció un vaso de agua y una silla para que descansara. Antes de despedirme, me dio unas monedas a modo de agradecimiento, despidiéndose, con un “hasta la próxima”.

Aquel dinero era más de lo que nunca había tenido en mis manos. Así que volví loca de contenta a casa, emocionada por el encargo que me había hecho el señor de la casa, y agradecida por haber tenido la oportunidad de acudir a una residencia adinerada donde generosamente me dieron aquella propina. Pero también la inquietud y la duda merodeaba en mi cabeza, ya que a pesar de mi inocencia, al no haber tenido una vida expuesta a demasiadas experiencias, aquella entrega en la que la señora dejó caer que nos volveríamos a ver, me dio en qué pensar.

Crucé el camino arbolado que separaba los dos países, sintiendo una dulce brisa, y admirando la magnificencia de la Roca vista desde fuera y en la distancia. Una gran nube parecía haber quedado enganchada eternamente en lo alto del Monte Calpe, otorgándole un toque aún más grandioso, al menos desde mi perspectiva, quizás empujada por la euforia de las vivencias del día.

Aquella visita a España marcó un antes y un después en mi vida. A partir de aquel momento, supe que estaba destinada a algo más grande, que podía lograr mi propósito de dejar atrás mi pasado y al igual que mi madre, encaminarme a un mundo abierto a otras oportunidades.

Casi al caer la noche estaba ya de vuelta en la casa de Rosa y Allan, y antes de entrar en mi habitación, el señor me hizo llamar preguntándome cómo había ido todo. Me dio unas monedas extra y me agradeció el gran favor que le había hecho. Sonreí tímidamente, sabiéndome dueña ahora de una pequeña fortuna que guardaría para cuando llegara mi momento y pudiera empezar una nueva vida lejos de allí.

Allan, que vio el brillo del dinero en mis ojos, me dijo que cada día que su mujer me diera libre, volvería a hacer lo mismo, y yo, feliz por la petición, asentí y me metí en la cama por primera vez pensando en un futuro que hasta ahora no había contemplado.

El siguiente domingo que libraba en la casa, por la mañana temprano, Allan se me acercó de nuevo para darme una cesta más grande que la de la otra vez y me pidió que la llevara a dos direcciones diferentes en la Línea de la Concepción. Me dijo que en las casas a las que fuera, llenarían la cesta de verduras que tendría que traer de vuelta, para que luego las pudiera ofrecer en los puestos de fruta de Gibraltar. Nosotros teníamos poca fruta y verdura, y al otro lado de la frontera era algo que les sobraba, y hacía negocio con ello, argumentó. La verdad que poco me importaban sus explicaciones, y no dudé en hacer aquel favor al señor Allan, ya que volvería a recibir unas monedas que serían lo que más adelante me permitiría cumplir mi sueño de ir en

busca de mi madre.

Aquellos encargos me olían a algo fuera de lo común, pero a pesar de ello, el dinero me llamaba. No hacía nada incorrecto, y Allan conocía a demasiada gente en Gibraltar y España como para que algo malo pudiera acontecerme.

Repetí lo de la primera vez. El señor me acercó a la frontera, y nada más cruzar a territorio español me acerqué a uno de los carabineros con un largo bigote que se encontraba en una pequeña caseta de madera con un letrero que se leía “Carabineros”, y le entregué la carta del señor Allan. El uniformado me sonrió y me deseo un buen día, con lo que una vez más entré en España con mi cesta con total normalidad.

Esta vez, con este nuevo recado, me dejé llevar por mi curiosidad y después de cruzar la frontera, una vez me alejé del puesto fronterizo y la muchedumbre de personas que se aglutinaba en el lado español, fisgué entre las magdalenas de mi cesta y en el fondo, ocultos, pude encontrar paquetes de café.

—¡Oh, no! —Pensé. Lo que sospechaba. Aquellos mandados no eran tan simples como parecían. Estaba traficando con café. Por un momento me paralicé, el miedo se apoderó de mí. Si un día me pararan en la frontera podrían detenerme. Aquello era peligroso, aunque el dinero que recibía por el cometido, era mucho más de lo que nunca llegaría a tener trabajando de niñera.

Así que decidí dejar mis preocupaciones a un lado y seguí adelante, ya que confiaba en que la carta que me entregaba el señor Allan para presentar en la aduana, era mi salvoconducto. Sabía que el dueño de la casa y sus amigos eran gente influyente, y no me pasaría nada, al contrario, trataría de aprovecharme de aquel ofrecimiento para ahorrar dinero y poder así lograr mis sueños. Volví a notar a un grupo de mujeres ataviadas con ropajes oscuros, reunidas bajo un árbol. Escondían discretamente debajo de sus faldas, café, azúcar y tabaco, que un hombre que había divisado cruzando la frontera, les había vendido. La curiosidad se apoderó de mí al observar a las mujeres. Me intrigaba descubrir qué hacían con aquella mercancía y hasta donde irían caminando con todo lo que cargaban oculto bajo sus ropas. Tanto que me quedé observándolas un rato más largo de lo normal, y una de ellas, que parecía molesta con mi intriga, me increpó.

—¿Qué haces mirando? Sigue tu camino y déjanos tranquilas. Desaparece, y ni se te ocurra ir con el cuento a nadie.

No me asustaba fácilmente, así que le contesté envalentonándome, pese a su cara de pocos amigos.

—¿Con qué cuento y a quién voy a ir? Solo miraba qué hacéis porque me sorprende todo lo que os guardáis bajo las ropas. No sé ni como luego podéis caminar. —Dejé mi cesta en el suelo, señalando con mi mirada, y eso parece que relajó a aquella brava mujer.

—Nosotras tampoco lo sabemos. Pero no nos queda otra, hay que dar de comer a nuestros hijos. Mi marido está preso, y tengo tres renacuajos a los que les gusta comer cada día. Necesito que se hagan mozos y ayuden con su trabajo, pero mientras, me toca a mí hacer lo que pueda para alimentarlos. —Me dijo aquella grandota mujer a la que entre su seria expresión pude ver que le faltaban varios dientes.

—Lo entiendo, yo estoy ahorrando para ir a ver a mi madre. —Le dije.

Al decirle esto, la robusta mujer suavizó su expresión al entender que yo hacía lo mismo que ellas, tratar de ganarme la vida. No era ninguna chivata, era una joven intentando sacar algo de dinero, al igual que ellas.

—¿Y dónde está tu madre?

—No lo sé. Partió en mi infancia, abandonándonos a mi padre y a mí cuando apenas contaba con

seis años y se largó con un hombre de negocios. Pero creo que se marchó a Londres.

—Eso está muy lejos chiquilla, necesitas muchas perras para llegar allí. Si alguna vez pasas por Casares, pregunta por la Eulalia. Esa soy yo, un mendrugo de pan y una cama de paja no te ha de faltar. Buen día, que tengas suerte y puedas encontrar a tu madre.

—Buen día igualmente Eulalia. Me llamo Sonia. Espero que tu marido salga pronto de la cárcel y puedas dejar de hacer esto de acarrear mercancías a tanta distancia.

—Ese sinvergüenza está mejor en la cárcel, solo es un borracho que se gasta todos los reales. No lo quiero ni ver. Me hizo tres hijos y nunca me ha ayudado a darles de comer. Mejor está donde está, o bajo tierra. Buen día, mujer.

Aquella enérgica señora se giró y siguió cargando todo lo que podía debajo de sus ropas, mientras, yo caminé hacia la Línea de La Concepción, a repartir la mercancía de mi cesta en las direcciones en las que el señor Allan me había escrito.

De alguna manera saber sobre aquellas mujeres me hizo ver que lo mío era mucho más fácil que lo de ellas, que tenían que hacer kilómetros para tratar de sobrevivir, y que la vida dura no era algo exclusivo mío. A otras muchas personas no les había caído la suerte de un camino fácil.

Adentrándome en la Línea, volví a visitar a la amable señora de la primera vez, entregándole parte de las magdalenas como el señor me había indicado, recibiendo a cambio unas monedas al igual que la vez anterior. Luego caminé algo más hasta las afueras de la ciudad, pero no me importó, porque en la segunda vivienda me hice con un billete de 10 shillings (chelines). Aquello más las monedas de la primera casa, y a lo que pude añadir un buen bocadillo de jamón que devoré junto con un botijo de agua fresca que me dieron en la apartada casa, me sentí casi rica. Mientras saboreaba aquel jamón que nunca había probado, en aquella casa llenaron de nuevo mi cesta. Lo que podía ver que metían, eran patatas, tomates y naranjas, aunque estaba convencida de que habría algo más. Después de haber visto el café que traje escondido en mi camino hacia España, estaba segura de que a Gibraltar me harían entrar con alguna otra cosa. Me utilizaban para sus negocios. Pero en realidad, el dinero fácil, era lo que había estado buscando, así que en lugar de dejarme llevar por la preocupación, agradecí que el señor Allan me hubiera dado aquella oportunidad.

Acarrear la cesta de vuelta a casa no era fácil. Tenía que caminar cerca de una hora desde las afueras de la Línea hasta el town de Gibraltar, y con varios kilos dentro del cajón con asas de mimbre, que crujía con mis pasos por el peso. Pero tenía que cumplir con lo que me habían encomendado, sabía que el señor me daría alguna moneda más y de hacerlo bien, confiaría en mí para más entregas.

Durante el camino de regreso, me vi forzada a detenerme en varias ocasiones debido a la carga que llevaba a cuestas. Cada paso se volvía más difícil y agotador, y sentía cómo el peso iba haciendo que mis músculos quemaran del cansancio. En esos descansos la imagen de mi padre vino a mí, sintiendo que me estaba juzgando. En mis adentros le pedí que no lo hiciera, que no pensaba llevar la vida austera en la que él me había tenido y que buscaría cómo encontrar una vida más cómoda, aunque no le pareciera bien. ¿Era mi conciencia la que me hablaba? Puede que sí, pero no iba a permitir que ningún pensamiento terminara con aquello. Cuidar al niño estaba bien, pero solo con aquellos encargos podría reunir el dinero necesario para adquirir un pasaje al Reino Unido, emprender la búsqueda de mi madre y llevar una vida más confortable, liberándome de las necesidades que habían marcado mi existencia junto a mi padre.

Era la primera vez en mi vida que las preguntas que quería hacerle a aquella mujer que me abandonó, surgían en mí. O quizá siempre habían estado ahí, pero por respeto al dolor, sabía,

sentía mi padre por cómo nos dejó, nunca me había atrevido ni tan siquiera a traerlas a mi mente. Pero necesitaba saber, quería conocer la versión de la historia de mi madre, que quizá como Antonia me había sugerido, no ocurrió de un modo tan romántico como mi padre quería recordar.

Ensimismada en mis pensamientos, por fin llegué a la casa señorial donde ahora vivía en Gibraltar, y lo hice casi sin aliento.

Antes de entrar por la puerta principal de la casa, Allan llamó mi atención y con señas, me hizo dirigirme a otro edificio cercano. Miré alrededor, girando a derecha e izquierda, subí la vista hacia las ventanas de la casa y las luces estaban apagadas, y creyendo que nadie me veía, accedí a la otra vivienda. Allí se hallaba Allan, junto con otro señor joven bien vestido, al que pensé recordaba de alguna de las fiestas que la señora había dado en la casa. Los dos hombres trajeados, fumando y bebiendo un vaso de whisky cuyo olor pude reconocer nada más entrar a la estancia donde estaban, me quitaron caballerosamente la cesta de encima, mientras el joven, cuyo nombre desconocía, me ofreció una silla y un vaso de agua. Tras preguntarme qué tal había ido mi día, me dieron las gracias por mi viaje y me entregaron un billete de 10 chelines, informándome de que la próxima ocasión, debería salir de Gibraltar en uno de sus coches, ya que tendría que acercarme a diferentes viviendas en La Línea para entregar distintos paquetes, y a cambio por mi servicio, recibiría dos libras.

Nada más imaginar aquel dinero, la expresión de mi cara debió cambiar por completo. No era tan tonta como aquellos dos señores pensaban. No había ido mucho a la escuela, sabía leer y escribir y poco más, pero reconocía que aquellos dos no se traían nada limpio entre manos. A pesar de ello, después de un fuerte suspiro que pretendió dejar de lado en mi mente lo que era obvio, accedí, ya que el dinero que conseguiría me pagaría una vida diferente.

Tenía un objetivo en mente, ahorrar lo suficiente para adquirir un billete y viajar a Londres en busca de mi madre. Ahora que mi padre había fallecido y que ya no había nada que me atara a Gibraltar, puesto que no creía que mis abuelos tuvieran ningún interés en saber de mí, ya que nunca se habían preocupado ni tan siquiera de saber si respiraba, estaba segura de que mi futuro debía estar lejos de allí. En el Reino Unido, quizá, lograría una mejor vida y porque no, encontrar a mi madre. Esto no sería una tarea fácil, porque no sabía en qué localidad estaba, o el apellido que usaba, ya que por Antonia sabía que nunca tomó el apellido de mi padre, dado que la boda que celebraron en Nuestra Señora de los Dolores, fue algo anecdótico, sin que los papeles de su matrimonio quedaran inscritos en ningún registro.

Aquellas idas y venidas a España, se convirtieron en una rutina. No se trataba solo de las ganancias que obtenía de un lado y otro de la frontera, sino de la sensación de vitalidad que se encendía en mi interior en cada viaje. Cada día representaba una aventura que me distanciaba cada vez más de la existencia que había llevado, sintiendo que me encaminaba a otra mejor que la que experimentaba ahora.

Sospechaba que no era café lo único que llevaba a España, y que lo de las hortalizas que traía de vuelta a Gibraltar, era solo una tapadera. Pero cada vez que subía a ese vehículo de motor, me sentía flotar disfrutando de un paseo en coche. Y a pesar de mi recelo, continúe con aquellos viajes de un lado a otro de la frontera. El dinero que obtenía superaba con creces cualquier suma que mi padre hubiera presenciado en toda su vida, brindándome la posibilidad de emprender un nuevo comienzo en algún otro lugar.

Dejé de preocuparme de que algo me pudiera pasar cuando contrabandeaba, porque no me

podía engañar, eso era lo que hacía. Aprendí pronto que los papeles que me daba Allan, me ayudaban a ganarme la confianza de los carabineros a caballo al otro lado de la frontera, ya que la documentación siempre iba acompañada de algún billete que contribuía a una mejor vida de aquellos jóvenes que vivían sin demasiadas comodidades. Y por supuesto, también aprendí a utilizar mis encantos de mujer, coqueteando con quien creía me podía hacer algún favor, para ayudarme con mi misión.

Desde la reunión en casa del caballero joven, cada domingo por la mañana nada más terminar de hornear las magdalenas, me subía al coche que previamente el señor Allan y su amigo habían cargado, al lado de un chico joven, el conductor Manuel, que al igual que yo, recibía un buen dinero por hacer lo que hacíamos.

En el trayecto no hablaba mucho con el conductor porque no me gustaba en los líos que estaba metido. Era de los que el dinero que ganaba se lo gastaba en el bar, con whisky barato y alardeando de lo que hacía con chicas a las que trataba de engatusar. Yo tenía bien claro que no debía mezclarme con aquel tipo de personas más de la cuenta. Aquello de pasar mercancía a un lado y otro de la frontera para mí era algo temporal, hasta conseguir ahorrar dinero, no lo que figuraba en mis planes a largo plazo. Aspiraba a una vida más refinada y fuera de peligro.

Mis ahorros iban creciendo a un ritmo que ni yo misma podía creer. Los domingos se habían convertido en el gran día de la semana, donde además de sentir la adrenalina de hacer algo, sabía que estaba prohibido, conocía personas adineradas que me iban dando propinas que me ayudarían a cambiar mi vida.

Realmente con aquella ocupación, ya no necesitaba trabajar de niñera, pero no quise dejar el cuidado del niño risueño que me hacía bien.

Uno de los fines de semana, el señor Allan y su amigo, nos solicitaron a Manuel y a mí que realizáramos la entrega habitual en un pueblo diferente. En lugar de en la vecina La Línea de La Concepción, nos pidieron repartir las cestas en Casares. Conscientes de que requeriríamos de todo el día para completar aquel trayecto, aceptamos el desafío a pesar de los riesgos involucrados. La tentación de las veinte libras que nos ofrecieron a cada uno, era demasiado poderosa. Sabíamos que aquello representaba una suma considerable de dinero.

Nos encomendaron seguir una ruta alternativa a través de San Martín del Tesorillo, sorteando las montañas en lugar de la costa, con el propósito de burlar a los numerosos carabineros que custodiaban esa zona. El litoral se encontraba infestado de unidades de vigilancia, encargadas de evitar la entrada de mercancía a España sin el pago de los impuestos correspondientes. Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos, no logramos evitar ser detenidos por los vigilantes de aduanas en el camino.

Una pareja de caballeros en uniformes azules marinos, parámetros rojos en sus pantalones y un sable en un costado, se bajó de sus caballos y nos cortó el paso pidiéndonos parar el coche. Manuel se puso muy nervioso, y tuve que ser yo la que manejara la situación. Había aprendido a tratar con los carabineros. Bajé del coche, les sonreí, les deseé los buenos días y les ofrecí una tableta de chocolate a cada uno junto con un billete de moneda española que el señor Allan me había dado por si aquello acontecía. Los carabineros me devolvieron la sonrisa y contentos con su tesoro nos desearon un buen viaje desapareciendo de la carretera.

Volví a entrar al coche temblando, sin saber cómo había zafado y prometiéndome a mí misma, que aquella sería la última vez que haría semejante viaje cargada, de vete a saber tú qué mercancía.

Pero ahora estaba allí, con Manuel conduciendo el coche y en busca de una casona que

supuestamente reconoceríamos sin problemas, según las instrucciones que nos había dado el marido de Rosa.

La carretera estaba llena de curvas y tenía ganas de llegar porque empezaba a sentir mi estómago cerca de la garganta. Manuel se debió de dar cuenta de que palidecí después de numerosas curvas, y paró el coche en un costado de la carretera. En la cuneta dejé la huella de lo que había cenado el día anterior. El miedo que experimenté durante el encuentro con los dos carabineros me abrumó, y el constante vaivén de la carretera terminó de agitar mi estómago por completo.

Mientras me aseaba y trataba de respirar para recuperarme del mareo que había sentido, un hombre a caballo y con una escopeta se nos acercó con cautela preguntándonos si veníamos de parte del señor Allan. Tras confirmarle que así era, nos pidió que le siguiéramos.

Más recuperada de las curvas, pero todavía con el miedo en mi cuerpo, esta vez por aquel hombre de aspecto rudo, me subí al coche que Manuel ya había arrancado y seguimos al jinete que pareciera haber nacido encima de un caballo por la habilidad con la que llevaba al animal por entre los árboles y la maleza, por un camino escondido.

Una vez dejada atrás la vegetación, apareció frente a nosotros un campo enorme de cereales con una casona blanca en medio del mismo. El jinete nos indicó que esperáramos frente a la verja que nos separaba de aquel campo, y al rato, un señor vestido elegantemente junto con otros tres con ropas de faena, aparecieron frente a nosotros. El que parecía el dueño de todo aquello ordenó a los otros tres que descargaran lo que llevábamos en el coche, mientras el hombre a caballo volvió a la carretera a vigilar por orden del señor bien vestido.

Aquel caballero estirado apenas nos habló y nos miró con el mismo desdén que a sus empleados, pero nos dio un billete de cinco pesetas a cada uno, y sin decir adiós se dio la vuelta hacia su casa, ordenando a sus hombres que guardaran toda la mercancía.

Manuel y yo, estábamos exhaustos por el viaje y los nervios que habíamos pasado al cruzarnos con los carabineros, pero nuestra felicidad era evidente, sabedores de que éramos dueños de un billete nuevito de cinco pesetas. Aquello era mucho dinero, y en silencio cada uno de nosotros pensó en el uso que daría a aquellos cuartos.

Descansamos un rato entre unos árboles y comimos unas galletas que había horneado, junto con algo de pan y queso que había traído Manuel. El joven, que tras varios tragos de vino de una bota que había escondido en el coche bajo el asiento, estuvo más charlatán, me dijo que se gastaría el dinero que nos habían dado en una buena borrachera y lo que le sobrara se lo daría a su madre para comida.

Yo, que no compartía esas ganas de tirar el dinero, quizá por haber vivido con un padre a quien el alcohol le impidió ser un hombre organizado, seguía con mi plan de tener una vida diferente y decidí que me compraría ropa nueva con lo que había sacado. Con una presencia distinta, ya pensaría en qué hacer para ganarme la vida, porque eso de estar en la carretera, como los estraperlistas y las pobres matuteras que cargaban escondida en su cuerpo, más mercancía de la que podían acarrear, no era lo que buscaba.

Mientras comía mi última galleta, Manuel se levantó y cargó la escopeta que llevaba. Le miré asustada, y entendiendo el gesto que me hizo, corrí dentro del coche. El joven también subió, lo arrancó y nos fuimos rápido de allí sin saber bien por donde.

—¿Qué pasa Manuel? ¿Qué has visto? Me has dado un susto de muerte.

—Me ha parecido oír los cascos de un grupo de caballos. Tienen que ser bandoleros, que por estos lugares hay muchos, y no he querido arriesgarme a quedarnos sin nuestro dinero, que

bastante miedo nos cuesta ganarlo.

—¿Y ahora dónde vamos?

—No lo sé, pero ahí se ven en un alto casas, así que debemos estar llegando a Casares.

—Ese camino va en la dirección contraria a Gibraltar.

—Sí, pero está cayendo la noche, y no nos vamos a arriesgar a que nos asalten en la carretera. Ya veremos cómo nos las arreglamos.

—Yo conozco a una mujer que vive en Casares. Preguntaremos por ella, y seguro que a cambio de unas monedas podemos quedarnos en su casa.

Así fue. Paramos el coche cerca de las chozas blancas con tejado de paja, y pregunté por Eulalia. Un señor desdentado que caminaba con su torso más cerca del suelo de lo que debería, echado hacia delante y sujetándose con un bastón que se veía había sido la rama de un árbol, nos indicó el camino a casa de la matutera que había conocido al cruzar la frontera con Gibraltar en España, y nos encaminamos a su morada.

En un principio, Eulalia no me reconoció y nos recibió con un rifle en la mano. Pero en cuanto alzando la cabeza le dije que era Sonia, la chica que quería irse a Londres en busca de su madre, Eulalia bajó la escopeta de su marido, y se acercó a mí.

—¿Qué haces por aquí chiquilla? Estás muy lejos de tu casa. Dame un abrazo. Bienvenida a mi hogar.

—Gracias, Eulalia. Hemos venido a hacer una entrega al cortijo que hay abajo escondido de la carretera, y al salir Manuel ha creído escuchar a los bandoleros y hemos preferido pasar la noche aquí y volver mañana temprano a Gibraltar.

—Hacéis bien. Os puede surgir cualquier contratiempo por las montañas. Los más peligrosos son esos del cortijo donde habéis hecho la entrega. Tienen controladas todas las carreteras, y no me extrañaría nada que quien os ha pagado, haya ordenado que salieran a robaros el dinero. Ese señorito no se conforma con nada. Es dueño de casi todo el pueblo, tiene cientos de negocios y nos quiere seguir controlando quitándonos las mercancías que traemos desde Gibraltar para poder sobrevivir. Pero no importa, me alegro de que te hayas acordado de mí. El chico dormirá fuera en el pajar, y tú Sonia junto a mi hija en su cama.

—Muchas gracias, Eulalia, nos haces un favor enorme.

—Para eso estamos. Seguro que si me hiciera falta ayuda en Gibraltar, tú estarías ahí conmigo.

—Claro Eulalia.

Después de una breve charla en la que Eulalia me contó que todas las semanas recorría casi cincuenta kilómetros hasta la Línea de la Concepción, cargada con huevos, chacina y aceite, para volver con tabaco y café y poder venderlo en los alrededores de su pueblo, nos dormimos agotadas nada más caer la noche.

Al alba, Manuel vino a buscarme para volver a casa. Antes de irnos, dejé unas monedas de 5 y 25 céntimos, además de dos pesetas a aquella valiente mujer que vivía en una casa que me recordaba a la que yo había crecido, sin ningún tipo de comodidad por la falta de dinero. Sabía que los cuartos le serían de gran ayuda, ya que tenía que alimentar a sus hijos. Solo esperaba que no nos hiciera falta a nosotros para sobornar a nadie más en el trayecto de vuelta a Gibraltar. De regreso contemplamos cómo el sol emergía en el horizonte. El naranja del cielo que dejábamos a nuestras espaldas me recordaría siempre a aquel lugar al que no quería volver, había pasado demasiado miedo.

El recorrido por las carreteras de España hasta Gibraltar por las montañas se me hizo eterno. Nos vimos obligados a detenernos un par de veces para echar agua al coche, pero tuvimos suerte

de no encontrarnos con nadie que nos diera el alto.

Cuando por fin divisé mi Roca frente a mí, sentí una sensación de alivio que no podía explicar. Gibraltar era mi hogar, por fin estaba en casa.

Llena de polvo, llegué a la vivienda del señor Allan y la señora Rosa, me bajé del coche sin decir nada a Manuel y subí a mi cuarto, calenté agua para darme un baño caliente y ponerme la única ropa que tenía limpia. Cuando estaba terminando de vestirme para ir a la cama y poder madrugar al día siguiente y seguir con la rutina del trabajo de la casa, escuché un toc-toc en la puerta. Miré a Titi, como si quisiera preguntarle si sabía quién podría ser, y el monito se escondió inmediatamente debajo de la cama sin hacer ruido.

Entreabrí la puerta y allí estaba el señor Allan con dos billetes que enseguida guardé en mi caja de los ahorros. Me deseó las buenas noches y me preguntó qué había ocurrido, si pudimos realizar la entrega sin problemas. Afirmé con la cabeza, y con un bostezo le mostré que no quería hablar más. Cansada como nunca me fui a la cama, durmiéndome apenas sin darme cuenta y sin tiempo a imaginarme lo que haría con tanto dinero.

Al día siguiente me levanté como de costumbre, encendí el horno y comencé a calentar el agua. Me extrañó que Rosa no me preguntara dónde había estado el día anterior. Probablemente, aquella mujer que parecía no inmiscuirse en los negocios de su marido y disfrutar solamente de la vida de ser una ama de su casa y entretener a sus amigas, conocía y apoyaba los negocios de su marido, ya que al fin y al cabo, eran los que le permitían tener el estilo de vida ostentoso que llevaba.

Esa mañana, cuando salí de paseo con el niño de la casa, me dirigí hacia una tienda de ropa frente a cuyo escaparate me había parado muchas veces, embelesada por las prendas que allí exhibían. A pesar de mis dudas, carente de confianza en mí misma y sintiéndome de alguna manera como aquella ingenua niña de La Caleta, opté por entrar. Pese a mi actual vestimenta, tenía dinero para comprar el atuendo de la vitrina y lo iba a hacer. Quería empezar a verme tal como deseaba sentirme. Sabía que aquellas ropas eran las que me iban a ayudar a olvidar la pobreza en la que siempre había vivido, otorgándome la apariencia de las señoras que admiraba caminando con tanto estilo por las calles junto a sus maridos.

En un principio la mujer de la tienda no pareció mirarme muy bien. Con un pequeño mohín en su cara, miró a otro lado como si no estuviera en el local. Yo, que ya era conocedora del efecto del dinero en las personas, le mostré unos billetes que puse encima de un mostrador de cristal sito en medio de la tienda, y al momento aquella muchacha estirada, empezó a colaborar, ayudándome a conseguir la imagen de señora perfecta que necesitaba lograr. Satisfecha con el reflejo que veía de mí en el espejo, le ofrecí a aquella joven mi mejor sonrisa y una generosa propina, y arranqué por la puerta orgullosa de mí, y tan feliz que llevé a Juan a comer unos lollies (caramelos).

Cuando salí a la calle ataviada con aquel atuendo elegante, me sentí más grande, más fuerte que nunca. Comencé a dejar de ir con la cabeza baja, para empezar a mirar a todo el mundo a la cara con una sonrisa, sin tener que ocultar más la vergüenza que me producía mi pasado. Aquella vestimenta me dio la confianza en mí que necesitaba.

Empujando la silla de Juan al que todavía le costaba caminar, me acerqué a una zapatería donde el calzado traído de España era maravilloso. Me probé unos zapatos con un tacón impresionante que me hacían sentirme elevada, por encima del bien y del mal, pero decidí llevarme otros un poco más bajos que me parecieron más cómodos para el día a día. Ya volvería más adelante a por aquellos tacones.

Ahora sí, al caminar con el coche del niño por la calle, nadie podía reconocer más a la antigua

Sonia, cualquiera podría pensar que era la madre de aquel niño que vivía en una de las casas acaudaladas de la ciudad.

Luego de un breve recorrido por las bulliciosas calles, que me permití para experimentar la sensación de ser una reina y observar el impacto que mi presencia generaba en las personas, regresé a casa para preparar la cena de Juanito y llevarlo a la cama. Fue el mejor día de mi vida. Era la primera vez en la que no me había sentido pequeña e insignificante. Hasta Titi parecía notar el cambio en mí, aplaudiendo cuando miraba mi reflejo en el espejo de mi habitación. La mujer que contemplaba frente a mí, era una mujer nueva. Ya no era más la hija del pescador borracho de La Caleta, era Sonia.

Cuando el pequeño estuvo en la cama, un papel se deslizó por debajo de la puerta de mi cuarto. Era una nota del señor Allan, que me pedía por favor fuera a la casa donde nos habíamos encontrado anteriormente con Alfonso, que así parecía llamarse el señor bien vestido, amigo de Allan, que era socio de este en sus negocios transfronterizos.

La puerta de la casa donde hablaban de sus apañíos, como de costumbre, se encontraba abierta y sin pedir permiso la empujé y entré. El aire estaba espeso con el humo de los puros que ardía en los labios de los dos hombres que charlaban en el sofá mientras tomaban un whisky en unos refinados vasos, conversando como si sus palabras y decisiones pudieran cambiar el mundo.

Noté que al oír el paso de mis nuevos tacones, los dos se giraron con cara de admiración hacia mí, tanto que antes de hablar de ningún otro viaje a España, el señor Alfonso, que me miró como ningún hombre antes me había mirado, me pidió si quisiera acudir con él a la fiesta que el señor Gobernador daba en su casa aquel fin de semana. Me ruboricé mientras con mi cabeza gacha buscaba la aprobación del señor Allan, quien sonrió y con un gesto afirmativo, consintió la invitación.

Nunca antes en mi vida me había aventurado a algo semejante; ni en mis sueños más remotos había imaginado asistir a una fiesta de tal magnitud, y sin dudarlo, con las mejillas enrojecidas y una tímida sonrisa, afirmé a Alfonso que iría encantada a aquella fiesta. Allan miró a su amigo extrañado por el movimiento de acercamiento personal hacia mí, mientras jugaba haciendo círculos con el humo de su puro. En los ojos del marido de Rosa, pude ver que entendía que su socio se hubiera quedado embobado conmigo. Además, en la manera en la que me trataba, sabía que me admiraba, y a él tampoco se le había escapado mi nueva prestancia que empaquetaba, según Antonia, mi belleza mediterránea hechizante.

Después de acordar la cita para la fiesta en la mansión del Gobernador con Alfonso, aquellos hombres se sumieron en una conversación privada. Con educación, interrumpí su confabulación para expresar mi negativa a emprender nuevamente el peligroso viaje hacia Casares, donde había experimentado un miedo abrumador. Sin embargo, sus ojos se encontraron en un silencio cómplice y, como si mis palabras no hubieran sido escuchadas, me ofrecieron un nuevo plan que tenían reservado exclusivamente para mí. Reconocían mi valor y potencial, comprendían que necesitaban alguien como yo, capaz de llevar una misión de mayor envergadura que trascendía los simples viajes rutinarios que cualquiera podría realizar. Aquellos caballeros habían llegado a la conclusión de que yo era perfecta para infiltrarme y obtener información crucial. Además, Alfonso destacó el impacto que mi elegancia y porte exquisito ejercían sobre los hombres, capaz de hacer que olvidaran su entorno y confesaran sus más profundos secretos.

Con mi asombro y consentimiento, incapaz de concebir que me consideraran digna de tal papel, accedí a someterme a un riguroso entrenamiento. Comenzarían por introducirme en los círculos más distinguidos de la sociedad en Gibraltar y España, y qué mejor escenario para mi

presentación que la solemne fiesta en la residencia del Gobernador de Gibraltar. Sería allí donde tendría la oportunidad de conocer a las figuras más destacadas y poderosas de la zona.

La propuesta me entusiasmó, ya que me adentraría en un mundo desconocido y seductor, y me gustó más aún cuando me confirmaron que recibiría un buen dinero cada mes como pago por mis servicios, y que podría vivir en mi propia casa, en el edificio donde residía la amiga de la señora Antonia, la madre de Rosa.

Aquello era justo lo que buscaba, independizarme. Era como un sueño. Hacía poco que había perdido lo muy poco que había tenido en mi vida y ahora iba a disponer de mi propio espacio y dinero para ahorrar y comprar la ropa que deseaba. Además, Anna, que así se llamaba la madre de Rosa, era una mujer que desde el primer momento me había gustado, y sentía que haría buenas migas con ella.

Mientras la nueva noticia me llevaba a perderme en mis pensamientos y ensoñaciones, los humeantes señores, me dijeron que cada vez que me necesitaran me pasarían recado a través de una nota que recibiría de las manos de Anna.

Esa misma noche, me acompañaron hasta el edificio donde viviría desde aquel instante, y me dejaron con las llaves de mi nueva casa. Era perfecta. Una habitación reducida con una ventana, un aseo y una cocina que apenas tenía un fregadero, un par de armarios y un pequeño hornillo. Me dejé caer en la cama y el colchón de lana me engulló. No pude conciliar el sueño, aquello parecía demasiado bueno para ser verdad. Me estaba introduciendo en una vida que hace unos meses ni tan siquiera hubiera podido soñar.

El sábado, Alfonso pasó a recogerme por mi nueva casa. Se presentó puntual en la puerta y en cuanto me vio aparecer, sonrió y me regaló un sombrero que enseguida me coloqué mirándome en el espejo que había en la entrada del edificio justo detrás de la puerta. Teniendo cuidado de que mis cabellos no quedaran alterados, orgullosa, miré mi reflejo y me sentí como en el cielo con aquel tocado en mi cabeza, la ropa nueva que llevaba, y la estola que la señora Anna amablemente me había prestado para no pasar frío con la humedad de la noche.

De la mano de Alfonso, atravesando las sombras de las luces de las calles de Gibraltar, me sentía como la princesa de un cuento.

Estábamos muy cerca del Governor's Residence donde íbamos a la fiesta, así que caminamos hasta nuestro destino. Desfilé con paso firme y la cabeza elevada al cielo tratando de contarle a padre lo bien que estaba. La emoción me invadió al acordarme del pobre viejo, y rápido tuve que volver a centrar mi mirada en las calles de la ciudad para que los recuerdos no acudieran a mí. Echaba de menos a mi padre.

Caminar erguida me aseguraría no torcerme el tobillo, puesto que no estaba acostumbrada a andar con aquellos zapatos, y a que las lágrimas no brotaran estropeando mi maquillaje. No era momento para sentimentalismos, o para rememorar mi triste pasado. Era mi momento, mi presente.

Siempre había admirado el imponente edificio de la casa del Gobernador cuando salía a pasear a Juanito. Sin embargo, nunca me habría imaginado que algún día cruzaría sus puertas de la mano de un joven apuesto, luciendo un atuendo que parecía sacado de las páginas de una revista de moda.

La entrada al majestuoso edificio donde vivía el Gobernador Sir Harington junto a su esposa era impresionante. Allí paraban coches de los que bajaban parejas elegantemente vestidas, muchos hombres uniformados con todos sus galones, en fin, la flor y nata de la sociedad de

Gibraltar y del otro lado de la frontera en España. Y yo estaba allí, del brazo de un gallardo caballero, como si siempre me hubiera movido en esos círculos.

No dejaba de mirar a un lado y a otro tratando de grabar en mi mente todo lo que veía. Me maravillaban las paredes con impresionantes y enormes cuadros y las señoras elegantes vestidas como si hubieran salido de un cuento. Observé mi alrededor mientras no soltaba el brazo del señor Alfonso que me lucía orgulloso.

Las damas me miraban, se giraban hacia mí y cuchicheaban. Alfonso, al percatarse de que aquello me incomodaba, me dijo que era porque iba y era muy guapa, y orgullosa con su comentario acompañado de una bella sonrisa y sus ojos brillantes, comencé a sonreír a toda aquella señora que me contemplara a modo de gratitud por los elogios de sus miradas.

Alfonso saludaba a prácticamente todo el mundo en la fiesta, y es que por una señora que vino a secretear conmigo para darme la enhorabuena por haber pescado a Alfonso, me enteré de que era el hijo de una familia acaudalada que vivía en un gran cortijo cerca de Algeciras. Aquello sí que fue una sorpresa para mí. No sabía tan siquiera si Alfonso era español porque todavía no habíamos hablado nunca sobre nosotros. Esperaba poder conocerlo más durante la noche. Pero se me complicaba, porque Alfonso era reclamado por muchos en aquella fiesta que lo llevaban a una esquina y hablaban un rato con él para luego apretar su mano y volver con sus acompañantes. Así que se me dificultó tenerlo como pareja aquella velada y aprender más sobre él, ya que cada vez que empezábamos a conversar, algún caballero se acercaba apartándolo de mí, lo que conllevaba que me quedara sola sin saber dónde mirar ni qué hacer.

De ese detalle pareció darse cuenta un apuesto joven impecablemente vestido con un uniforme azul marino, adornado con parámetros rojos en el pantalón y botones dorados brillantes en su chaqueta. Su uniforme iba cubierto de una capa, que deslizó hacia sus manos una vez se presentó a mí.

5. Un caballero azul

Desde el momento que José entró a la casa del Gobernador al haber sido invitado a aquella fiesta como teniente carabinero y por la amistad que le unía a uno de los oficiales de la guardia de Gibraltar, pareció quedar prendado de una joven muchacha de aspecto tímido que parecía sentirse desubicada en el lugar. La joven era una morena de piel muy clara que daba luz a aquella fiesta, y cuando se acercó a ella con paso firme, pudo admirar sus profundos ojos grises del color de un día de nubes oscuras, de donde él había nacido en Barbastro, lejos de Gibraltar, casi en los Pirineos. Al verla sola, decidió acercarse:

—Buenas noches, señorita. Permítame presentarme, soy José. No he podido evitar notar su presencia y me pareció que una dama de su belleza no debería estar sola en una noche como esta. Por eso, he decidido acercarme y saludarla, espero no le incomode.

Sonia en un principio se asustó al ver aquel hombre con un uniforme semejante al de los carabineros que vigilaban las aduanas que encontraba cuando cruzaba a España. El atractivo del hombre uniformado era innegable, y su educación exquisita no hacía más que aumentar su prestancia. A pesar de que intentó mantener la compostura, sus mejillas ardían y su corazón latía con fuerza. Se sintió un poco avergonzada por su reacción, pero no podía negar que aquel hombre tenía algo especial que la había cautivado. Tratando de ocultar su sonrojo, se esforzó en contestar al joven de manera educada.

—Hola, José, muchas gracias por venir a saludar. Mi nombre es Sonia, es un placer conocerle.

—Extendí mi mano hacia él, y la tomó con suavidad. En ese instante, un escalofrío recorrió mi cuerpo, una sensación que nunca había experimentado. Esperaba fervientemente que mis mejillas no se ruborizaran con el calor que se apoderó de mí con el tacto de aquel desconocido.

—Espero no importunar, porque he visto que ha entrado usted en la fiesta acompañada de Alfonso, y no quisiera entrometerme donde no debo.

Tardé en contestar, sorprendida de que se hubiera percatado de mi presencia, tratando de respirar de manera calmada para que aquel joven no se percatara de mi nerviosismo ni de la atracción que había despertado en mí.

—No se entromete usted. Alfonso es simplemente un conocido que se ha ofrecido a traerme a esta fiesta, cosa de la que le estoy muy agradecida, pero entre nosotros dos no hay nada. Pero, dígame, de qué conoce usted a Alfonso.

—Digamos que no lo conozco personalmente, pero él y su familia me interesan considerablemente. Y ahora dígame usted, de qué lo conoce usted.

—De muy poco en realidad. Trabajaba como niñera en casa de un amigo suyo y el otro día se acercó a mí pidiéndome que le acompañara a esta fiesta y aquí estoy. —Le dije sin poder quitar de mi cara una sonrisa, y sin atreverme a mirar de nuevo a esos ojos claros que centelleaban todos los reflejos de las luces de aquella sala.

Poco pudo durar la conversación con aquel caballero, porque en cuanto Alfonso se dio cuenta de

la presencia de José junto a mí, se acercó para cortésmente pedirme que bailara con él, robándome la oportunidad de intimar más con el joven uniformado. Sonreí tímidamente a José tratando de decirle con la mirada que lo sentía y accedí a bailar con Alfonso.

—Perdona Sonia, pero como ves conozco a mucha gente y todos me solicitan para sus negocios. Espero que ese caballero no te haya importunado.

—No, no se preocupe, señor Alfonso, solo se presentó y no nos ha dado tiempo a hablar nada, además su uniforme me ha asustado. Me ha recordado al de los vigilantes en la frontera y los que nos pararon de camino a Casares.

Mi acompañante se relajó con mi explicación y seguimos bailando. Aunque cierto que en un principio el uniforme de José me había inquietado, temiendo que venía a recriminarme mis últimas visitas a la vecina España, no podía sacármelo de la cabeza mientras bailaba con Alfonso, cuya conversación giraba en torno así mismo y la importancia de sus negocios. A pesar de la música animada y el ambiente festivo, el baile, no lograba cautivarme. Mientras me movía sin mucho entusiasmo por la pista de la mano de Alfonso, mi mente divagaba y se perdía en mis pensamientos, tratando de buscar a José entre la multitud con disimulo. Sin embargo, a medida que los minutos pasaban y las personas bailaban a mi alrededor, mi búsqueda resultaba infructuosa y comencé a sentirme cada vez más desconectada de la celebración. Parecía que aquel galán se había esfumado, junto con mis ganas de permanecer en aquel salón en compañía de Alfonso.

Con amabilidad, me excusé ante mi pareja de baile diciéndole que debía madrugar al día siguiente, y sin darle tiempo a reaccionar, yo también desaparecí del salón de baile de la casa del Gobernador.

Caminando por las tranquilas y silenciosas calles de Gibraltar, me dirigí a casa después de un largo día. El sonido de mis tacones resonaba en la noche, siendo la única compañía en mi camino. A pesar del agotamiento y de la sensación de estar desorientada por el repentino giro que había dado mi vida, no podía apartar de mi cabeza la encantadora sonrisa del atractivo gendarme que había conocido aquella noche. Aunque luchaba por ignorar su sonrisa que se había colado en mi mente, siendo plenamente consciente de que un carabinero era ahora un adversario debido a las circunstancias en las que me había visto envuelta con los asuntos del señor Allan y su compañero Alfonso, la imagen de aquel hombre seguía asomándose a mi mente una y otra vez.

Finalmente, llegué a mi habitación, limpié mi rostro de los restos del maquillaje. Guardé con cuidado aquellas prendas que habían desempeñado un papel crucial en mi triunfo durante la fiesta de esa noche, y me dispuse a descansar, sabiendo que tendría que enfrentar el día siguiente con la imagen de aquel magnético rostro grabada en mi memoria.

6. José

José era un hombre culto y con unos modales exquisitos. Era el pequeño de tres hermanos de una familia muy católica y acomodada de Barbastro, una localidad de la provincia de Huesca. Al saber que sus padres entregaron todas las tierras a su hermano mayor, y siendo que su hermana se había ya prometido con un joven de una buena familia, al cumplir los veintiún años, decidió dejar la cómoda ciudad en busca de algo de aventura en contra de la voluntad de su padre quien deseaba que su hijo menor fuera sacerdote. Tomando el poco dinero que le dio su padre al repartir la herencia entre los hermanos, se compró un caballo, se despidió de su familia, y se incorporó al cuerpo de Carabineros fundado en 1829, que era de naturaleza civil y no tenía fuero militar al depender del Ministerio de Hacienda, para perseguir el contrabando. En su mente, José ya se vio capturando a los malhechores más astutos y experimentando emocionantes aventuras en las distintas regiones de España. Ansiaba viajar, conocer gente diferente, y empaparse de todo lo que la vida le pudiera ofrecer. La promesa de un futuro nuevo, lejos de aquella casa que lo ahogaba, lo impulsaba hacia delante.

En cierto modo, pensar en su mañana en el cuerpo, le inquietaba, pero al mismo tiempo, al elucubrar sobre su futura vida, no podía ocultar la sonrisa en su rostro, ya que se veía cual Quijote de la Mancha deshaciendo entuertos y evitando el mal. Solo esperaba que tanto libro que había leído en su infancia y juventud no hubieran secado su cerebro y su idea de luchar para mantener a salvo la honra de su país, no fuera una locura y le permitiera encontrar al José que llevaba dentro.

El joven tuvo la fortuna de ser aceptado en el cuerpo de carabineros que salvaguardaba los intereses del Ministerio de Hacienda, debido a su linaje familiar, ya que su abuelo materno sirvió en el mismo y se había retirado con honores. Sin embargo, no fue únicamente por este motivo que fue admitido, puesto que José demostró su valía al pasar todas las pruebas del examen de acceso con honores. Probó su gran habilidad lectora, su excelente gramática, su gran dominio de la geografía gracias a las clases que siempre había recibido, su magnífico dominio de la aritmética y su perfecto manejo de las armas gracias a todo lo que había practicado en la finca de su padre disparando a latas viejas. Gracias a esto y su justificación de buena conducta, entró en el cuerpo en noviembre de 1931 y le destinaron a tierras aún más frías que su ciudad natal, dejando así atrás lo que fue su hogar y su familia. Una parentela que, al igual que el clima de su pueblo, había sido fría, ya que su padre siempre antepuso el trabajo y la situación social, a dedicar su tiempo en conocer y amar a sus hijos. Y de su madre, que pasaba más horas en la iglesia ayudando al cura que en casa, tampoco recordaba haber recibido nunca afecto alguno, aunque rememoraba con aprecio las tardes que había pasado junto a la lumbre con ella leyendo los varios libros de la biblioteca de la familia hasta que su habilidad lectora le permitió devorar cuanto libro caía en sus manos. Aquellas tardes de lectura, fueron las que le habían ayudado ahora a entrar en el cuerpo, y el origen de sus ansias de aventura.

Sin mirar atrás, ya que desde muy joven entendió que era imposible cambiar lo que ya había vivido, aunque hubiera deseado poder hacerlo, y siempre pensando en las oportunidades que la vida le regalaría, se encaminó hacia su primer destino que le llevó a vigilar la frontera con Francia en los Pirineos, en la sección que los Carabineros tenían en Benasque, perteneciente a la compañía de Huesca.

Aquel pueblo no podía estar más escondido en las imponentes montañas que permanecían cubiertas de nieve gran parte del año. Pero José pronto se adaptó a la existencia difícil en la montaña, al aislamiento y a las duras condiciones del trabajo. La comodidad de su hogar, la había sustituido por un catre en una cabaña que compartía con sus compañeros, situada en un lugar apartado, a varios kilómetros de distancia del núcleo de casas de Benasque. Tuvo que aprender a sobrevivir con lo básico, a cazar, pescar y a cocinar en la estufa de leña que apenas templaba la cabaña en los días de frío y nieve.

La extrema crudeza de las condiciones en las que José tuvo que sobrevivir en Benasque, lo obligaron a enfrentarse a sus propios límites y descubrir su verdadera fuerza interior. El implacable frío y la escasez de comida, así como la humilde cabaña que compartía con otros dos carabineros, lo llevaron al límite de sus capacidades, pero también le enseñaron la importancia de la determinación y la voluntad de superar cualquier obstáculo. La experiencia en aquel recóndito rincón, que servía de paso para muchos delincuentes hacia Francia, le empujó a José a querer algo más. La dureza del día a día en aquellas montañas, las pocas oportunidades para poder hablar con más personas, debido a su aislamiento, le ayudaron a conocerse, a encontrar ese valor que en su casa nunca le habían otorgado.

Con tesón, José demostró su lealtad al cuerpo, su buen hacer y la disciplina que su padre le había inculcado. Su forma de ser, siempre entregado y dispuesto, honraba al lema del cuerpo de los Carabineros “*Moralidad, lealtad, valor y disciplina*”.

Tras pasar todo el invierno con las manos llenas de sabañones debido a las vigilancias que le tocaban entre los montes que rodean al Aneto, y tras haber capturado a una banda de delincuentes que llevaban tiempo burlando las vigilancias del cuerpo, decidió que quería ir al Colegio de Carabineros para así acceder a ser oficial y utilizar la educación que había recibido en su casa, ya no para atrapar a los pequeños estraperlistas, cómo había podido hacer entre las montañas, sino a los grandes organizadores del contrabando.

Sus habilidades no pasaron desapercibidas a sus superiores, quienes aprobaron su traslado, justo cuando José había empezado a ser apreciado por los lugareños por el gran esfuerzo que hizo de entenderse con ellos aprendiendo su particular patués.(dialecto de la zona de Benasque). Así que con el deshielo, se dirigió a El Escorial para formarse como oficial, realizando parte del camino en tren, algunos tramos caminando y descansando donde encontraba cobijo.

La dureza y la soledad del viaje, hicieron que José solo se tuviera a sí mismo y a sus reflexiones como compañía, y durante el trayecto, aprendió a callar esos pensamientos que desde pequeño le habían acompañado cuales fantasmas en la sombra, repitiéndole que no llegaría a mucho en la vida. El estar a solas con las estrellas fue una experiencia liberadora que le permitió sacar la fuerza que no sabía llevaba dentro, y lograr desterrar esas voces para siempre.

Ese viaje solitario le permitió encontrarse y sentirse más fuerte, y decidido a creer en su futuro como oficial del cuerpo de carabineros. En su mente ya se visualizaba atrapando a los grandes responsables y organizadores del contrabando que inundaban España con mercancías ilegales para evitar pagar impuestos y aumentar sus fortunas a costa de los pequeños estraperlistas que ponían en riesgo sus vidas cada día.

Para José, aquel viaje marcó el inicio de una nueva etapa, en la que estaría decidido a hacer todo lo posible por alcanzar sus metas y luchar por el bien de su país y su gente.

Tras pasar unos meses en el colegio de huérfanos de Alfonso XIII en El Escorial, y jurar ante el monumento levantado en honor a los carabineros en bronce, que honraría con honores al cuerpo que le había acogido, se dirigió a la comandancia de Algeciras donde le nombraron oficial básico, y dado su buen hacer, ascendió a sargento, capturando a varias cabezas pensantes de contrabandistas, desde su el cuartel que le asignaron en Guadarranque, en la Línea de la Concepción.

7. Fiesta en la casa del Gobernador

—Gracias John por invitarme a la fiesta de anoche. Fue muy interesante observar a Alfonso en movimiento, manejando con destreza los hilos que controla. Diría yo que era el centro de la fiesta, todo el mundo le reclamaba. Algún día voy a pillar a ese sinvergüenza y a los que se enriquecen con él y sus negocios.

—En un momento te vi bajando la guardia con una señorita muy guapa. —Me sonrió arqueando las cejas con su cara de pícaro y con ese saber leer a las personas que tanto admiraba en él.

—Tienes razón John, esa chica que acompañó a Alfonso a la fiesta me ha quitado el sentido, no me la saco de la cabeza. Lo poco que conversé con ella me cautivó, en sus ojos pude ver la profundidad del mar. Y esa elegancia...

—José, she is with Alfonso. Está con Alfonso. No sigas, quítatela de la cabeza. Sabes que si estaba con ese sinvergüenza no puede ser nadie a considerar, será una de sus amantes que le ayudan en sus chanchullos. Pero la verdad es que nunca te he visto así con ninguna mujer, tú sabes mantenerte frío y en tu puesto, y ayer no pudiste resistirte a esa morena. No dejes que una chica te arrastre José, tenemos que mantenernos fríos en nuestro trabajo.

—¿Sabes una cosa? Esa muchacha no es uno de sus juguetes ni informantes. Era demasiado inocente, no sabía nada de Alfonso. Su mirada era limpia. Pero sí me pregunto para qué la estará utilizando. Ese hombre lo que hace, es siempre para su propio interés. O puede que se haya enamorado de ella, lo cual comprendería. Pero estoy convencido de que no hay nada entre ellos, porque desde mi escondite pude ver cómo ella abandonaba sola el baile, mientras él seguía de charla con todos esos acólitos suyos que acudieron a esa fiesta. No sé cómo el gobernador no lo ve, todavía tiene que ponerse al día, y darse cuenta de que estos eventos solo sirven para juntar a la peor calaña vestida con ropas caras.

—Tranquilízate José, sigamos con nuestras investigaciones. El otro día lograste detener a ese chófer, ese tal Manuel que ha cantado y te ha dicho que transporta mercancía a Casares mandado por Alfonso. Ha aceptado ser nuestro cebo, y nos va a llevar hasta ese otro señorito, ese tal Juan, que desde Casares luego distribuye la mercancía para otros lados de España. Juntos vamos logrando parar a todos estos que tratan de enriquecerse a costa de tener a otros pobres.

—Voy a intentar localizar a esa muchacha, me dijo, se llamaba Sonia, tú me podrías ayudar, conoces a todo el mundo en Gibraltar. Necesito quedar con ella, y no te rías, que veo tu cara. No se trata de amoríos, sino de trabajo. Esa chica nos puede ayudar a pillar a Alfonso infraganti. No es fácil, usa a todos sus peones y él aparece siempre como un señor, además siendo su madre una de las mayores benefactoras del Campo de Gibraltar, nadie lo ve como uno de los cabecillas del contrabando de toda esta zona. Sabes que le tengo muchas ganas, y no es porque me ayudaría a seguir subiendo en el escalafón del cuerpo, es porque no soporto que se burle de nosotros y la gente crea que es una buena persona porque su familia dona migajas a los necesitados. Hay que destapar a esta gente y sacarles sus verdaderos colores.

—Cálmate José. Es probable que si lo pillamos, la justicia no haga nada con él, sabes que eso puede ocurrir. Los únicos que terminan en la cárcel son a los que utilizan para llevar a cabo sus negocios sucios. Con respecto a esa muchacha, trataré de averiguar algo sobre ella y ya te haré llegar el recado. Nos vemos amigo.

Después de organizar con John la búsqueda de aquella joven que nos podría servir para atrapar a la mayor red de personas dedicadas a burlar las fronteras y a hacienda, caminé unos kilómetros hasta el cuartel en la Atunara para ver a un amigo y compañero que se dedicaba a dirimir las riñas entre los pescadores de la barriada, ya que a esas horas volver a mi cuartel no era muy sensato por la distancia. La brisa del mar calmaba mi mente, el calor me hacía andar ligero, me sentaba mejor que el frío de mi tierra, no me agarrotaba los huesos. Antes de entrar en el pobre edificio en el que estaba destinado mi compañero me metí en el mar, soplaba el poniente y se venía un día caluroso. El agua me ayudaría a poder refrescarme y descansar un rato.

Para cuando desperté ya tenía una nota de John esperándome. Ese hombre era increíble, una persona y un profesional como nunca antes me había encontrado. Llevaba con orgullo su uniforme, y su trabajo era no solo su vocación, sino su vida. Desplegué el papel y entre el escrito en clave como de costumbre, pude adivinar que John me invitaba a visitar un bar en Gibraltar a donde sabía iba a estar Sonia. En pocas palabras me relató su historia: quedó huérfana de un pescador de La Caleta, trabajó como niñera en la casa de otro de los perseguidos y, en la actualidad, vivía en el edificio de Anna, que colaboraba como espía para la policía de Gibraltar.

Aquello me dejó con más ganas, si cabe, de saber sobre aquella morena de ojos del color de un cielo plomizo.

8. Amor por Sonia

Acudí al bar que John me había sugerido en Main Street. El ambiente era muy agradable, con una pareja que cantaba y tocaba el violín al más puro estilo irlandés para entretener y alegrar a los que allí estaban tomando una cerveza. Me senté en una mesa escondida de los ojos de las personas que entraban al local, desde donde podía observar lo que allí ocurría. Cuando entró aquella mujer, iluminó el oscuro club.

Tomó asiento en una mesa, y en breve, el camarero le sirvió una taza de té. Aunque parecía deleitarse con la música, su mirada se dirigía constantemente hacia la entrada, como si aguardara la llegada de alguien. Seguramente esperaba a Alfonso.

Al rato, un señor de mediana edad cuya cara me resultaba conocida se sentó junto a Sonia. A ella no se le veía muy cómoda en aquella compañía, ya que miraba a todos los lados, tratando de averiguar si los allí presentes la observaban. Desde mi escondite le vi entregando un sobre a aquel hombre, y cómo este se levantaba rápidamente de la mesa sin haber dado ni un sorbo a su cerveza. La chica permaneció allí sentada para no llamar la atención, y decidí aprovechar la ocasión, acercándome a saludarla y tratar de averiguar en qué líos estaba metida.

—Buenas tardes, ¿le importa si me siento con usted?

La muchacha se sorprendió al verme y pude apreciar su rubor mientras tomaba asiento junto a ella.

—No, claro que no, José, será un placer. ¡Qué casualidad encontrarle de nuevo!

—En realidad no es el azar lo que me ha traído al lugar. —Le confesé. —He averiguado sobre usted y un pajarito me ha contado que estaría usted aquí.

Entonces Sonia tomó su bolso e hizo ademán de levantarse de la silla, pero con una sonrisa traté de calmarla, mientras le pedí que por favor me acompañara tomando algo. La vi incómoda y entonces decidí ser directo con ella.

—Sonia, sé en qué está usted metida en los temas de Allan y Alfonso. —Vi que se ponía más tensa aún con mi comentario. —Pero por favor no se preocupe, no voy a hacerle ningún daño ni meterla en la cárcel. Usted es un mero juguete en manos de esos sinvergüenzas. A mí me interesan ellos, no usted —respiré mirándole fijamente a esos ojos que me desarmaban —nunca le haría nada, sé que es inocente.

La joven pareció calmarse con mis últimas palabras, aunque la seguía sintiendo tensa ante mi uniforme.

—Sé que la han estado utilizando para entrar y salir a España con sus recados y que ahora traman algo más. La verdad es que como hombre me gustaría aconsejarle que se alejara de ellos, pero mi trabajo me obliga a pedirle que colabore conmigo para poder atraparlos.

—¿Pero cómo? ¿Qué puedo hacer yo?

—Por el momento vuelva a su casa, y si el señor Alfonso le pregunta por este encuentro que estamos teniendo, dígame usted que simplemente estaba tonteando con usted. No le mencione

nada de la conversación, es importante para su seguridad. Le enviaré un mensaje con la ubicación exacta donde nos encontraremos para discutir los planes que tengo previstos para usted. Necesito su colaboración para atrapar a esos sinvergüenzas.

Agarré mi capa, y poniendo cara de hombre ofendido al que una dama le ha dado calabazas, salí del bar.

Desde la distancia, sin que Sonia se percatara, logré seguirla hasta su casa observando con pesar su rostro preocupado.

Nada más ella subió a su habitación a través de un muchacho al cual ofrecí unas monedas, le hice llegar una nota indicándole dónde nos encontraríamos al día siguiente.

Allí estaba puntual y expectante. Se la veía nerviosa, pero no me podía acercar a ella, puesto que la habían seguido. Estaba claro que Alfonso no se fiaba de mi encuentro con Sonia en la fiesta del Gobernador y ordenó que siguieran sus movimientos.

Entonces vi un joven marinero al que di un dinero para que acompañara a Sonia desde la entrada del cementerio judío hasta las escaleras del Mediterráneo, las Mediterranean Steps. Le pedí que le explicara a la joven mis órdenes diciéndole que la habían seguido para que accediera a pasear con él.

Así fue. En cuanto el joven vestido de blanco impoluto le comunicó a Sonia mi mensaje, esta le agarró del brazo y se dispusieron a subir las escaleras. El hombre que la había seguido rápidamente se dio la media vuelta al creer que se trataba de un encuentro con su enamorado. Al tener el campo despejado, me acerqué a la pareja dando las gracias al joven y sonriendo tímidamente a Sonia.

—Hola Sonia, siento haberte asustado, pero esa gente te sigue a todos lados, quieren tener tus movimientos controlados. Además, el otro día en la fiesta te vieron hablando conmigo y eso seguro que les ha hecho sospechar.

—Hola José, no te preocupes, ya me he acostumbrado a esto de vivir escondiéndome. Estoy llegando a un punto en el que no puedo más. Sabes, yo accedí a cruzar la frontera llevando su café porque necesitaba dinero para ir en busca de mi madre al Reino Unido, pero ahora ya he juntado suficiente y me gustaría escapar de todo esto. El problema es que ellos no me dejan, quieren que les siga ayudando en sus cosas. Son muy listos, me tienen atada porque pagan mi casa y no tengo otro lugar a donde ir.

—Lo entiendo, no es fácil vivir no fiándose de nadie y mirando siempre quién viene detrás de ti, créeme, sé un poco de eso. También entiendo tus motivos por haber accedido a sus engaños, la subsistencia está por encima de todo.

Sonia me sonrió con una sutil sonrisa en sus ojos. Aquella muchacha pareció necesitar confesarse de sus tumultos en aquel paraje alejado del mundo donde nadie más que yo podía escucharla. En lo alto del Monte Calpe los dos nos olvidamos de nuestras tribulaciones, el espectacular paisaje con el Mediterráneo a los pies hizo que solo estuviéramos ella y yo sin nada que preocupara nuestras mentes.

Subiendo aquellas empinadas escaleras, Sonia tuvo un pequeño tropezón, y yo, rauda, la sujeté para que no se cayera. En el momento en el que pude sentir su piel, mi cuerpo comenzó a necesitarla, y ella sintió lo mismo, ya que posó su cabeza en mi pecho en busca de protección, y después de un rato en el que mi respiración comenzó a ser notoria, levantó su cara buscando mis

labios. El tiempo pareció detenerse en aquel lugar en el que un día fue el límite del mundo. Para nosotros dos, en ese momento lo era, y no sentíamos necesidad de movernos de allí.

Estuvimos abrazados sin hablar, no hacían falta las palabras para expresarnos los vacíos y nuestra necesidad de un amor puro como el que estaba surgiendo.

Consciente de que no podíamos llamar la atención y de que Sonia tendría que volver a su casa a una hora razonable para no levantar sospechas, comenzamos a descender las escaleras del Mediterráneo mientras le decía a Sonia que nos seguiríamos viendo, que le haría llegar recado cuando pudiéramos hacerlo. Pero también le pedí que por favor me ayudara en mi misión de atrapar a esos que se presentaban como señores y movían mercancía de un lado al otro de la frontera, aprovechándose de gente necesitada como Sonia.

—Me gustaría contarte más Sonia sobre Allan y Alfonso, pero no puedo desvelarte los secretos de mi trabajo, de hacerlo te pondría en peligro. Sigue lo que te dicta tu corazón. Has visto qué tipo de personas son y con quienes mantienen relación. Hay mucho más de lo que crees en sus asuntos.

Sonia asentía mientras me confirmó que sabía algo más, aunque no supiera qué, y que le habían pedido que recabara información y pasara mensajes a las personas que ellos le dijeran. Que por hacer eso, corrían con los gastos del piso en el que vivía y le daban una golosa mensualidad.

—Necesito que antes de que entregues esos mensajes me los hagas llegar por favor.

—No puedo.

—Te aseguro que va a ser seguro para ti, no vas a correr peligro, estaré yo, pero también estará John de la policía de Gibraltar cuidándote, y por supuesto Anna cuidará de ti.

—¿Anna? ¿La madre de Rosa y amiga de mi querida Antonia?

—Sí, ella está con nosotros, estás en buenas manos.

—Si tú lo dices, yo no me fiaría, es la suegra de Allan y su hija vive muy bien gracias a él.

—Tú tranquila. Pero por favor, cada vez que te manden pasar un mensaje, vete a la pequeña frutería de la esquina cerca de tu piso, y mientras compras algo, dale la nota a Pepa, la señora de la tienda, que ella lo copiara para que me llegue a mí.

Al alcanzar el comienzo de las escaleras, frente a la entrada del cementerio judío, miré a los lados y al no ver a nadie, atraje a Sonia hacia mí, aspirando su aroma y besando sus labios para recordar el suave roce de su piel.

—Cuídate Sonia. Nos vemos.

Me quedé escondido entre los arbustos, mientras miraba cómo Sonia se alejaba con un dulce movimiento de caderas que me hipnotizaba.

Mis encuentros con la morena de mirada candente, cada vez me acercaban más a ella, a su corazón, a querer compartir una vida con ella. Debía tener cuidado y planear nuestra salida de Gibraltar porque esa gente no iban a permitir que yo desapareciera sin más con lo que sabía de ellos.

9. Amor por José

Cuando llegué a casa, la señora Anna estaba escuchando la radio mientras canturreaba y cocinaba. Le saludé como de costumbre y subí a mi apartamento. No me atreví a contarle sobre mi encuentro con José, ni tan poco quise permitir que me preguntara por mi salida, por si lo adivinaba por mis expresiones. Porque aunque él me había dicho que era de fiar, a mí, me resultaba muy amable, pero me parecía que estaba más con el lado contrario, de parte de quienes hacían que su hija y su nieto llevaran una vida llena de lujos.

Agotada por haber ascendido tantas escaleras hasta llegar a lo más alto de Gibraltar y emocionada por el acercamiento a José, me resultaba difícil conciliar el sueño. No podía apartarlo de mi mente. Sus besos, sus manos aún seguían en mí. Para lograr descansar, me vi en la necesidad de contar hasta cien en varias ocasiones, obligándome a recuperar la tranquilidad y lograr conciliar el sueño. Fue una tarea ardua, ya que el recuerdo de los besos de José seguía invadiéndome, alterando por completo mi ser.

Por la mañana fui a visitar a Juanillo, pues echaba de menos al niño, y por Rosa supe que su marido había salido de viaje junto con Alfonso y que estarían fuera unos días. Eso me relajó, ya que suponía que no me pedirían hacer más recados en los próximos días, permitiéndome disfrutar del tiempo a mi antojo.

Después de disfrutar la mañana con el niño, pasé por la frutería, y Pepa entre la fruta metió una nota para mí. Ya en mi habitación abrí rápido el papel y pude leer cómo José me pedía que nos encontráramos en el club donde nos vimos la otra noche.

Anna me preguntó dónde iba, puesto que no estaba acostumbrada a verme salir arreglada, y le tuve que decir que iba a escuchar música y a hablar con un marinero que había conocido. Eso pareció tranquilizarla y me deseo que disfrutara de la compañía.

Entré en el local. Me costó localizarlo, iba vestido de civil con traje y un chaleco que realzaban su masculinidad mientras jugaba haciendo círculos con el humo de un cigarro. A medida que me acercaba a donde se encontraba José, su sonrisa pareciera iluminar la sala. Sus ojos claros me observaban con un brillo tan penetrante que mi cuerpo se estremecía cada vez que me sumergía en su mirada.

Se cruzó conmigo una camarera según me acercaba a su mesa y me ofreció una cerveza junto con una nota. Cuando levanté la vista para mirar a José, ya no estaba en su silla.

Aturdida, me encaminé hacia la barra donde con discreción leí el trozo de papel de periódico arrugado, en el que decía me esperaba en la Catedral de Saint Mary the Crowned. Bebí la mitad de la cerveza y cuando fui a abonarla, la muchacha me dijo que el caballero que le dio la nota la había pagado. Salí del bar mientras intentaba reconocer a quienes allí estaban.

Una vez en la calle, me dirigí hacia casa, y una vez en el portal esperé un buen rato para salir de nuevo. Sabía que me seguían y no quería que me vieran con José. Primero me dirigí a King's Street como si estuviera dando un paseo, y desde la esquina con Main Street, al no ver a nadie

que pareciera seguirme, me encaminé hacia la catedral, donde me senté en un banco.

Al poco rato, José se sentó a mi lado y tras santiguarse, me susurró al oído que se aseguró de que nadie me hubiera seguido, ya que no quería exponerme al peligro de ser vista con él.

—Te veo en el portal de la frutería de Pepa, sigue sus instrucciones y podremos estar un rato tranquilos.

De nuevo desapareció sin que pudiera decir nada.

Salí a la calle después de pedirle a Dios que por favor me ayudara a escapar del lío en el que me había metido con los amigos del señor Allan.

Entré en la frutería de Pepa que parecía no cerrar nunca, y esta me acompañó a la trastienda donde estaba José esperándome.

Me dirigí hacia él, quien con discreción me dio dos besos, mientras con su mano en mi espalda me atrajo hacia él. Su aliento en mi cuello hizo olvidarme del mundo. Estar tan cerca de José sintiendo su olor a almizcle hacía que mi cuerpo quisiera de él. Solo anhelaba el roce de sus manos en mi piel, y por un instante, experimenté escalofríos al recordar la última vez que su tez morena acarició la mía.

Nos sentamos alrededor de una mesa llena de papeles con números y borrones, y comenzamos a contarnos nuestras vidas. Cada minuto que transcurría lo sentía más cerca de mí. Su dulce voz, la seguridad en sí mismo, todo él hacía que quisiera pasar el resto de mis días con él.

Nos permitimos olvidar donde estábamos y nos besamos como si solo los dos estuviéramos en este mundo.

José me aseguró que abandonaríamos Gibraltar juntos, llevándome a descubrir París, la ciudad del amor. Prometió que podríamos construir una vida en esa ciudad, y después viajaríamos a Londres para ayudarme a encontrar a mi madre. Ambos anhelábamos escapar de los mundos que nos habían absorbido, y sus palabras resonaban con lo que necesitaba escuchar: un futuro más allá de la difícil vida compartida con mi padre.

Los dos imaginamos cómo sería vivir juntos y pasear por las calles de París sin preocuparnos de que nadie nos viera o nos siguiera.

Despedirme de José fue doloroso, no quería estar ni un minuto sin su presencia, pero necesitábamos ser precavidos, así que cada uno se dirigió a su casa después de despedirnos con un tierno beso.

Dormir esa noche iba a ser una tarea difícil, pues José me había ofrecido una vida junto a él, y la sola idea de compartir ese futuro me llenaba de excitación y ansias que, paradójicamente, dificultaban mi descanso.

10. Adiós Gibraltar

Sonó el timbre de la puerta, o eso creo, ya que estaba dormida y no sabía distinguir si el tintineo ocurría en mis sueños. Pero la insistencia de quien estuviera en la calle tratando de dar conmigo, hizo que me levantara de la cama y fuera a abrir la puerta. De manera inesperada me encontré a John, el amigo de José que pertenecía a la guardia de Gibraltar y con el que nunca había hablado. Me miró con semblante serio, y diciendo que lo sentía, me abrazó y desapareció. ¿Qué era aquello?, ¿qué me quiso decir? De inmediato, pensé en José, escuché palpar mi corazón que empezó a golpear mi pecho, y sentí un escalofrío por todo mi cuerpo. Algo le había ocurrido.

Eché la mano al bolsillo y encontré una nota que John deslizó en su interior, no queriendo que nadie más lo viera. Subí a la habitación, sintiendo mis piernas temblar y según mi respiración se iba agitando con cada peldaño. No quería dejarme llevar por pensamientos oscuros, pero temía que esa nota trajera malas noticias. Me senté en la cama, desdoblé el papel y mis ojos se posaron en las palabras escritas mientras mis manos tiritaban, pudiendo apenas sujetarlo.

“Amada Sonia, si estás leyendo esto es porque estoy muerto...”

No podía seguir, el aire dejó de entrar en mis pulmones. Por un momento, pensaba, me iba a ahogar, José no, por favor no...

“No te preocupes, sabía que este momento podía llegar. Quien tú conoces me venía pisando los talones para que no destapara sus negocios. Tranquila he destruido toda prueba que te pueda incriminar y en caso de que te pregunten, tú desconoces las operaciones de esa gente. Y por favor, deja tu sangre caliente y tus ganas de ir a decirle nada a ese estirado, porque será inútil. Mostrarle tu ira, solo va a enseñarle que eres vulnerable, y no puedes permitirte. Ya tendrá su merecido.

No te va a pasar nada, sigue mis instrucciones para salir de Gibraltar y luego del país. Hazlo ya, porque si esperas no podrás cruzar de España hacia Francia, donde pensábamos ir los dos a empezar una nueva vida. No te derrumbes por favor, lo vas a lograr.

Ingéniate para salir de Gibraltar sin que nadie te vea, y vete hasta la Atunara, pregunta por Frasquito en el cuartel. Él te guiará en los siguientes pasos. Te dejo algo de dinero para que sumado a tus ahorros salgas de Gibraltar y cruces España. Escóndelo bien, y cuando llegues a París, al cerrar los ojos me verás”.

Me rompí por completo y abracé aquel pedazo de papel. Había perdido todo, a mi madre de pequeña, a mi padre no hacía mucho, y ahora al hombre del cual me enamoré y con el que pensaba comenzar una nueva vida y poder ir en busca de mi madre junto a él. Mi existencia llegaba a su fin.

Cerré los ojos y vi a José, me sonreía y me extendía la mano: “ven, París nos espera”.

Abrí los ojos. Aquello había sido un corto sueño en el que me sumergí por el agotamiento que la

dolorosa noticia me había producido. José no estaba conmigo y no me esperaba en París.

Sus ansias de acabar con los turbios negocios de algunas familias poderosas de la zona le costaron la vida. Los villanos habían triunfado. Lo asesinaron para silenciarlo, y ahora yo me encontraba sola, sin saber qué rumbo tomar en mi vida.

La rabia que sentía hacia todos esos que seguían enriqueciéndose sin importarles nada más que sus propios intereses, y que habían sido los responsables de la muerte de José, fue la que me dio la fuerza para maquillarme y salir a la calle. Me puse mis gafas de sol grandes que ocultaban mis ojos llorosos e hinchados, y salí al ir y venir de la ciudad. No podía permitirme llorar en casa y alertar a la señora Anna. No sabía en quién confiar y era mejor no decir nada y desaparecer como José me había indicado en su nota.

En Gibraltar se vivía un ambiente enrarecido, todo el mundo cuchicheaba, nadie se atrevía a hablar claro y las personas parecían expectantes, sin saber a qué atenerse. La gente observaba desde los rooftops¹ los barcos en la bahía, que habían llegado hacía poco y que disponían de cañones, tratando de adivinar sus movimientos. El baile, los negocios, la vida... parecía haberse parado y todo el mundo hablaba de los barcos españoles que estaban atracados en aguas del Almirantazgo. No se sabía muy bien lo que pasaba en España y si lo que ocurría podría afectar a los gibraltareños. Lo que se conocía era que el General Franco se había levantado con su guardia mora en Marruecos, iniciando una contienda contra el actual inestable gobierno español de la República, y eso podría no ser bueno para Gibraltar.

A los vecinos se les percibía preocupados, se arremolinaban en grupos, como tratando de adivinar el futuro. Nadie sabía si aquella revuelta en el país vecino nos podía afectar. Y ver barcos con sus cañones frente a nosotros y los aviones sobrevolando cada poco, tenía a todo el vecindario expectante y asustado.

Era domingo por la mañana y entre el revuelo de la gente se escuchó una fuerte explosión. Un cañonazo de uno de aquellos barcos que se divisaban en el agua. La muchedumbre se quedó paralizada por un momento, nadie sabía qué hacer ni qué ocurriría. Los grupos de vecinos se empezaron a disolver y la gente caminaba con paso ligero sin saber muy bien a dónde ir. El bombardeo continuó y fue espantoso. Podíamos sentir la trepidación de las bombas dirigidas a la Línea de la Concepción y Algeciras, mientras se empezó a ver una inmensa nube negra que procedía del puerto de Algeciras. Por lo que comentaba el gentío, el humo emanaba de un almacén de corcho.

Era ahora o nunca. Aprovechando el desconcierto que vivía en la calle, recogí mi maleta de mi casa con mis pocas posesiones, me despedí de Titi con mucha pena, ya que había sido mi fiel compañero toda mi vida, y me eché a la calle, tratando de pasar desapercibida entre la muchedumbre que seguía preguntando qué estaba ocurriendo. Mi objetivo era salir de Gibraltar lo antes posible, así que busqué la manera de cruzar al otro lado de la frontera, a la Línea de la Concepción, para seguir las órdenes que me había dejado José a través de la nota que John me entregó.

El dolor que sentía por haberlo perdido hacía que mis ideas fueran confusas, pero una cosa tenía clara. Seguiría sus instrucciones que me permitirían liberarme de aquel entorno en el que me sumergí y del que ansiaba escapar. Aunque, en este momento, ya no contaría con la compañía de ese hombre excepcional que me enamoró; ahora, tendría que emprender el camino por mi cuenta, sin conocer el destino que me aguardaba.

A pesar de la angustia que me rompía por dentro, no dudé ni un momento en dar los pasos que José me dejó marcados. Él tenía todo organizado para que nos hubiéramos ido los dos, pero

esos mal nacidos me lo habían arrebatado. Comencé a sentir un fuerte dolor en el estómago. No me podía venir abajo. Cumpliría mi sueño y también el de José, que era verme feliz.

Escondiendo mi cara detrás de las gafas y cubriendo mi pelo con un pañuelo negro para no llamar la atención, me mezclé entre la gente que continuaba alterada en la calle, sin despedirme de mi querida Antonia, que seguiría como siempre en La Caleta ayudando a todo aquel que lo necesitara. Mi vida quedaría atrás, solo podía llevarme los recuerdos, tenía que salir de allí porque si habían ido a por José, también podrían venir a por mí, no iban a dejar ningún cabo suelto que los pudiera delatar.

Al salir del town de camino hacia la frontera, vi una camioneta que sabía traía leche cada día a Gibraltar, y decidí darle un dinero al conductor para que me sacara escondida de allí. Miró las monedas y accedió a llevarme debajo de unas telas de saco en la parte de atrás de su camioneta.

Cruzando la frontera, asomaba mi cabeza mientras miraba por última vez mi Roca, ese bello lugar que me vio nacer, donde crecí y me enamoré de quien creía, iba a ser quien me rescatara de aquella vida y me acompañara en el viaje hacia un nuevo futuro. No pude evitar llorar, aunque trataba de ahogar mis gemidos tapándome la boca con el pañuelo que antes cubría mi cabeza, y que ahora servía para empañar las lágrimas. No deseaba ser descubierta, me quedaba poco para salir a España. Traté de pensar en lo que me esperaba, no en lo perdido, porque aunque José había fallecido, seguía siendo quien me estaba sacando de allí para poder buscar la oportunidad de una vida mejor con el dinero y las instrucciones que me había dejado. También sentía, me empujaba desde dentro, era como si su voz estuviera conmigo animándome a seguir adelante.

Una vez en la Línea de la Concepción, el muchacho de la camioneta, paró y me invitó a bajar de la misma. Le di unas monedas extra pidiéndole que no dijera a nadie que me había ayudado a salir de Gibraltar si llegaban a preguntarle por mí.

Con paso firme marché hacia la Atunara. Pasé totalmente desapercibida entre las muchas personas que iban y venían dirigiéndose a los entretenimientos de la Feria que se celebraba en La Línea.

Estaba acostumbrada a los paseos por aquella ciudad, y caminar al borde del mar, aunque me metía en mis penas, me empujaba a llegar a la casa cuartel de los carabineros. Rápido salí del mundo de mis pensamientos y lamentaciones y abrí los ojos como platos. No podía creer la cantidad de gente que había en la playa subiendo a botes pesqueros para cruzar hasta Gibraltar. Las cosas debían estar peor de lo que me imaginaba en España.

El miedo se apoderó de mí y apreté el paso tratando de llegar al cuartel de los carabineros lo antes posible. Al alcanzar al sencillo edificio, Frasquito se acercó a mí como si me estuviera esperando y me hubiera visto arribar. Me alejó del lugar, y con disimulo me dio un papel, pidiéndome que no parara hasta alcanzar París, que José me quería y que tenía que llegar a Francia, para desde allí tratar de detener a toda esta gente que se lucraba jugando sucio. Con expresión de cariño se despidió de mí, susurrando que no podía hablar más conmigo porque se arriesgaba a que hubiera gente escuchando que estuviera del lado de los malnacidos que habían matado a mi José. Con un “cuida tu espalda y no detengas”, se dio la media vuelta y desapareció. ¿Y ahora qué? ¿Qué sería de mi vida? Me alejé de la Atunara, y cuando me aseguré de que nadie me seguía, me refugié detrás de un árbol. Tomé agua de la botella que llevaba y me dispuse a mirar el papel que Frasquito había metido en mi bolso. Era una especie de mapa. Tenía que ir a Castellar de la Frontera según las pocas indicaciones del papel. Sin permitir que mis ganas de llorar y el gran dolor que sentía me dejaran allí clavada contra aquel árbol, me sequé las lágrimas y comencé el recorrido. Quería salir de la Línea de la Concepción antes de que anoheciera para

caminar por el monte con la luz de las estrellas y la poca luz de la luna creciente. Pero no era fácil, la ciudad estaba alborotada, había militares y carabineros por todos los sitios.

Como conocía bien los pasadizos y calles tranquilas del lugar, logré salir de la ciudad, que parecía estar en guerra con muchas de sus gentes escapando al igual que yo. A pesar de que alguno de aquellos tantos pudiera ayudarme, hice caso de lo que me dijo Frasquito, y continúe el viaje sola.

Me dolían los pies, pero tenía que seguir caminando. Estábamos en pleno verano, y por el día no podría avanzar demasiado. Me iba muriendo de miedo porque continuaba viendo barcos en la Bahía de Algeciras, pero acostumbrada a escabullirme, logré dejar el Puente de Mayorga atrás. Ahora ya sería todo más fácil. Campo a través, alcanzaría a llegar a San Roque, donde descansaría para seguir camino a Castellar la mañana siguiente.

El silencio de la noche no lo escuché. En todo el trayecto oí animales y pisadas de otras personas que, al igual que yo, parecían huir, yo del sinvergüenza de Alfonso, y aquellos muchos, como me contarían las gentes de Castellar del ejército Nacional.

A las afueras de San Roque, encontré un lugar donde descansar. Imité a las muchísimas cigüeñas de la zona, y con hojas hice una especie de cama que me ayudó a estar más cómoda. Frío no hacía, estaba en pleno verano, y la fresquita del amanecer me ayudaría a descansar un rato.

No sé cuánto pude dormir, lo suficiente para recuperar fuerzas y seguir adelante. Solo quería llegar al punto que José marcó en el mapa.

¹ Rooftop: tejado

11. El tesoro de Castellar de la Frontera

En alguna ocasión me contó que en Castellar de la Frontera, dentro de la muralla, los carabineros tenían un cuartel en la plaza de la Iglesia, pero que él solía quedarse en casa de unos lugareños con los que había hecho amistad.

Tenía que buscar la casa de Carmen, la del cojo, que debía de ser la viuda de uno al que apodaban el cojo.

Tras más de cinco horas de caminata a pleno sol, pude ver las murallas del pueblo en lo alto de los montes. Ya me quedaba poco.

Sin llegar al lugar, en lo que debería ser el último tramo de la calzada, un hombre con pocos dientes y que caminaba frente a un burro con dos cubones de esparto, salió a darme el alto en el camino. Se veía que era un lugareño. Le dije que buscaba la casa de Carmen, la del cojo, que venía de parte de José el carabinero, al que habían asesinado. El hombre me miró con los ojos como platos y él mismo me condujo a casa de esa señora que se encontraba a cierta distancia del pueblo.

Nos paramos frente a una construcción blanca con un tejado de paja y las ventanas y la puerta pintadas de verde. El señor que no había hablado nada en todo el camino, con gestos, me pidió que esperara mientras entró en aquella diminuta casa. Al rato salió una mujer pequeña, con un moño bajo en el pelo, pulcramente atado con un pañuelo negro, al igual que sus ropas.

—Entra mi niña, hace mucho calor y traerás sed y hambre.

Asentí, y con una sonrisa de agradecimiento entré por aquella puerta estrecha agachándome para entrar. Allí la señora me ofreció una silla frente a la mesa que tenían y se sentó junto a mí.

—Cuéntame, ¿qué le ha pasado al bueno de José? Algo nos temíamos después de ver la nube de humo que salía de Algeciras.

—¿Usted lo conocía?

—Sí, mi niña. Cuando el cuerpo de Carabineros lo mandó para aquí, a Castellar de la Frontera, él se quedaba en nuestra casa. Estaba tratando de averiguar si alguno de los compañeros que vivían en la casa cuartel de aquí colaboraban con los estraperlistas. Y así fue, tenía un olfato tremendo, sabía ver a la gente, y lo terminó atrapando. Abrió diligencias contra él. Se armó un gran revuelo, pero él hizo lo que se debía de hacer. —tomó aire la señora, que ya tenía una edad avanzada, o quizá pareciera mayor por la vida dura que llevaba, y siguió hablando afuera para facilitar su respiración.

—A José le gustaba mucho sentarse aquí en la puerta de la casa con un botijo y mirar a las estrellas. Decía que había más luceros aquí que en su pueblo. Aunque mi marido, que en paz descansa, le dijo que eso era imposible, que las estrellas eran las mismas en todos los sitios. Entonces José se reía y decía que el cielo nublado las escondía en su tierra. Pero, dime, ¿qué haces tú aquí?

—No sé si sabrá, pero José estaba persiguiendo a una familia importante que maneja casi

todo el contrabando de la zona, y cuando se encontraba a punto de delatarlos, porque ya tenía todas las pruebas necesarias, lo han matado.

En ese momento se me llenaron los ojos de lágrimas y no pude seguir hablando. La señora Carmen, me tomó la mano, como solía hacer Antonia, tratando de transmitirme todo su cariño.

Cuando pude continué.

—José me dejó instrucciones para salir de Gibraltar e ir hasta París, pero me hizo llegar una especie de mapa con el que he llegado hasta aquí. Él siempre decía que en Castellar había tesoros enterrados de la época de los musulmanes.

—Y razón no le faltaba. Mis hijos han encontrado alguna que otra moneda que hemos podido vender, para tú sabes, seguir tirando. Pero ahora come algo. Vayamos a la parte de atrás, sentémonos a la sombra. José acostumbraba a traer bacalao seco, permitiéndome preparar su plato favorito, el arroz con bacalao, que disfrutábamos durante varios días añadiendo agua y alguna patata. En este momento, no tenemos mucho para comer, pero tagarninas sancochás² y un mendrugo de pan tenemos. Siéntate conmigo que no puedes salir a buscar nada ahora, hay demasiados ojos y muchos oídos que no debemos despertar.

Accedí a compartir mesa con aquella señora que acercó las tagarninas en un lebrillo de barro que probablemente ella misma había hecho, con un cucharón de madera que compartimos para comer aquella verdura, que según me contó, crecía silvestre en el campo.

Pasé toda la tarde en compañía de Carmen, que a pesar de no haber salido nunca de allí ni conocer ningún otro lugar más que de oídas, entendía el mundo mejor que nadie.

Al caer la noche, y tras explicarme cómo su hijo hacía carbón con hojas secas para poder venderlo y sacar alguna moneda, o cómo cazaba lo que podía para comer, teniendo como única licencia unas piernas más ágiles que las de la policía, le pidió a Manolo me acompañara hasta el punto que José había marcado en el mapa.

Manolo, que así se llamaba aquel hombre que no era tan joven como hubiera presupuesto por vivir todavía en casa de su madre, agarró una escopeta, llamó a su perro, y nos perdimos por la sierra. Caminamos como dos kilómetros entre alcornoques. Y al llegar a la altura de un pozo, me pidió que sacara mi papel.

—José escondió aquí una caja, yo vine con él.

Entre los dos, comenzamos a mover piedras y tierra, y tras remover unas piedras y no demasiada tierra, apareció una caja de metal roñosa en el lugar exacto que marcaba mi especie de mapa. ¿Qué podría haber allí?

Volvimos a la casa, mientras Manolo se aseguraba de que nadie nos siguiera. Estaba demasiado oscuro, y como no había electricidad y el candil de la casa era un bien preciado, hasta la mañana siguiente no pude ver lo que el estuche escondía.

Nada más despertarme, abrí la caja. Había un manojo grande de dinero en pesetas y otro en francos. También había una carta de puño y letra de José. Parecía como si supiera lo que le iba a ocurrir, no había dejado nada al azar. Entre los papeles y el dinero que había en aquella caja de hojalata, había un pasaporte, y unas llaves con una dirección de París. El documento no estaba a mi nombre, sino al de una tal María Arenas, pero tenía mi foto. José había previsto todo. Él ya intuía que esos sinvergüenzas tratarían de seguirme y me consiguió papeles nuevos para viajar de forma segura. En una carta me explicaba que tenía que ir hasta Ronda, y allí preguntar por Vicente en el hotel de los ingleses. Él me sacaría de España y se aseguraría de que pudiera llegar hasta Francia. Se despedía con un “cierra los ojos y me verás en París”.

Yo ya lo veía, a cada momento y sin necesidad de cerrar los ojos. Seguía sintiendo su

presencia, y su imagen no la quería soltar, era lo único que me quedaba de él. Y ahora todo ese dinero para llegar a Francia. Quién sabe, quizá todo esto me iba a servir para ir hasta el Reino Unido y encontrar a mi madre.

No sé cuánto tiempo había pasado desde que abrí la caja, pero cuando saqué un pie de la cama, allí estaba la señora Carmen con una tostá que acababa de sacar de la candela de leña.

—Cómetela, tienes que meter algo de alimento en ese estómago. Es lo único que nos queda, ni un poco de aceite para untarla. Entre unos y otros nos quitan lo poco que tenemos. Y ahora todo esto de un levantamiento. El mundo está loco. Solo espero que no se lleven a mi Manolo, si no, no sé qué será de mí. Bastante tengo yo ya, con que esos señoritos que vienen un par de veces al año al Convento que dicen es su casa, se llevaron a su hermano mayor para que les ayude en sus monterías, a las que invitan a todos los politicuchos y sinvergüenzas de la zona. Tu José sabía mucho de ellos, les tenía muchas ganas, no soportaba que se lucren a costa nuestra, que no sabemos ni leer ni escribir y ni casa tenemos, porque esta pequeña choza les pertenece también a ellos. Mi Manolo se quiso juntar con esos de la CNT, pero yo ya le he dicho, que se aparte de la política, que a esos señoritos no los echamos de aquí y que se puede meter en un lío. Que deje la política para quien coma de ella, y él trate de buscarse la vida como pueda honradamente.

Manolo, que estaba fuera con una liebre entre las manos que pelaba pacientemente, me saludó con la mirada como queriendo preguntarme algo.

—¿Cuándo quiere usted salir para Ronda? La llevaré hasta Jimena de la Frontera. Allí podrá coger el tren que la dejará en Ronda. Pero yo que usted no tardaría, está todo muy alterado. Ha llegado un tren desde allá a la estación de la Almoraima cargado de ejército republicano para hacer retroceder a los nacionales. Márchese mientras pueda. Los que decidimos quedarnos aquí, no sé cómo vamos a sobrevivir entre unos y otros que no nos quieren dejar vivir.

Terminé mi desayuno, le di cinco pesetas a la señora Carmen, que me dio un fuerte abrazo, deseándome que Dios me protegiera, y me despedí de ella entre lágrimas, porque no sabía qué iba a ser de mi vida, y aquella señora sentía iba a ser mi última conexión emocional con esta tierra.

En solo dos días había perdido a mi último apoyo, a ese galante caballero uniformado que tanto me había cuidado, y la vida que había conseguido forjarme después de la muerte de mi padre. Y ahora estaba en un pueblo en el monte de camino a Francia, sin tener ni idea de cómo iba a llegar.

Manolo agarró unas alforjas, se las echó encima y nos metimos por entre los alcornoques con la intención de alcanzar la estación de tren de Jimena. Llevábamos ramas colocadas encima para tratar de diluarnos en el paisaje. Yo tenía mucho miedo, pero Manolo parecía saber lo que se hacía, hasta que escuchamos unos aviones cuyo ruido nos forzó a buscar cobijo para que no nos vieran. Al poco rato escuchamos una explosión. No sabía si gritar o llorar, pero no pude hacer ninguna de las dos cosas, estaba demasiado paralizada. Cuando vimos desaparecer los aviones, Manolo salió de entre los matorrales, y llevándose las manos a la cabeza dijo:

—¡Acaban de bombardear la estación de tren de la Almoraima! Dios mío, quieren dejarnos incomunicados. Apriete el paso que tenemos que llegar a Jimena, que por el momento la han dejado de lado, aunque seguro también la querrán destruir.

—¿Pero quiénes bombardean, los del gobierno o los otros?

—Y qué más da, ni lo sé ni me importa, van a destrozar lo poco que tenemos y nos van a dejar al pueblo con más hambre que la de antes. Apresúrese usted, camine lo más rápido que

pueda. Tengo que dejarla a salvo en el tren de Jimena.

Tras varias horas en silencio, atravesando campos y alcornoques, llegamos a la estación de tren de Jimena. Manolo, que parecía conocer al jefe de estación por cómo se saludaron, le dio algo de dinero mientras me escrutaba de arriba, abajo. Aquel señor asintió y me pidió que le acompañara dentro de la casa que había al lado de la estación del ferrocarril, donde me dijo podía estar con su mujer hasta que llegara el tren. Manolo se despidió de mí con pocas palabras, deseándome suerte. Su mirada triste y profunda se veía sincera, pero también mostraba la vida de un hombre que había sufrido y que sabía que iba a seguir haciéndolo.

Al poco de ver a Manolo desaparecer entre los matorrales, se escuchó el ruido del tren a lo lejos, hasta que el chirriar contra las vías, me anunció que era hora de irme. Di las gracias a aquella señora que no me preguntó nada, solo me ofreció un vaso de agua, y subí al tren sentándome donde el jefe de estación me dijo que lo hiciera tras hablar con el revisor. Aquel señor bajito con una gorra que cubría su falta de pelo, me sonrió diciéndome que llegaría a Ronda sana y salva, que se lo debía a José, y que incluso me acompañaría al hotel Reina Victoria Eugenia, donde me pondría en contacto con Vicente.

² Tagarninas hervidas en agua.

12. Ronda

Todo parecía ir según José lo había planeado. Ahora me quedaba descubrir cómo llegaría de Ronda a París, y más, cruzar un país en guerra.

El viaje en tren no fue demasiado largo, pero el traqueteo, el pasar del paisaje frente a la gran ventana, y el cansancio que tenía por todo lo ocurrido los últimos días, hicieron que me durmiera. No sé si despierta, o en ese duermevela que uno no sabe dónde está, pensé en lo organizado que lo había dejado todo José. Era como si el mismísimo revisor del tren ya me conociera y supiera que iba a venir. La sensación durante el camino desde que llegué a Castellar, era como si yo fuera una pieza en una obra de teatro, donde los demás personajes conocían a la perfección su papel y supieran que tenían que encargarse de llevarme a París sana y salva.

Mientras mi cabeza golpeaba contra el cristal de la ventana del vagón, la imagen de José vino a mí, su olor, el tacto de su mano en mi piel, y la ternura de sus labios recorrieron mi ser. Fue tan vívido lo que experimenté, que percibí su aliento, y eso me despertó, junto con la campana del tren que tañía, anunciando que ya estábamos en Ronda.

Esperé sentada a que todos bajaran del vagón, como me había indicado aquel señor bajito, y cuando él estuvo listo, me apeé. Aquella estación era mucho más grande que la de Jimena, tenía dos pisos, y en el andén iban y venían muchas personas con sus maletas.

El revisor me pidió con su mano que lo siguiera fuera.

—Le voy a acompañar hasta el hotel Reina Victoria, pero por el camino vamos a ver si encontramos a Vicente que estará metido en alguna tasca dándole al frasco más de lo que debiera.

Aquel lugar de casitas blancas y palacios me enamoró al instante. Parecía flotar en el aire, como si hubieran allanado el terreno para dar vida a esa ciudad sobre la cima de una montaña, creando un espectáculo impresionante.

Al pasar enfrente de lo que pareciera un bar, el señor encargado de los billetes del tren, entró allí y al poco rato salió empujando a un hombre que casi le doblaba el tamaño, pero que a pesar de ello se dejaba hacer. Al pasar por una fuente, pese a la mirada de los viandantes, el revisor metió la cabeza de Vicente en el pilón, quien pareció despejarse y empezar a hablar de forma más coordinada.

—Así que tú eres Sonia, la gibraltareña. José estaba loco por ti, y siempre nos dejó dicho, que si le pasaba algo, teníamos que ayudarte a salir hacia Francia. Así que no te preocupes, que en cuanto se pueda, te vas para el país galo. Hoy te quedarás en una habitación del hotel, y mañana temprano veremos cómo te vas de aquí.

Sin muchas palabras, aquel hombre cuyo olor me recordaba al que siempre había desprendido mi padre debido a su continua ingesta de alcohol barato, me acompañó hasta las afueras, donde parecía encontrarse el Hotel Reina Victoria Eugenia, que parecía ser donde iba a pasar la noche. El hotel, que parecía sacado de un cuento inglés, estaba situado justo al borde de la meseta donde

termina la ciudad y la tierra.

A pocos pasos detrás del hotel, se abría el vacío, con árboles y rocas visibles a muchos metros más abajo. Una vez dentro, me maravilló la decoración exquisita que recordaba a las casas señoriales de Gibraltar.

Mientras yo esperaba en el vestíbulo, mirando a cada lado, maravillada de encontrarme donde lo hacía, Vicente habló con el hombre de la recepción, quien me dio una llave y pidió a un mozo que subiera mi maleta a la habitación. Le di las gracias a Vicente, y antes de percatarme, ya había desaparecido en el bar del hotel, donde probablemente lo encontraría al día siguiente.

Otro señor, ataviado con una especie de uniforme, me acompañó hasta la habitación donde me iba a hospedar, y me deseó una feliz estancia después de haber abierto la puerta e invitarme a entrar. Lo hice de manera tímida, casi como si no creyera que yo podría estar allí.

Quedé sorprendida por la impresionante habitación decorada con una elegancia incluso mayor a la de la casa de la señora Anna, o la de su hija Rosa. Una amplia cama con dosel, cubierta por un edredón de encaje que coincidía con las cortinas de colores, dominaba la habitación repleta de alfombras. La terraza, con vistas a las montañas, tenía una pequeña mesa con dos sillas que me recordaron que José debería estar allí junto a mí. Pero estaba sola. Todos nuestros planes se habían truncado, no podríamos llevar una vida juntos, no podríamos soñar más en un futuro en común.

Suspiré y traté de evitar llorar. Debía mantenerme firme; sabía cómo hacerlo. La vida siempre me había sometido a situaciones que me enseñaron a ser fuerte, por lo que no tenía la intención de dejarme abatir. Continuaría con el plan que José parecía haber trazado minuciosamente para mí. Caerme no entraba en mis planes. Además, ahora ya solo me restaba continuar adelante, había logrado dejar atrás Gibraltar, que me ataba al dolor de mi infancia, y estaba en un lugar que desconocía, pero camino a una vida en otro país.

Viéndome en ese lujoso hotel, supuse que José había conseguido mucho dinero. No quería saber cómo, pero me imaginé que si logró guardar tantos cuartos, era porque se lo había quitado a todos esos contrabandistas. Su sueldo no daba para mucho, y considerando todas las cosas que planeaba hacer juntos, o el costo del hotel, se necesitaban muchas pesetas y muchas libras. La verdad es que estaba descubriendo a un José que desconocía. No me parecía bien que hubiera estado metido en líos, aunque ahora sus manejos me estuvieran pagando una habitación en un muy lujoso hotel. Pero como solía decir mi querida Antonia, “quien roba a un ladrón tiene 100 años de perdón”. Ahora ya daba igual lo que José hubiera hecho, ya no estaba más en esta tierra, y yo me encontraba dispuesta a vivir, y el dinero que me había dejado me iba a ayudar a conseguirlo.

Dejé a un lado mis remilgos. No podía cambiar el pasado. Asesinaron a José, me lo arrebataron. Así que lo único que me quedaba era tratar de disfrutar de las cosas que el dinero obtenido por mi amado me estaba pagando.

La habitación disponía de un baño precioso e inmenso, mucho más bonito que el de la señora Rosa en su casa, que estoy segura, que si me viera aquí, se moriría de envidia. Llené la bañera y me sumergí en el agua, tratando de quitarme el polvo del viaje, y los nervios vividos los días anteriores, momentos en los que había sentido que mi vida corría peligro.

Sumergida en una reconfortante y fragante agua de rosas, mientras disfrutaba del baño, mi mente se llenó de pensamientos sobre mi madre. Reflexioné acerca de su partida de La Caleta en busca de una vida mejor, y entendí por un instante sus motivos. Sin embargo, no pude evitar reprocharle el hecho de que no regresara a por mí, a pesar de ser consciente de la pobreza en la

que estaba destinada a crecer. Aunque deseaba comprenderla, no podía perdonarla, ya que su ausencia no solo destruyó la vida de mi padre, sino que también dejó una profunda marca de tristeza en la mía.

El agua caliente y los geles y cremas con fragancias cítricas disponibles en el hotel fueron verdaderamente milagrosos para mí. Sentí como si aquel baño hubiera lavado las últimas penurias vividas, borrando los rastros de las dificultades que había enfrentado. Mientras salía del baño, envuelta en una suave toalla, sentía cómo la tranquilidad y la confianza se apoderaban de mí. Estaba lista para enfrentar lo que el destino tenía reservado para mí, ya que por lo que en ese momento parecía, pese a haberme quedado sola en la vida, me esperaban experiencias totalmente diferentes.

Después del baño, dormí como nunca había hecho, envuelta en sábanas crujientes y con el dulce olor en mí a las fragancias de las cremas. Para cuando conseguí despegarme de la almohada, el sol ya se veía alto por la ventana. Mi sueño había sido tan profundo, que apenas recordaba nada.

La verdad es que no entendía qué hacía allí, ni casi cómo había llegado a ese maravilloso hotel. Todo ocurrió muy rápido. Desde que José me advirtió que iba a denunciar al señor Alfonso, a Allan y a otro par de peces gordos más, su asesinato, y mi carrera por llegar a Ronda conociendo a personas que parecían respetar y venerar a José, mi vida parecía haber tomado un rumbo totalmente inesperado, aunque en realidad, tenía que confesarme a mí misma, me gustaba.

Mientras me vestía con el único vestido que había metido en la pequeña maleta al salir huyendo de Gibraltar, alguien tocó la puerta. El pánico se apoderó de mí. ¿Y si eran los mismos que mataron a José que me habían seguido y venían ahora a terminar con mi vida para que no pudiera identificarlos ni hablar sobre lo que sabía sobre sus negocios sucios? Me escondí detrás de la puerta, asustada y sin saber qué hacer, y tras un rato en el que creí me iba a ahogar porque no me atreví a respirar para no hacer ruido, un papel se deslizó por debajo de la misma.

“Sonia, le espero en la cafetería del hotel que da a la montaña. Vicente”.

¡Qué alivio! Pensaba que se me iba a salir el corazón. Debía comenzar a calmarme. José había planeado lo que en principio iba a ser nuestra huida muy bien, y las personas que me ayudaban, parecían de total confianza. Tenía que dejar de ver peligro por todos lados y de hacerme ninguna idea preconcebida sobre nadie. La noche anterior había creído que ese señor Vicente iba a terminar borracho como una cuba; sin embargo, desde bien temprano estaba ya esperándome, y por su aspecto cuando lo vi, fresco cual lechuga.

—¿Qué tal ha dormido, señora María? Parece que le ha sentado bien el aire de Ronda. —Me dijo en un inglés perfecto.

Lo miré con cara de incrédula. Me costó reaccionar y entender que por María, se refería a mí. Era el nombre que venía en el pasaporte que me había dejado José en la caja que desenterré en Castellar de la Frontera y parecía iba a ser cómo se me conocería desde ese momento. Tan poco entendía muy bien por qué ahora me hablaba en inglés.

—Muy bien señor Vicente, muchas gracias. —le contesté yo también en el mismo idioma.

Separó una silla de la mesa, y con un gesto me pidió que tomara asiento. Nada más me senté, un camarero vino con todo un plato de desayuno perfecto, con un revuelto de huevos, salchichas, morcilla, pastel de patata y muchísimas setas. Vicente, que parecía ya haber terminado el suyo, tomaba té. Efectivamente, tenía que dejar de hacerme ideas preconcebidas de las personas.

Cuando parecía que no había nadie alrededor nuestro y no se escuchaba más que el piar de los

pájaros, Vicente, esta vez en español, me explicó el plan para sacarme de allí, después de aclararme que su buen nivel de inglés se debía a que de joven salió de su Cádiz natal, en un carguero al Reino Unido, y que se había quedado trabajando allí, sirviendo en casa de un señor inglés varios años. Ese caballero, ahora estaba viviendo en Ronda, y era uno de los encargados de organizar viajes para los hijos de los ricos de la sociedad londinense, que para celebrar que terminaban sus carreras universitarias, decidían venir a España a tener experiencias exóticas, beber vino y disfrutar de la peculiaridad de sus gentes.

Una vez me puso en situación, me explicó que me sacaría de España, mezclándome con un grupo de esos estudiantes.

—No te será difícil porque aunque morena, tu inglés es perfecto y nadie sospechará nada. Solo necesitas dejar esas ropas en tu maleta y buscarte algo más cómodo. Las señoritas que hacen el viaje llevan pantalón y camisa como los hombres, botas y un pañuelo que cubre sus cabellos. Pero no te preocupes, mi mujer se va a encargar de eso, y para cuando vuelvas a la habitación tendrás tu nueva indumentaria. ¿Tienes alguna pregunta?

La verdad que no sabía ni qué decir. De repente tenía una nueva vida, y no sabía ni quién era. Hasta hace pocos días era Sonia, ahora era María, hija de un comerciante argentino radicado en Londres que había venido a Ronda con unos amigos para celebrar el final de mis estudios. Esa era mi nueva identidad, la que me alejaría de todos los peligros de mi anterior vida, al menos eso pretendía Vicente.

Mientras terminaba mi té, un grupo de jóvenes entraron al hotel, y Vicente, nada más escucharlos, se levantó y trajo a la terraza a tres de aquellos ingleses. Me los presentó diciendo:

—María, estos son David, Shonna y Peter. Van a ser tus compañeros de viaje hasta la frontera francesa. Con ellos saldrás del país totalmente desapercibida.

—Encantada de conocerlos. ¿Cómo viajaremos de Ronda hasta Francia, y cuándo tenéis pensado salir?

Peter, que parecía ser el más atrevido de los tres, fue el que contestó, acercando su silla a mí:

—Encantados de conocerte María. Habíamos pensado quedarnos una semana más en este bello lugar, pero tras los últimos acontecimientos es probable que salgamos en un par de días. Primero nos gustaría disfrutar al menos una noche más de esta mágica ciudad.

El joven miró a sus compañeros y entre risas afirmaron.

—Puedes venir con nosotros esta noche a cenar. Saldremos con otro grupo de americanos e ingleses que no tienen mucha intención de irse de aquí, pese a que Vicente insiste en que nos tenemos que ir porque, según las noticias de la radio, el país está en guerra.

Vicente me miró, y me dijo que me haría bien salir con aquellos jóvenes, además serviría para que no llamara la atención pretendiendo ser una más de ellos.

—Te esperamos en la recepción del hotel a las ocho. —Dijo Shonna con una amplia sonrisa, mientras entraban de la terraza al hotel, desapareciendo entre risas escaleras arriba.

—María, tienes que salir con ellos, son tu salvoconducto para salir de España, cuanto más te integres con ellos mejor. Entiendo que no tengas muchas ganas de fiesta después de haber perdido a José, pero es cuestión de supervivencia. A mí ya no me vas a ver más, aquí termina mi trabajo, no podemos arriesgarnos a que nos vean juntos. Te deseo lo mejor y que llegues pronto a París.

No pude casi despedirme. Vicente se había levantado de la silla, según hablaba, y para cuando quise decir algo, había desaparecido entre los rosales de la terraza del hotel.

Terminé de tomar el desayuno y pedí una taza de té más, intentando calmar mis nervios. Después

de sorberlo durante un buen rato, subí a la habitación. Sobre la cama había dos pantalones, varias camisas, calcetines, y unas botas sobre la alfombra junto a la cama. Me puse aquella ropa, que casualmente era de mi talla. O no se trataba de una casualidad. Estaba ya empezando a preguntarme el porqué todo estaba tan bien organizado. Esto era cosa de José, no cabía otra posibilidad. ¿Pero cómo lo había planeado todo tan al detalle? No encontraba ninguna respuesta, así que decidí dormitar en aquella magnífica cama hasta que bajara a recepción para ir a cenar con los estudiantes. Antes, me miré al espejo, y el reflejo, aunque me sorprendió, creo me gustó. No era la imagen que yo había soñado para mí, pero sabía que los pantalones y las botas me permitirían viajar mucho más cómoda, y que nadie dudaría de que yo también era una de aquellas niñas ricas, estudiantes inglesas de aventura por España.

Abrazada a la almohada, como si estuviera abrazando a José, o quizá intentara abrazarme a la vida, me desperté, me refresqué y bajé a recepción donde ya estaba Shonna fumando un cigarro, con una naturalidad que le daba un toque elegante e intrigante.

—Hola, María —me saludó con una amplia sonrisa, mientras me señalaba uno de los sillones, invitándome a tomar asiento.

—Hola, Shonna. ¿Cómo estás? , ¿y los chicos?

—Ellos nos alcanzarán más tarde, han ido a bañarse al río para sacarse este calor, y están cambiándose. ¿Quieres un cigarro?, ¿una cerveza?

—No gracias, no fumo, no lo he hecho en mi vida.

—¿No? Tienes que probarlo. Toma.

Acepté el pitillo, lo puse torpemente entre mis labios, y cuando aquella joven acercó el fuego para encenderlo, pensé que mis pestañas iban a arder. Empecé a toser sin poder parar, lo que provocó la risa en Shonna.

—Toma, bebe agua. Es normal, la primera vez. Aspira más despacio, y echa el humo con suavidad.

Así hice, y para mi sorpresa, aquello me gustó, me parecía que el cigarro en la mano, y la nube que salía de mi boca, me daban un toque moderno. Era algo que no había visto hacer a las mujeres en Gibraltar o en España, pero por qué no, me dije.

—¡Vámonos! Ya vendrán los chicos. Así podemos pasear tranquilas entre las calles mientras vamos al restaurante.

Era una muchacha divertida y muy agradable, y charlando como si fuéramos amigas de toda la vida, recorrimos las calles de Ronda hasta llegar a un lugar curioso, muy cerca de la plaza de toros, al que yo nunca habría accedido, ya que desde fuera parecía una de las tantas viviendas blancas de la ciudad. Shonna empujó la puerta de madera, y allí apareció un señor que nos adentró en el local, acompañándonos a una mesa dispuesta para varios comensales.

Mientras empezamos a comer unos trozos de queso y pan que aquel hombre puso en la mesa, comenzaron a llegar jóvenes que se reían entre ellos. No eran ni Peter ni David, pero mi amiga parecía conocerlos.

—No te asustes María, yo te los presento. Tranquila, no mires más hacia la puerta, nuestros amigos tardarán. Ya sabes, aquí pueden dar rienda suelta a su amor. —Me guiñó un ojo, y comenzó a saludar a los cinco jóvenes que llegaron.

Aquel comentario me dejó quieta en el sitio, dura en la silla. Solo esperaba que no se me hubiera notado demasiado, que no pensara aquella gente que era una antigua, pero era la primera vez que salía fuera a ver mundo, y digerir las novedades me iba a llevar un rato.

La velada resultó muy agradable. Terminé tomando más vino de la cuenta, y riéndome como

nunca había hecho. Aquellos jóvenes eran todo vida y estaban dispuestos a pasarlo bien ante todo.

No recuerdo cómo llegué a mi cama en el hotel, solo recuerdo que me sobresalté al oír golpear la puerta de mi habitación varias veces con insistencia. Sin poder ni estirarme, abrí la puerta y allí estaba Peter con un rico olor a perfume y con un aspecto impecable como si hubiera estado durmiendo toda la noche. Yo preferí no pensar en el mío, ya que cuando me miré, todavía conservaba la misma ropa con la que había salido a cenar la noche anterior.

—Date prisa, nos vamos.

—¿Nos vamos dónde?

—¿Dónde va a ser María? Nos vamos a Francia, tenemos que salir de Ronda. Parece que el ejército nacional está avanzando, las noticias que nos llegan son de levantamientos por toda España. Tenemos que salir del país antes de que esto empeore porque luego no sabemos lo que puede pasar. Te esperamos en 15 minutos en la recepción, yo voy a preparar el coche. Échate agua en esa cara y vente.

Hice caso a Peter y me refresqué el rostro en el baño. El reflejo de una noche de borrachera apareció ante mí. La imagen de mi padre y un escalofrío, me hizo jurarme que nunca más volvería a pasarme con el alcohol. Las lagunas de memoria que tenía ahora mismo no me agradaban en absoluto, no quería volver a tener esa sensación.

Metí en la maleta mi ropa y la caja que desenterré en Castellar, mientras distribuía el dinero entre la maleta y la mochila de mano que me había dejado en la habitación la mujer de Vicente. Una vez más inhalé tratando de llenar mis pulmones y calmarme y bajé las escaleras hacia la calle y allí había ya tres coches llenos de estudiantes ingleses y americanos que en caravana parecía que íbamos a tratar de llegar hasta Madrid para tomar un vuelo hacia Francia.

13. Destino, Francia

Cuando estuvimos todos en los coches tras cancelar nuestras cuentas en el hotel, nos dispusimos a dejar Ronda. Los estudiantes iban contentos a pesar de saber que España había entrado en guerra. Entre aquellos jóvenes prevalecía el espíritu de aventura al miedo por lo que pudiera ocurrir.

David me contó que abandonábamos Ronda por consejo de Vicente, pero que como disponíamos de un par de días hasta llegar a Madrid, disfrutaríamos deteniéndonos en diferentes poblaciones. Se había hecho con un mapa de las carreteras de España y le iba dando instrucciones a Peter como si supiera lo que se hacía.

A las pocas horas de iniciar el viaje, nos detuvimos a la orilla de la carretera bajo unos árboles. Los coches necesitaban enfriarse y nosotros estirar las piernas. Comimos y bebimos lo que algunos de los chicos habían traído mientras rememoraban sus atardeceres en Ronda. El murmullo alegre se desvaneció en un instante cuando el zumbido distante de un avión rompió el aire. Silencio. Todos, detuvimos nuestras conversaciones y risas. Los corazones latían al ritmo incierto del vuelo rasante de la aeronave. El temor se apoderó de nosotros, temiendo ser descubiertos, hasta que, al fin, desapareció en el horizonte. Decidimos entonces continuar nuestro viaje al caer la noche. Desconocíamos lo que estaba ocurriendo, pero ninguno quería poner sus vidas en peligro.

Tardamos casi tres días en llegar a Madrid, y cuando lo hicimos nos dirigimos a una dirección que Vicente había facilitado a Peter. Era un pequeño bar cerca del aeropuerto de Madrid. Solo nuestro coche se acercó al bar, mientras los otros dos esperaron escondidos fuera de la población. No queríamos llamar la atención, y como yo hablaba castellano, aunque mi acento denotaba que no era de Madrid, los chicos decidieron que fuera yo quien dijera que nos enviaba Vicente de Ronda.

El hombre tras la barra me sirvió un vaso de agua en silencio, hasta que dos individuos, que disfrutaban de sus bebidas, me extendieron una invitación para abandonar el establecimiento.

—No podéis ir en avión, han cortado todas las salidas aéreas del país.

—¿Y cómo llegaremos a Francia?

—De igual modo que habéis llegado hasta aquí. Lleváis un buen coche que os acercará a la frontera, una vez en Francia ya podréis tomar un tren e ir cada uno a vuestra casa. Pero no paréis, han sitiado ya San Sebastián y no sabría deciros cómo está la frontera con Francia.

—Gracias, señor. Nos podría decir de algún lugar de confianza donde podamos comprar comida y bebida para seguir con el viaje.

—Yo mismo os prepararé bocadillos y os venderé melones. Agua podéis cogerla de la fuente

del pueblo.

Le di las gracias a aquel señor y fui al coche a contar a Shonna, David y Peter lo que me había dicho. Sus caras dejaron de mostrar las sonrisas habituales. Pero Peter rápido salió del coche diciendo que tenía hambre y me ayudó con varias bolsas que nos había preparado aquel hombre llenas de comida. Le dimos las gracias, unas pesetas y seguimos nuestro camino.

Nos unimos a los otros dos coches que esperaban escondidos entre los árboles, y cuando cayó la noche continuamos el viaje.

Todos caímos cautivos del miedo. Ninguno de nosotros había enfrentado algo similar con anterioridad. Aunque yo estaba acostumbrada a no contar con mucho para comer, siempre había disfrutado de una cama segura para descansar. Y aquellos jóvenes jamás habían pasado ninguna estrechez, y lo que inicialmente había sido un viaje de aventura, se convirtió en una huida necesaria para sobrevivir.

Los coches no pararon hasta llegar a Pamplona ya al amanecer. La ciudad parecía tranquila, así que decidimos, sin llamar mucho la atención, entrar en un comercio a comprar más comida para terminar nuestro viaje. La señora de la tienda de ultramarinos me dijo que podríamos quedarnos en el hostel que tenía su hermana para poder continuar nuestro viaje a Francia la noche siguiente. Y así hicimos.

Cuando llegamos a Irún la ciudad todavía no había sido tomada por los nacionales, así que pensamos en cómo cruzaríamos la frontera a Francia.

A uno de los chicos americanos se le ocurrió que teníamos que vender los coches, que no podíamos abandonarlos sin más, así que eso hicieron en un taller mecánico que encontraron. No les dieron mucho por ellos, pero al menos decían les ayudaría a seguir cubriendo sus gastos hasta cruzar la frontera, donde se comunicarían con sus familiares solicitándoles fondos para comprar pasajes de vuelta.

No éramos los únicos queriendo atravesar al país vecino y la cosa no se presentaba fácil. Creaban grupos a los que cruzaban al otro lado de la frontera por entre los montes para no ser vistos, a través de rutas que unos pocos locales conocían.

Acordándome de lo que había visto en la Línea, cuando la gente huía en barcos pesqueros desde la Atunara hacia Gibraltar, pensé que buscar a un pescador sería nuestra mejor opción. Mis compañeros de viaje estuvieron de acuerdo conmigo, y encontramos a un joven que en su barquita nos cruzó hasta Ciboure por 200 pesetas. Era un dineral, pero conseguimos cruzar a Francia con ello y estar a salvo, y eso era lo más importante para todos.

A pesar de que mi padre había sido un experimentado pescador, nunca antes me había aventurado a subir a una barca. De pequeña admiraba el mar; su aroma me insuflaba vida y esperanza, al igual que ahora, pero también me infundía temor. Aquel mar no se asemejaba en nada al sereno mar de Gibraltar, al que estaba acostumbrada a ver. Aquí, las olas se alzaban con ímpetu, como gigantes despiertos que desafiaban mi valentía y mi estómago que más de una vez estuvo a punto de jugarme una mala pasada. Avanzábamos sobre las crestas de las olas, y el muchacho que dirigía la barca parecía dejarse llevar por el mar comprendiendo sus caprichos. Mis compañeros de viaje parecían disfrutar del agua que salpicaba nuestras caras, pero yo, cada vez que descendíamos al valle oscuro al que seguían las olas, me agarraba con firmeza a las redes de pesca mientras mi corazón latía con fuerza esperando el próximo embate.

El trayecto en la barca se alargó unas horas que me parecieron una eternidad. Ahora entendía la dura vida de los pescadores como mi pobre padre, que desde su infancia se ganó la vida en el agua.

Mis compañeros de viaje disfrutaron del trayecto como si de unas vacaciones se tratara. La verdad que a mí me hubiera gustado relajarme y gozar de un día de cielo azul y gaviotas que revoloteaban escoltándonos en nuestro trayecto. La vista, según nos acercábamos al puerto, parecía un cuadro lleno de luz. Casas blancas con ventanas rojas unas, azules otras. Y las barquitas de pescadores, pintadas también con esos colores vibrantes que parecían dar la bienvenida a los que a su puerto llegábamos.

Jon, que así nos dijo, se llamaba aquel pescador que nos cruzó a Francia, nos bajó al puerto y sin parar el motor de su barca se dio la media vuelta perdiéndose en el mar.

Habíamos dejado España atrás y ahora en Francia ya no teníamos por qué estar pendientes de aviones o de ningún ejército impidiéndonos el paso.

Nos costó caminar en tierra hasta que nuestros cuerpos olvidaron el bamboleo del mar, pero en cuanto pudimos, nos adentramos en el pequeño pueblo de pescadores buscando alguien a quien preguntarle dónde había una estación de tren.

Ninguno de nosotros hablaba francés, pero con señas nos hicimos entender y nos señalaron que cruzáramos el puente sobre el río y que avanzáramos un poco.

Seguimos las instrucciones, sin que despertáramos demasiado interés entre los lugareños, que parecían acostumbrados a personas extranjeras.

Al poco de cruzar el puente, a escasos metros, divisamos la estación de tren. Se veía preciosa, en ladrillo naranja y ventanales forrados de blanco. No pude evitar echar a correr cuando la vi, pensando que mi destino final ahora ya estaba cerca. Los demás me siguieron. Al igual que yo, después del miedo vivido cruzando España bajo un cielo lleno de aviones, y sin saber si nos detendrían en la carretera los de un bando u otro, los estudiantes con los que compartí aquel viaje, también querían llegar a sus casas.

Cuando alcanzamos la estación se despidieron de mí. Después de preguntar cada uno por su destino en las taquillas, aquellos jóvenes decidieron permanecer algunos días en la bella localidad francesa. Me dieron las gracias por todo y me desearon mucha suerte, sin dejarme sola hasta que mi tren partió rumbo a París.

Ellos decidieron alargar sus vacaciones interrumpidas en España por la guerra recién declarada. Apelaron a la generosidad de sus padres y optaron por quedarse y saborear del glamour de San Juan de Luz, que según dijeron no podían perderse antes de volver a sus casas. Habían dejado el miedo atrás y querían seguir divirtiéndose, y aquel lugar pintaba como idóneo.

No los conocía mucho, pero el viaje que compartimos fue tan intenso, que sentí una gran pena cuando los perdí de vista. Sus ganas de vivir y de pasarlo bien, habían abierto en mí un mundo que desconocía. Me mostraron que en la vida se puede trabajar duro, pero hay que reírse cada día, y si es en compañía de amigos mejor que mejor. Aquellos jóvenes permanecerían en mi memoria, recordándome la necesidad de reír aun cuando estás muerta de miedo.

14. París

El 1 de agosto de 1936, llegaba a París, a la estación de tren del Oeste-Ribera izquierda. Me daba miedo bajar del vagón, ya que en el momento en el que lo hiciera, mi vida como Sonia, quedaría en el olvido.

Descansé durante todo el trayecto. Supongo que la fatiga acumulada por atravesar España, con un viaje en el que no pude cerrar los ojos al tener que dormir durante el día para viajar por la noche y evitar ser vistos, finalmente venció a mi cuerpo, que se rindió por completo al sueño con el constante traqueteo del tren.

Poner mis pies en el apeadero, fue como despertar de un sueño. Aquello suponía dejar atrás toda una vida, para aparecer en otra nueva, desconocida, en una ciudad que nunca había visto y cuyo idioma no hablaba.

Al asomarme al andén, quedé maravillada por la multitud de personas que se movían en ese bullicioso escenario, cada una inmersa en su propio universo, ajena o quizás deliberadamente ajena a los secretos que se desplegaban a su alrededor.

Me costó encontrar la salida a la calle de aquella enorme estación, y cuando lo hice, me acerqué a uno de los coches que había allí aparcados en fila para llevar a los pasajeros a sus destinos en la ciudad.

Sonreí al hombre en el volante y le mostré el papel que estaba en la caja de hojalata que José me dejó enterrada, en el que había escrito una dirección de París.

El señor amablemente afirmó con su cabeza, arrancó el coche y respetando mi silencio condujo por más de quince minutos por anchas calles con imponentes edificios que iba admirando con los ojos abiertos como platos, ya que aquello parecía otro mundo. Hasta que el chófer paró el coche frente a un edificio.

—Es aquí. Pareció decirme.

Se bajó del auto, abrió mi puerta y me ayudó a salir y a coger mi maleta. Saqué los billetes en moneda francesa que aprendí se llamaban francos, y le pagué, pero casi sin mirarle, porque no podía dejar de sorprenderme de la grandiosidad de los edificios que me rodeaban y de la cantidad de comercios que había con escaparates de madera de diferentes colores y luces que daban vida a la calle.

Por un momento me quedé inmovilizada, viendo cómo la gente entraba y salía de un café enfrente de mí. La vida allí parecía transcurrir con total normalidad, lejos de los problemas que en ese momento acontecían en España, y de la preocupación con la que había visto vivían los habitantes de Gibraltar, las revueltas del país vecino.

Me acerqué al portal del edificio cuya dirección José dejó escrita, y me dispuse a abrir la puerta de color rojo oscuro con la llave que llevaba en la mano. No me atrevía a acercarla a la cerradura. Me temblaba entera. Todo mi cuerpo se removió al recordar los últimos acontecimientos de mi vida. Apenas hacía quince días que asesinaron a José. Había recorrido

España entera junto con un grupo de estudiantes ingleses y americanos, había cruzado a Francia en un barco de pesca por el bravo mar Cantábrico, y luego había atravesado el país galo en tren hasta llegar a París. Y ahora me encontraba en la misteriosa dirección que José me había dejado señalada en la caja que desenterré junto al silencioso Manolo debajo de un alcornoque, en Castellar de la Frontera. Todo había transcurrido demasiado rápido. Tanto que no me había dado tiempo a asimilar que José había fallecido y que ya no volvería más a mi Roca, Gibraltar, que toda mi vida había quedado lejos, y que ahora estaba en otro país, a cientos de kilómetros de distancia de lo que siempre había sido mi hogar, sin saber qué me esperaba detrás de aquella puerta.

Escuché un clac y la puerta cedió. Al empujarla, una señora echando humo por la boca y sujetando un cigarro en la mano se acercó a mí terminando de ayudarme a abrir. Me miró de arriba abajo sin decir nada. Era normal pensé. Mi aspecto debía de ser horrible, todavía seguía con la misma ropa con la que salí de España, aquellos pantalones que dejaron en mi habitación del Hotel Reina Victoria en Ronda y unas botas cómodas, pero no muy bonitas, mientras las parisinas parecían todas haber salido de un catálogo de modas. Le dije con gestos que venía a vivir al apartamento del segundo y sin decir nada desapareció detrás de una puerta que semejaba ser una vivienda, indicándome con la mano que subiera las escaleras.

Subí al segundo piso, por unos escalones de madera que crujían tras mis pasos. Tomé aire, y con la mano temblorosa por no saber con lo que me podía encontrar, acerqué la llave a la ranura de la puerta. Encajó en la cerradura, y al girarla dos veces, aquella puerta cedió.

Una corriente de aire llegó hasta mí, proveniente de una ventana que desde la estancia más grande de la vivienda mostraba la bulliciosa calle llena de comercios y viandantes.

El mobiliario del apartamento estaba cubierto por sábanas blancas, como si quien cubrió los muebles no supiera cuánto tiempo estaría aquella vivienda vacía. Removí la frazada que cubría lo que semejaba una butaca, y al descubrirla dejé que mi cuerpo se hundiera en ella. Tras un instante en que el tiempo pareció detenerse y sin que yo me atreviera a reaccionar, me puse a llorar. No sé por cuánto estuve allí sentada, sollozando, porque cuando me di cuenta donde me encontraba, ya había oscurecido. Necesitaba llorar la muerte de José, pero sobre todo precisaba deshacerme de la esperanza de haberlo podido encontrar vivo en esa casa.

En la caja que ese hombre que parecía tener todo organizado me dejó sepultada con un pasaporte con una nueva identidad, el dinero y la dirección de aquel apartamento, me escribió que al llegar a París cerrara los ojos y que así lo vería. Y sí, por un rato pude verlo, incluso olerlo. Pero su visión y su fragancia se desvanecieron cuando desperté a la realidad de saberme en París, sola en aquel apartamento que desconocía quién había comprado o alquilado. Sentí que mi vida era manejada por algún hilo oscuro, pero no tenía mucho más para hacer. Me había visto obligada a escapar de Gibraltar, y ahora allí estaba a salvo, lejos de los estraperlistas, de los levantamientos contra el gobierno ..., y mucho más cerca de mi madre.

Esa noche caí dormida, exhausta en el sillón, sin fuerzas para arrastrarme hasta la cama que se encontraba en la única habitación de la casa. Me sentía inmóvil, incapaz de escapar del torbellino de emociones que me envolvía. El dolor por haber perdido todo lo que amaba, sumado al abismo de la esperanza rota, me sumieron en una tristeza tan profunda y desconocida que nunca había experimentado, a pesar de las adversidades que enfrenté en mi infancia por la marcha de mi madre, cuando solo contaba con seis años.

Aceptar la pérdida de José fue como admitir mi derrota en este mundo. Un mundo que me dejaba abandonada a mi suerte, sin nadie en quien apoyarme.

En algún rincón de mi alma, cuando el peso del cansancio se volvió abrumador, cerré los ojos y me dejé llevar por la suave brisa de los recuerdos felices que compartí con José. Como un abrazo cálido, sus risas resonaron en mi mente y su mirada llena de ternura se dibujó en mis ensoñaciones. Poco a poco, me sumergí en un sueño profundo, como si el abrazo invisible de José me susurrara palabras de consuelo.

Cuando los primeros rayos de sol se filtraron por la ventana, me estiré desperezándome, y me dirigí a la cocina. Con asombro, encontré todo lo necesario para preparar un succulento desayuno. Calenté agua, preparé una taza de té y, al ver el diseño floral en la taza, me pregunté si alguien que me conociera a la perfección había anticipado mi llegada. Mientras el té humeante se enfriaba, me asomé por la ventana del salón contemplando la animada vida de la ciudad que se despertaba. Su energía vibrante me contagió de entusiasmo, así que decidí asearme y ponerme ropa limpia con la que salir a explorar París. Quedarme allí encerrada no iba a hacer que José volviera a mí, y necesitaba mezclarme en la cotidianidad de París para calmar mi mente del alboroto vivido los últimos días.

Tenía que admitir que durante el trayecto desde Gibraltar a París, siempre había guardado la esperanza de ver a José una vez llegara a París, de que no hubiera muerto, y de que todo hubiera sido un plan suyo para escaparnos de todos aquellos estraperlistas enfadados especialmente con él, que quería llevarlos ante el gobierno. Aunque supongo que con el nuevo alzamiento de los nacionales de nada hubiera servido, y quizá aquel cambio era el que había dado alas a aquellos malhechores para deshacerse de mi amado.

Ahora me encontraba en la ciudad del amor, pero sola, vacía, sin afecto y con la frialdad de un corazón dolido que no podría volver a amar, ya que desaparecían de mi vida las personas que significaban algo para mí. Me sentía perdida lejos de todo aquello que siempre había conocido, alejada de mi mar Mediterráneo y sin saber qué me depararía la vida. Aunque no debería inquietarme demasiado por cómo sobrevivir, ya que al abrir los armarios y cajones, en cada rincón, ocultos entre exquisitas prendas de vestir, encontré fajos de dinero.

El inesperado hallazgo de aquel capital me dejó desconcertada. ¿De dónde había sacado José semejante fortuna y cómo había logrado hacerlo llegar hasta este piso en París? Eran preguntas sin respuesta que agitaban mi mente mientras sostenía los billetes en mis manos temblorosas. La verdad es que los interrogantes acudían a mí a cientos, porque no entendía nada, y sabía que algo se me escapaba. Pero no había mucho que pudiera hacer, y en lugar de quedarme en la oscuridad de la casa con miedo a ser encontrada por aquella gente que mató a José, decidí salir a la calle a conocer la ciudad de la que me había hablado con la ilusión de pasear juntos de la mano por sus calles.

Me puse un bonito vestido que había en el armario del dormitorio colgado junto a varias prendas, unos zapatos como los que aquella vez en Gibraltar me dije a mí misma algún día compraría, y con cuidado de no tropezar por aquellos nuevos tacones a los que me había subido, bajé las escaleras del edificio, dispuesta a sentir el aire fresco de aquella ciudad.

La señora, que la noche anterior me abrió la puerta, estaba aguardando por mí, dando la impresión de que hubiera estado pendiente de cuándo iba a salir de la casa. Antes de que fuera a abrir la puerta de la calle, sin decirme mucho y mirándome de nuevo de arriba abajo, me dio un papel que por lo que pude entender se lo había dejado una señora mayor para mí.

¿Una señora mayor? Quién podría ser, yo no conocía a nadie en París. Por un momento me quedé en blanco, seguía sin entender nada lo que estaba viviendo.

Al salir del portal a la calle, miré a un lado y a otro, abrí la nota, donde se leía, *“hoy a las cinco*

en el café Le Consulat”.

Caminé por las calles de París sin disfrutar mucho de lo que veía, ya que no podía sacar de mi cabeza la cita que tenía con esa persona desconocida al otro lado del río Sena. Me fui alejando del barrio donde me encontraba poco a poco, tratando de admirar una ciudad que me resultaba nueva, puesto que tanto la rapidez con lo que sus gentes se movían, como lo cuidados que iban con su vestimenta, era algo a lo que no estaba acostumbrada.

Me sentí perdida entre tanta calle. Nada que ver tenía aquella enorme urbe con Gibraltar, ciudad a la que me había acostumbrado porque al final eran unas pocas calles en las que te podías manejar sin riesgo a perderte. Aquí en París, fuera para donde fuera, parecía que la ciudad no tenía fin.

Con las instrucciones de un joven que entendió mi inglés, pude encontrar el lugar que me habían marcado en la nota que me dio la portera del edificio donde me hospedaba.

Antes de entrar miré hacia los diferentes lados de la calle, porque he de confesar que tenía miedo. Todo esto que estaba viviendo, había sido como una especie de aventura mientras estuve con los jóvenes que encontré en Ronda; entre ellos experimenté una sensación de protección. Pero ahora aquí sola en París, en una ciudad tan grande, comencé a sentir aprensión por cada movimiento extraño que me parecía ver. No sabía si la nota provenía de algún conocido de José, o de sus enemigos que venían a por mí. Aun así, me decidí a entrar al café.

Me senté en una mesa que daba a una de las ventanas para poder ver la calle y observar. El lugar, aunque lleno de gente, era pequeño, así que supongo que quien hubiera escrito la nota me encontraría sin mucha dificultad. Embutida en mis miedos, un camarero se acercó a la mesa para preguntarme qué iba a tomar, y como se percató que no podía comunicarme en su idioma, me sugirió que me traería un café y algo rico para comer. Y así fue, al poco rato, me acercó una taza pequeñísima de café de un negro intenso que logró despertar mis sentidos, aun sin probarlo, y un plato con un cruasán caliente con un trozo de mantequilla. Partí el bollo mientras sus finas capas se desmigaban. Y tan concentrada estaba en mi labor, que para cuando fui a darle un bocado, en frente de mí, tenía sentada una señora de mediana edad, vestida con elegancia. Casi me atraganté por el susto de verla frente a mí de repente. La señora, que se percató de mi mal rato, pidió un vaso de agua al camarero para que pudiera tragar el bocado que había quedado atrapado en mi garganta con el sobresalto.

—Supongo que eres María Arenas.

Me quedé mirándola un rato, tratando de reconocer su cara, pero no pude, no la conocía de nada. Así que cuando logré que el trozo de cruasán pasara por mi garganta, le confirmé que sí, con la cabeza, que era María Arenas.

—Un amigo tuyo me ha dado esto para ti. Es la dirección de un hotel aquí en París, me ha dicho que tomes un coche de caballos y estés allí a las 8 de la noche.

Recogió la revista de moda que traía en sus manos de la que sacó un sobre que me entregó con disimulo, se limpió los labios con una servilleta de papel en la que dejó marcado su carmín rojo, abrió el bolso sacando un espejo pequeño, se retocó los labios, y con un “buenas tardes”, desapareció casi sin que la viera.

Allí me quedé una vez más en esta extraña ciudad, sin saber qué hacer ni qué pensar. Todo era sumamente atípico. No sé dónde terminaría llevándome todo aquello. Pero mi curiosidad, y también mi instinto, me dijo, tenía que ir a aquel hotel.

Mientras terminaba el cruasán y el café tan fuerte que podría haber revivido a un muerto, cerré los ojos y por un momento vi a José, como él me había escrito que haría en París. ¡No solo

a él, también pude ver a mi padre sonriéndome desde la arena de la playa de La Caleta y hasta a Antonia, diciéndome “cuídate chiquilla!

No sabía si estaba ocurriendo de verdad, o era todo un sueño del que me gustaría poder despertar y abrazar a mi querida Antonia de nuevo. Mi vida estaba cambiando tan rápido, que no sabía qué pensar. La realidad era tan inverosímil, que me hacía dudar de mi cordura.

Empecé a ponerme melancólica al recordar Gibraltar, mi casa, mi pobre padre... Tuve que salir a la calle a que me diera el aire, de otro modo me hubiera puesto a llorar allí mismo frente a las alegres personas del café.

Deambulé por las calles de París hasta que divisé un elegante carruaje y recordé que la señora del café me dijo que tomara un coche de caballos para ir al hotel anotado en el papel que me dio. Me acerqué al cochero, vestido casi como un caballero de un cuento, le mostré la dirección de donde quería ir, y con una amplia sonrisa me ayudó a subir al carruaje, acercándome al Hotel George V.

Al llegar al hotel, unos caballeros uniformados que recibían a los huéspedes, me ayudaron a descender del coche y me acompañaron a un salón lleno de elegantes sofás coloridos y lámparas de araña llenas de cristales brillantes que daban al lugar un ambiente exquisito.

Al verme perdida, mirando para todos lados, porque una vez más ni sabía qué hacía allí, en aquel elegante hotel, ni podía quitar ojo a las personas que se hallaban en el vestíbulo, vestidas como si hubieran salido de una película de Hollywood, un joven botones se me acercó.

Le dije que había recibido una nota para reunirme en el hotel con alguien y el joven sonrió:

—Un señor me ha dado unas monedas hace un rato para que le acompañe hasta la novena planta a una de nuestras suites. He de confesar que es usted más guapa aún de lo que el señor me ha dicho. Debe tenerla a usted en muy buena estima por la generosa propina que me ha dado.

Mi rostro enrojeció, cuando el joven con sonrisa pícara me indicó que le siguiera al ascensor. Aquella caja adornada de manera exquisita, nos subió al piso más alto del hotel, no sin que yo fuera apretando el pasamanos que había en una de las cortas paredes del habitáculo, porque la sensación de ir subiendo me aterraba. Al llegar al nivel nueve, un ding, indicó que estábamos en la planta solicitada y las puertas se abrieron. El muchacho me dio una llave con el número 999. Me guiñó un ojo y con una leve reverencia, se despidió perdiéndose de nuevo en aquel ascensor.

Empezaba a parecer una historia de terror. Qué sería lo que me esperaba detrás de aquella puerta. Caminaba despacio, clavando mis tacones en la suave moqueta del hotel, y temiendo encontrarme al señor Alfonso, ya que aquello parecía un lugar que encajaba con su estilo. Abrí la puerta. La habitación estaba a oscuras y olía a tabaco. El olor me resultaba familiar, pero no podía ser. Entre sombras pude ver la imagen de un hombre que cuando se giró hacia mí con dos copas de lo que parecía champán en la mano, ofreciéndome una a mí, me sonrió y dijo:

—Hola, querida Sonia.

Casi me caí allí mismo. No podía reaccionar. ¿Qué tipo de mala broma era aquello?, ¿O es que quizá estaba soñando?

Como no respondía, el caballero se acercó a mí, y cuando estaba a una distancia en la que no tenía ninguna duda de quién era, tuvo que sujetarme para que no me cayera, ya que sentí cómo mis piernas me fallaron al temblar con su presencia.

—¿¡José! ¿Pero qué es todo esto? —Me eché a llorar, no podía entender nada.

—Siéntate cariño y déjame que te explique.

—¿Pero qué ha ocurrido?, ¿por qué me has hecho creer que estabas muerto?, no sabes el miedo que he pasado. ¿Cómo has podido hacerme esto? Tuve que cruzar España con unos

desconocidos, muerta de miedo, sin poder fiarme de nadie, y aquí en París llevo días mirando a todas partes, creyendo que alguien me sigue y que me van a matar.

José me acercó a él y me besó en la frente como a una niña pequeña. Temblaba sin saber cómo reaccionar. No distinguía si estaba inmersa en un sueño o en la realidad. La vorágine de lo que experimentaba me sumía en una distorsión de la realidad, o tal vez no.

—José, necesito que me aclares muchas cosas. Llevo días sin entender nada. Te di por muerto, pensaba que el señor Allan y Alfonso te habían quitado del medio y que ahora venían a por mí. ¿Y cuéntame qué has hecho para tener todo ese dinero que hay en la casa? ¿En qué andas metido, eres otro criminal como ellos?

Según le iba hablando y recriminándole lo mal que me lo había hecho pasar, mi ira y dolor guardados durante los últimos días empezó a salir. Tenía ganas de golpearle, de devolverle toda la angustia que me había hecho vivir.

José se quedó mirándome como tratando de buscar mi perdón, ya que viéndome entendía todo por lo que había pasado.

—Sonia, lo siento mucho. Tuve que hacerlo así, de no hacerlo te aseguro que nos hubieran matado a los dos. No podía haberte dicho la verdad. Tenías que actuar como si yo estuviera muerto porque era el modo de protegerte.

Yo me eché a llorar, pero no permití que aquel hombre que ahora me resultaba un desconocido se acercara a mí a consolarme. Primero necesitaba entender muchas cosas.

—Siéntate Sonia, he pedido una tetera para compartir contigo y tener el tiempo de explicarte todo este torbellino.

Tomé asiento en uno de los sillones de terciopelo de la habitación, me serví té en una exquisita taza con un borde dorado, y mientras el humo se alzaba del líquido caliente, me puse cómoda indicando a José que estaba preparada para escuchar lo que tenía que contarme.

—Ante todo quiero pedirte perdón por haberte forzado a hacer este viaje sola, pero créeme, tenía que ser así. Debía asegurarme de que no nos seguían y que creían que realmente yo estaba muerto. Y eso que me cuentas que en París has tenido la sensación de que te seguían, ha sido verdad. Te he vigilado todo el rato, asegurándome de que Alfonso y sus secuaces no nos hubieran seguido en ningún momento.

—¿De qué me estás hablando José? ¿En qué andas metido? Creía que pertenecías al cuerpo de los Carabineros, que quiero recordarte, lo deben estar pasando fatal, ya que como defensores en su mayoría del gobierno republicano español, los rebeldes no están teniendo piedad con ellos.

—Soy Carabinero, orgulloso de haber ayudado a mi país a detener a muchos que han querido vivir bien, llevándose todo lo que han podido y sin dar nada a cambio. Pero... también soy un agente de los Servicios de Inteligencia Británicos, lo mismo que lo son John o Vicente, que tanto te han ayudado, porque considero, tengo que defender a mi país de los alemanes. Con respecto al dinero que te dejé enterrado en España, o el que ahora tienes en el apartamento, es el pago por mis servicios, para que pueda seguir ayudando a que no se den alzamientos en Europa como el de España y las gentes puedan vivir en paz.

Yo le miraba con cara de incrédula, aquellos manejos políticos nunca me habían interesado, pero José siguió explicándome.

—Los alemanes quieren romper el control de los ingleses sobre Gibraltar para asegurarse tener acceso naval al Mediterráneo y para ello les vendría bien un cambio de gobierno en España. Tú sabes que yo quiero que mi país mantenga los derechos que hemos adquirido con no poco esfuerzo durante el gobierno inestable de la república y que estoy dispuesto a todo para mantener

este gobierno que ahora corre peligro con la guerra que han iniciado en Marruecos las fuerzas nacionales. Por eso accedí a ser agente del Servicio Secreto Británico, porque hay un orden en el mundo que me gustaría mantener. Soy un hombre de ideales, que quiere un lugar mejor para mis hijos, —me miró directamente a los ojos —si algún día los tengo.

José dio un gran sorbo a un vaso de agua, mientras yo le escuchaba y miraba como si me estuviera contando una película, aunque en cierto modo lo que estaba escuchando me hacía entender muchas cosas que había vivido en el camino a Francia. Como que Vicente pretendía ser un pobre alcoholico, seguramente para poder ganarse la confianza de todos en Ronda y enterarse de las noticias de quien por allí circulaba. O de que probablemente el callado de Manolo, a su manera, también colaboraba con José en esto de parar los pies a ciertos movimientos. Además, sabía del espíritu de José. Su caballero azul quería que España fuera un país democrático, al igual que Gran Bretaña.

La historia que escuchaba de labios de José, tenía sentido, pero igualmente no hacía que el dolor y la rabia abandonaran mi cuerpo.

Tras tomar un trago de agua, José siguió contándome:

—Comprendo que no entiendas por qué colaboro con los británicos Sonia. Pero mi mayor interés es detener a esas personas que piensan de manera totalitaria y conservadora, sin permitir que un país avance. Has tenido la suerte de vivir en Gibraltar, un lugar tranquilo gracias a gente como yo, que nos dedicamos a parar los pies a los alemanes que más de una vez han intentado hacerse con el control del Estrecho. Los agentes infiltrados hemos frustrado ataques de agentes alemanes como Alfonso. Sí, entiendo que estés sorprendida Sonia. Pero tu antiguo jefe, Alfonso, no solo controla el contrabando de la zona, sino que es un informante para los nazis. De ahí su odio hacia mí y las ganas de verme muerto. Así que cuando un agente nuestro, un vasco que trabaja en los astilleros conduciendo camiones, interceptó un mensaje en el que confirmaban que iban a matarme, mis superiores y yo decidimos que lo mejor era desaparecer y hacer creer a todo el mundo que había muerto, incluso a ti. Si tú no lo hubieras creído, nos hubieran descubierto Sonia.

—Entonces, no te persiguen porque les reventabas el negocio del contrabando, si no por ser un agente de los servicios de inteligencia británicos.

—Se puede decir que por las dos cosas, pero sobre todo por la segunda. Ellos quieren controlar el mundo. Y ahora, con el levantamiento de los nacionales en España, las cosas se van a poner feas. Solo espero que nuestros agentes infiltrados puedan seguir haciendo su trabajo y manteniendo Gibraltar a salvo de esta gente. Ya ves que son asuntos mucho más delicados que el contrabando. Lo que quería Alfonso era evitar que destapara la red de agentes pro nazis que hay en la zona que colaboran con Alemania contra Gran Bretaña.

Me quedé pensativa, acordándome de todos los viajes a España que me encargaron el Sr. Allan y Alfonso. Siempre había creído que les ayudaba con el tráfico del tabaco y a hacer negocio con las verduras. Creía que las notas que me daban contenían información sobre el negocio. Pero después de la historia que había oído de boca de José y las buenas propinas que siempre me daban, creo empecé a ver claro que me usaron para algo más.

—Entonces, yo no era solo la persona que les ayudaba a pasar tabaco. Supongo que las notas que me hacían entregar o las que les llevaba de vuelta desde España contenían información más delicada de lo que yo nunca sospeché.

José enarcó sus cejas, como tratando de validar lo que yo me imaginé. En ese momento entendí ciertas cosas de aquella vida, de ir y venir, de quedar en cafés para entregar o recibir

recados que había llevado en Gibraltar.

—Lo siento Sonia, pero como estás bien imaginando, para ellos la labor más grande que les hacías no era introducir tabaco en La Línea, era llevar información que les servía para pasar a los alemanes. Te convertiste en una pieza clave de todo su juego. Sabías cómo hablar, cómo moverte, te adaptabas a los ricachones, pero también te metías en el bolsillo, a los carabineros y a todo el que se te cruzaba con tu encanto, y con esa belleza tuya única.

La idea era hacer creer a los carabineros que transportabas contrabando, así te cuidaban, porque muchos reciben sus coimas mirando para otro lado, para completar sus salarios míseros. Pero en realidad lo importante siempre ha sido la información que llevabas sobre submarinos, sabotajes...

Me sonrojé. José ejercía ese poder sobre mí. Con su mirada penetraba en mí, en mi cuerpo y en mi mente. Hizo que me estremeciera cuando habló de mis cualidades, he de confesar.

—Te estaban entrenando sin tu saberlo para ser una reina de corazones. Te habían empezado a introducir en la alta sociedad porque con tus encantos fácilmente hubieras podido obtener la información que ellos buscaban para pasar a los nazis.

Me quedé sin palabras. El puzzle cuadraba en mi cabeza, pero, aun así, aunque aquellas noticias me ayudaran a ver lo que había vivido, no me resultaba fácil de aceptar. ¿Sería entonces una pieza más ahora en el juego de José y los de su bando?

No sabía qué decir, aquello era mucha información para mí. Me sentía confusa. Ya no sabía quiénes habían sido personas de verdad en mi vida, o quiénes habían sido parte de todo ese juego.

José pareció adivinar mi preocupación. No debía de ser difícil de descifrar lo que ocupaba mi mente, porque me quedé allí paralizada, tratando de rememorar las personas que había conocido, y buscando algo extraño en sus comportamientos.

—Sé que ahora no puedes fiarte de nadie. Te sientes defraudada. Todos sabían el papel que jugabas menos tú, y eso no es justo. Los demás, hemos sabido que éramos parte de este juego, cada uno defendiendo su bando.

Yo seguía en mis pensamientos. Era consciente de que mientras viví en La Caleta, estuve a salvo de este tipo de gente. Mi padre, sus compañeros de oficio o los de la taberna, seguro ninguno estaba metido en estas cosas. Eran todas personas sencillas, luchando por subsistir y tener una vida pacífica.

—Veo en tu rostro que estás tratando de averiguar qué personas a tu alrededor pertenecen a los servicios secretos de un bando o de otro. Pero ahora ya da igual Sonia, lo importante es que nunca has estado sola, tenías una buena hada madrina que no hubiera permitido que nada te ocurriera.

Entonces sí me quedé perpleja. Si hablaba de hadas madrinas, el círculo se reducía.

—¿Me estás diciendo que Anna era una agente?, ¿qué sabía todo lo que su yerno se traía entre manos?

—La señora Anna, es una de nuestras mejores bazas. Al ser la madre política de un agente para Alemania, nunca sospecharon nada de ella. Ni Allan ni Alfonso lo hubieran imaginado nunca, y tú estabas siempre protegida por ella, porque así se lo prometió a Antonia.

—No me vas a decir ahora que Antonia también era una agente. —Me alteré.

—No, Antonia no era ninguna agente, solo una gran amiga de Anna a la que alguna vez le hacía favores, y esta se los devolvía, como por ejemplo siendo tu mentora cuando llegaste al town.

Sentí un pequeño alivio sabiendo que mi querida Antonia nada tenía que ver con ese mundo de enredos, pero seguía perdida en una neblina de dudas, por la vida tan enmarañada en la que me había visto envuelta.

¿Y ahora qué iba a ser de mí? Había recibido demasiada información, yo no debería saber tanto, hubiera preferido continuar envuelta en mi ingenuidad, sin saber que había personas dispuestas a matar a otras para que su país aplastara a otro.

—No te preocupes Sonia. Estás a salvo. No te va a ocurrir nada. Has dejado todo atrás. Con ese propósito simulé mi muerte y me apresuré a sacarte de Gibraltar lo antes posible, asegurándome de que nada te afectara y pudieras abandonar ese mundo que no está diseñado para alguien como tú. Durante todo el trayecto, hemos mantenido un ojo sobre ti para verificar si te seguían, y en Ronda nos deshicimos de los últimos agentes que te acechaban. El revisor del tren de Jimena a Ronda les dio el soplo por unas monedas y dieron contigo. Pero desde que estuviste con el grupo de estudiantes del Grand Tour con los que te dejó Vicente, no ha habido nadie que te haya perseguido. —Vi cómo antes de continuar José sonrió.

—Y por supuesto nadie te siguió en tu espectacular huida desde España a Francia. Tu idea de cruzar de un país a otro en un barco pesquero, fue magnífica. Ni a nosotros se nos había ocurrido. Teníamos calculado que atravesaras la frontera entre los montes, como la mayoría de las personas que están estos días escapando de los nacionales. Teníamos ya todo preparado para que tu grupo vadeara la frontera con un mugalari³ que os llevaría al otro lado de las montañas. Pero tu idea de hacerlo por mar, ha sido digna de una de nuestros mejores agentes. —Me miró de nuevo con esos ojos llenos de fuego, con ansias de tenerme y prosiguió. —Y aquí en París te hemos vigilado todo el tiempo, y no ha habido nadie que se haya acercado al apartamento en ningún momento. Nadie sabe que estás aquí.

—¿Cómo? ¿Me habéis vigilado? ¿Quién me ha vigilado? ¿Has sido tú quien has estado cerca de mí todo el camino? Y por lo que me cuentas, alguno de los chicos del Grand Tour también es un infiltrado vuestro. ¿Cómo he podido estar tan ciega? ¿Y tú cómo has podido ser tan cruel? Todo este tiempo en París dándote por muerto, y ¿no has aparecido para que pudiera estar tranquila?

Necesitaba que supiera lo mal que lo había pasado, lo mucho que me había dolido su supuesta muerte y lo perdida que me había sentido cuando desapareció de repente de mi vida.

—Sabes, durante el viaje por España, en ningún momento perdí la esperanza por verte vivo, era como que algo me decía que seguías con vida, que te habías escapado escondiéndote de esos sinvergüenzas. Todo estaba demasiado bien organizado, era como si tú fueras dos pasos por delante de mí. Pero al no encontrarte en el apartamento aquí en París, me vine abajo, mis esperanzas desaparecieron, ya no tenía nada más a qué agarrarme y perdí hasta las ganas de vivir. Estuve un día entero llorando, sin ser capaz de moverme del sillón, hasta que las ganas por ver a mi madre me sacaron de mi miseria. Pensé que ahora estoy mucho más cerca de Gran Bretaña, y que con el dinero que hay en los cajones puedo viajar a Londres e intentar localizarla.

José no dejaba de contemplarme mientras hablaba. Su mirada, igual que aquella del día en que nos conocimos, reflejaba una pureza y ternura que me fascinaron.

Rompí a llorar. Había intentado mantenerme fría, reprochar a José su falta de tacto conmigo, pero no podía. Me encontraba sola en la vida, y él era mi único pilar; además, lo amaba. Aunque las explicaciones sobre su farsa de muerte y el viaje a través de España con un grupo de jóvenes estudiantes me desconcertaban, comprendí que todo lo había tramado con la intención de protegerme. La verdad era que en ningún momento estuvo lejos de mí, como yo había sentido

tantas veces durante el trayecto. No había permitido que nada me pasara y en todo momento se mantuvo cerca ayudándome a llegar a París.

Y ahora José debía mantenerse muerto, y yo, desaparecida. Los dos teníamos una identidad diferente para poder empezar otra vida sin que los agentes nazis nos pudieran encontrar.

José seguía mirándome, buscando mi perdón y recuperar mi amor.

Bajé todas mis defensas, anhelando olvidar las tensiones vividas en aquel complicado viaje. En ese momento, José se acercó a mí, y sin pensarlo, me envolvió en un cálido abrazo. Descansé por fin al apoyar mi cabeza en su pecho, y su aroma penetró en mí como un bálsamo reconfortante. A pesar de sentir una mezcla de emociones, la necesidad de alejarme de él debido a las penas que había enfrentado y el dolor que me causó al hacerme creer que estaba muerto, no pude resistirme. Sus palabras dulces y su mirada protectora hicieron que mi enojo se desvaneciera, cayéndome rendida entre sus brazos. Me dejé llevar por el dulce beso con el que iniciamos una noche de entrega mutua, como lo hicimos por primera vez en Gibraltar. Todo lo que había pasado se desvaneció en ese momento, y solo importaba estar juntos en aquel hotel de París, dispuestos a entregarnos el uno al otro una vez más.

El mundo desapareció a nuestro alrededor, y en ese instante, solo existíamos José y yo. Lo vivido quedó en un segundo plano, el dolor se desvaneció como si nunca hubiera existido, y cada caricia y cada beso que compartimos, nos sumergió el uno en el otro, sin temor, sin reservas. Nuestras almas se entrelazaron en una danza apasionada y desenfrenada. Tenía una necesidad imperiosa de él, y José ardía en un hambre incontrolable por mí. La noche se volvió eterna, y entre susurros y suspiros, nos perdimos en nuestras ansias de entregarnos por completo.

Cada instante fue un regalo compartido, sin prisa, sin pausa. Los latidos de nuestros corazones se sincronizaron, y el tiempo pareció detenerse para darnos espacio a vivir ese amor intenso y profundo. Cada roce, cada mirada, cada palabra, nos llevaba a explorar los rincones más íntimos de nuestras almas. Nos amamos sin límites, con la certeza de que ese momento era único y mágico.

El amanecer se acercaba tímidamente, pero ninguno de los dos deseaba que la magia se desvaneciera. Los dos necesitábamos de la intimidad, los dos habíamos sufrido, y aquella declaración de amor sirvió para decir adiós a nuestras anteriores vidas y abrirnos a una nueva vida en París, donde solo estaríamos José y yo. El contrabando, las escuchas, el pasar información... quedó atrás. Ahora era nuestro turno para vivir.

³ Mugalari: persona que ayudaba a cruzar la frontera de España a Francia.

15. Soledad

Tras una noche llena de pasión despertamos los dos cuando ya el día estaba avanzado, pero nos permitimos seguir disfrutando el uno del otro, no como en nuestra primera vez en Gibraltar, en la que tuvimos que escabullirnos del hotel de manera furtiva para no ser vistos juntos.

Ahora todo daba igual, estábamos solos, José y yo. O más bien, Michelle y María. Eran los nombres que ahora nos pertenecían. Y junto a esos nombres, no solo surgieron nuevos documentos, sino también nuevas identidades. Debíamos aprender a encarnar esos personajes; yo, la hija de un comerciante argentino que hace años emigró a Gran Bretaña y que, tras un encuentro inesperado con Michelle, un apasionado francés originario del Sur, había encontrado su refugio en la cautivadora París durante mi viaje de estudiante por España.

Mi nueva identidad me daba espacio para aprender francés. José, por su parte, se dedicaba a perfeccionar su dicción, puliendo su francés ya correcto, fundiéndose con la fluidez de un nativo del Sur de Francia, evitando así levantar sospechas.

Así, en la urdimbre de nuestras nuevas identidades, comenzamos una existencia con una rutina apacible y llena de momentos cotidianos, en la que París se convirtió en escenario de nuestra historia de amor.

Nos despertábamos y juntos compartíamos un café que siempre preparaba José, ya que yo no estaba acostumbrada a esos cafés tan negros y tan fuertes. Mientras él disponía la mesa, yo miraba por la ventana la vida de la ciudad pensando muchas veces en Gibraltar, en mi padre y en sí algún día volvería a ver a mi madre. Hasta que el aroma a café recién hecho me hacía despertar a la nueva vida que estábamos construyendo juntos en París, lejos del mar Mediterráneo que me había visto crecer y apartada de lo que me resultaba familiar.

En casa la vida era fácil entre las caricias y las atenciones de José. Vivíamos en una especie de luna de miel continúa, sin tener que preocuparnos por lo que ocurría fuera, porque al contrario que en España, en París, todo el ambiente político parecía tranquilo. Pero en la calle las cosas eran diferentes, tenía que aprender a ser María, dejar atrás incluso mis maneras de moverme, para esconder quién realmente era, la hija de un pescador de La Caleta.

José no parecía tener problemas para jugar a ser un francés del sur, los servicios de inteligencia británicos lo habían entrenado para adaptarse a diferentes personajes y parecía disfrutar de su nueva identidad cuando los vecinos empezaron a reconocerlo y saludarlo por su nombre. Aquello le daba un sentido de pertenencia que me decía necesitaba.

En realidad los dos precisábamos pertenecer a un lugar, los dos habíamos dejado nuestros arraigos atrás y anhelábamos encontrar dónde anclarnos y sentirnos seguros. Muchas veces hablábamos de ir a vivir a Gran Bretaña e intentar buscar a mi madre, pero José me decía que ya llegaría el día en el que lo haríamos. Mientras, disfrutábamos de la ciudad del amor.

Nuestros días transcurrían conociendo París. Cada día nos perdíamos por diferentes calles, enamorándonos un poco más de esa ciudad y planteándonos echar raíces allí. Soñábamos con

formar una familia y envejecer juntos cogidos de la mano paseando al lado del río Sena. Con ganas de tener una nueva vida, encontré un pequeño trabajo como asistente en una librería cerca de casa, donde José solía ir a comprar el periódico. Era una tiendita pequeña con un gran escaparate por el que miraba a la calle viendo pasar a la gente cuando no estaba leyendo. Tener entre mis manos tantos libros hizo que cada día mi francés fluyera con más naturalidad.

La amabilidad de Rose, la dueña de la librería, quien me recordaba a mi querida Antonia, me hacía sentir que tenía una vida. Porque muchas veces me ocurría, aunque no se lo decía a José para no preocuparle, que sentía que no pertenecía a ningún sitio, que vivía en un abismo del que no sabía si algún día podría salir. Cuando pensaba en mi madre, en mi pobre padre y en las personas que habían estado en mi vida mientras crecía, el vacío venía a mí, y cuando me daba cuenta trataba de sacudirme y mirar lo que tenía frente a mí, una nueva vida con la que siempre había soñado. Una existencia tranquila y serena, que me llenaba por completo ayudándome a dejar atrás las pérdidas de mi vida.

Es verdad que estaba lejos de aquellos días en Gibraltar saturados de un torbellino de emociones, e impregnados de un glamoroso encanto que me había hecho sentir viva como nunca antes. Pero al final la vorágine de las idas y venidas a España, las fiestas y reuniones con gente importante, cedieron ante el encanto de la cotidianidad. Era como si mi corazón se hubiera calmado en la sencillez del día a día junto a José. La incertidumbre de aquellos días cruzando España, los nervios a flor de piel cada vez que el Sr. Allan y Alfonso me encomendaban un trabajo, quedaban ahora lejos, diluidos ya en mi mente mientras disfrutaba de una vida confortable, y hogareña con José, a quien había empezado a percibir más nervioso cuando volvía de trabajar en la librería.

Estaba más callado, más metido en su mundo y sus muestras afectivas eran menos apasionadas. Lo encontraba distante, preocupado. Hablaba poco durante la cena y se pasaba el día leyendo *Le Figaro*, mientras yo escuchaba la música del transistor de radio *Le Mouzy* que José había comprado, mientras ojeaba *Le Petit Parisienne* para ponerme al día sobre moda o los chismes de la ciudad, pero sin ser bombardeada por los temas políticos que seguía José. Esta vez, mientras recogía los platos, le vi apuntando algo en una libreta según pasaba las hojas del periódico. Estaba concentrado buscando entre las páginas del diario y cada vez que parecía encontrar lo que buscaba, lo anotaba en las hojas llenas de garabatos. Al preguntarle por lo que hacía, su respuesta escueta fue que eran tonterías para entretenerse. Pero, seguía enfrascado en sus pensamientos, ausente.

Quise leer entre líneas, y ante mis dudas le pregunté:

—José, no será lo que me imagino. ¿Has vuelto a trabajar para el servicio secreto? Llevas unos días demasiado callado. Me tienes preocupada, te veo centrado en exceso en el periódico cada día, como si quisieras encontrar algo en él. ¿Por qué no damos un paseo, vamos al teatro y celebremos que pasaremos nuestra primera Navidad juntos?

—No, Sonia tranquila. Esas son cosas del pasado. Dejé esas actividades de espionaje porque quiero una vida contigo y estar de aquí allí no es compatible con una familia.

—Entonces, ¿qué es lo que te preocupa José?

Dejó el periódico y el lápiz sobre la mesa, y se levantó para abrazarme por la cintura mientras yo seguía fregando. Me dio un tierno beso en el cuello que me hizo estremecer y quiso saber qué obra de teatro quería ver.

Tenía ese poder sobre mí, con sus abrazos hacía que mis preocupaciones se desvanecieran y me sintiera segura sin importar lo que ocurriera a nuestro alrededor. Sus caricias, sus besos, eran

lo que necesitaba para apartar de mi mente cualquier preocupación.

—Estoy un poco en mis cosas porque estaba pensando en si debería darte tus regalos de Navidad ahora.

—Pero José faltan unos días. Yo todavía no he comprado el tuyo.

Desapareció en la habitación por un momento acercándose a mí con lo que parecía un vestido. Sabía siempre cómo sorprenderme y mimarme, lo que a mí me volvía loca y hacía que me olvidara de cualquier cosa que me diera vueltas en la cabeza.

—Ponte esto. Era tu regalo de esta Navidad, pero hoy es un buen día para estrenarlo. Apenas quedan cuatro días, y una salida al teatro es la ocasión perfecta para lucirlo.

Me sequé las manos en el trapo de algodón con el que secaba habitualmente los platos, y mis ojos debieron de mostrar el brillo de la alegría que aquel regalo me producía. Sin poder contener la emoción, me lancé a su cuello, y mis labios rozaron los suyos con un frugal beso, ya que corriendo fui a la habitación casi saltando como una niña pequeña a probarme su regalo.

El corte del vestido era sutil, esculpiendo mi figura con un toque de magia. Su simplicidad se entrelazaba con la esencia de la sofisticación, y podía percibir que cada detalle había sido cuidadosamente pensado. Pero lo que realmente lo hacía deslumbrante era su tela exquisita, como un sueño hecho realidad. Estaba segura, José lo había comprado en uno de esos ateliers de alta costura en los que siempre me quedaba embelesada admirando los escaparates.

—Estás preciosa Sonia, pareces una estrella de cine. Toma ponte esto que lo vas a necesitar para el frío de esta noche. Anda date la vuelta que te lo pongo.

Dios mío, era una estola de pelo, más hermosa incluso que aquella que la señora Anna me prestó la inolvidable noche en la que conocí a José en casa del Gobernador de Gibraltar.

—José eres un amor. Es todo precioso.

—Tú eres preciosa. Anda vamos a que todo París admire lo que brillas. Y que sepas que la noche aún no ha terminado, tengo aquí conmigo una sorpresa que quiero mostrarte después de la obra.

Mis ojos le suplicaron como los de una niña pequeña, pero él una vez más enarcó sus cejas marcando esa mirada que tanto me gustaba, y abrió la puerta para dirigirse a la calle.

—Vamos Sonia, el coche nos espera.

José me abrió la puerta del coche dándome paso, y los dos nos dirigimos al teatro, contentos por disfrutar una noche fuera en el glamour de París.

—Estás muy bonita, con un brillo especial esta noche.

Le miré sonriendo mientras me asía de la mano en el asiento trasero del coche, como tratando de transmitirme que siempre me iba a cuidar.

La noche en París era un bálsamo. Circular por las calles llenas de luces y personas que volvían a sus casas o acudían a algún café o teatro era magnético para mí. La ciudad era toda vida, incluso de noche.

La Navidad se olía en el ambiente y en las luces que colgaban de los escaparates de las tiendas y en las entradas de los edificios más importantes.

El coche se paró frente al *Theatre du Paris*, donde íbamos a ver *La Fessée* con Robert Tournier. El teatro estaba repleto. Las mujeres colgadas de los brazos de los hombres lucían todas hermosas vestimentas, y yo, con mi vestido y estola recién estrenados, me mimetizaba en

aquella elegancia parisina.

Miré a José dándole las gracias por el magnífico regalo, y él me miró con ternura y amor infinito, con unos ojos en los que podía ver mi reflejo feliz. José me quería y eso era todo para mí.

Al finalizar la obra de la que los dos disfrutamos mucho, en la salida del teatro se arremolinaba la gente que se conocía y quería charlar y contarse lo que iban a hacer los próximos días de Navidad. Aquel momento era el esperado por las damas para lucir sus galas frente a sus amistades, y el que los hombres aprovechaban para hablar de sus negocios.

En medio del bullicio de la multitud, José y yo nos abrimos paso hasta encontrar un respiro en la fresca noche parisina para buscar un coche que nos llevara de vuelta a casa. Al echarme la estola por encima de los hombros, esta se enredó en los pendientes de una desconocida, y en ese instante, perdí por un breve momento la mano de José.

En el aire se coló un estruendo repentino, y los gritos de la gente inundaron nuestros oídos.

Con la estola ya sobre mis hombros me giré hacia la calle y vi cómo un coche aceleró perdiéndose a lo lejos, mientras la gente comenzaba a arremolinarse frente a un hombre caído.

—¡Noooo! José no por favor, no.

Me derrumbé encima de él. Apoyé mi cabeza sobre su pecho como siempre hacía, pero su corazón ya no latía.

—¡Nooo!

Del bolsillo de su abrigo vi sobresalir un sobre, el cual cogí con disimulo acordándome que antes de salir de casa me había dicho que tenía una sorpresa para mí, señalando su bolsillo. Por un momento pensé que podía ser un anillo de pedida. Fuera lo que fuera, tenía la intención de coger ese sobre y mirar sus bolsillos antes de que la policía lo hiciera. A pesar del dolor que ardía en mí, mi mente todavía era capaz de pensar rápido, sabía que aquello no pintaba bien y que con probabilidad sus asesinos eran los agentes que trabajaban para los alemanes que ya lo persiguieron en Gibraltar.

Mi vida se detuvo de nuevo en las calles de París. Las personas allí presentes trataban de hablarme, de confortarme, pero yo era incapaz de escuchar lo que ocurría alrededor de mí. Estaba allí sujetando la cabeza de José que yacía con un gesto de paz. Cerré sus ojos que parecían buscarme y le di un último beso en la frente. Esta vez sí, la vida me había arrebatado a mi amor, me había despojado de mi futuro y mis sueños. Una vez más me quedaba sola en este mundo.

La policía me interrogó, lo mismo que a varias personas que estábamos allí en la salida del teatro, pero en realidad a nadie nos había dado tiempo de ver nada, solo un coche que se escapó en la oscuridad de la noche.

Se llevaron el cuerpo de Michelle para ellos, y yo me despedí de José, de mi amor, y del padre, de la criatura que llevaba en mi vientre.

Volví a casa y de nuevo me derrumbé en el sillón orejero que me había arropado cuando llegué a París. Era la segunda vez que lloraba a José, pero esta vez no me quedaba ninguna duda, había muerto delante de mí y nunca más volvería a tenerlo.

El dolor que sentía era tan grande que no pude seguir llorando, y acordándome de la nota que había sacado del bolsillo del abrigo de José mientras yacía muerto en la calle, cerré las cortinas de la ventana para evitar que nadie me viera lo que hacía, la saqué de mi bolso y me dispuse a leerla.

Mis manos temblaron al leer el nombre de Hannah con un apellido que desconocía y una

dirección en Londres. Parecía que José había encontrado a mi madre y esa era la sorpresa que tenía guardada para mí. Yo no pude hablarle de la que yo venía callándome para él. Me encontraba en cinta de dos pérdidas. Era el regalo que reservaba para José para esas Navidades que tanto deseábamos celebrar. Sin embargo, ahora iba a ser la madre del bebé póstumo de José.

Me sentía rota con un agujero y vacío en mí como el que jamás había experimentado. Pero aquel papel con el nombre de mi madre y su posible dirección me insuflaron a la vez un trocito de esperanza a la que decidí aferrarme. Siempre quise encontrar a mi madre, y José había dado con su dirección, quizá puso su vida en riesgo solo para encontrarla utilizando sus contactos. Fuera lo que fuera, ahora sí sabía dónde buscarla.

Me lavé la cara y bebí agua intentando tranquilizarme. No podía cambiar lo que había ocurrido, pero tenía que tratar de estar tranquila por el bebé que llevaba dentro de mí. Por él también pensaba luchar, encontrar respuestas a mi vida y empezaría buscando a mi madre. Pero primero quería averiguar qué era lo que José estaba haciendo las semanas anteriores a su muerte. Llevaba unos días notándolo intranquilo. Había salido mucho menos a la calle y estaba demasiado enfrascado en el periódico.

Empezaría por intentar descifrar lo que venía en su bloc de notas, ese donde apuntaba lo que encontraba en el diario *Le Figaro*.

Tendría que armarme de paciencia para descifrar las anotaciones de José, pero no pensaba hacer otra cosa. Había mandado nota a Rose diciendo que en unos días no iría a la librería, que no me sentía con fuerzas de estar con gente. Rose lo entendería, aunque tenía claro que trataría de ponerse en contacto conmigo, por lo que en algún momento me pasaría a saludarla. Pero, lo primero era tratar de averiguar lo que había descubierto José en el *Le Figaro*.

La libreta estaba dividida en dos. Contenía anotaciones en la parte del comienzo, y otras en las páginas del final. Sabía que José había tratado de descifrar mensajes en el periódico, y ahora era mi turno para interpretar lo que él había encontrado.

Entre las primeras páginas hallé un petit bleu⁴. Desconocía a quién estaba dirigido, pero el mensaje era claro: “Me siguen, SOS. El Carabinero”.

Pobre José, debió de llevar sus últimos días con total angustia, sin compartir conmigo su preocupación para no alarmarme. Había descubierto que le seguían y prefirió no asustarme. Siempre protegiéndome, hasta el último suspiro de su vida.

Estaría bien saber quién le seguía porque yo podría correr su misma suerte, aunque creo que de ser así, José me hubiera advertido. Tenía que averiguar qué querían decir aquellas anotaciones y sobre todo tenía que irme de París, aquel ya no era un lugar seguro para mí.

⁴ Petit bleu: era el papel característico de los telegramas en Francia.

16. Londres

La policía me entregó el cuerpo de Michelle diciéndome que no tenían pruebas de quién podía haberlo matado ni por qué. Era un hombre sin antecedentes, con una vida simple y no entendían qué pudo pasar, con lo que cerraron el caso sin más investigaciones. Me dieron el pésame y me dejaron sola en la funeraria con el cuerpo del que había sido mi amor.

La verdad era que no sabía si creerles, o si conocían la verdadera identidad de Michelle y me ocultaban algo, pero eso ahora ya no importaba. Habían matado a José; quien fuera que lo asesinará, sabía lo que se hacía y lo quería quitar del medio, y yo, debía hacer lo mismo, desaparecer. Nada más me sujetaba a París.

No tenía un lugar al que pertenecer, ni a nadie esperándome en ningún lugar, pero en Londres intentaría encontrar a mi madre y llenar esos vacíos tan grandes con los que crecí, extrañándola a cada momento.

Arreglé el entierro con la funeraria donde se encargaron de todo y dieron sepultura a José en el cementerio de Père Lachaise, al otro lado del río Sena, cerca del barrio donde compartimos vida durante apenas cuatro meses como una pareja de enamorados. “Bye my love, your beloved María and baby”⁵, mandé escribir en su tumba. Seguí interpretando nuestras nuevas identidades, incluso estando José muerto, no me podía arriesgar. No sabía si me observaban ni quienes lo harían. Además, qué importaban los nombres, en aquel cementerio dejé un pedazo de mí.

Después del entierro en el que solo una persona de la funeraria y yo estuvimos presentes, regresé a casa sumida en una profunda tristeza por la soledad que sentía. Las lágrimas inundaban mi rostro, y mis ojos estaban tan hinchados que apenas podía ver qué ocurría a mi alrededor, pero sospechaba que alguien observaba cada uno de mis movimientos.

Una vez en casa me metí en la cama, tapándome al igual que hacía de pequeña con las mantas, tratando de protegerme o de olvidarme de lo que ocurría en el mundo exterior. Pasé una noche oscura, donde la ausencia de José en la cama era insoportable. El peso de su pérdida me envolvía no dejándome dormir, hasta que el cansancio fue mayor que mi dolor.

La falta del aroma del café con el que cada mañana José me despertaba se convirtió en una aguda ausencia que me sumió en una angustia tan densa que me impedía siquiera abandonar la cama. Me enclaustré en aquel apartamento, manteniendo todas las ventanas cerradas, como si quisiera sellar mi mundo de cualquier atisbo de luz. Sin embargo, la oscuridad parecía aumentar mi dolor en lugar de mitigarlo. Cada rincón de la habitación, cada sombra, se unía al eco de su ausencia, haciendo que mi soledad fuera más profunda y desgarradora.

No sé cuánto estuve escondiéndome del mundo. Perdí la noción del tiempo entre las paredes de la casa. No quería que la luz me despertara de mi letargo, porque no sabía si iba a ser capaz de soportar la vida.

Había oscurecido cuando escuché llamar a la puerta. Mi llanto se cortó en seco. No sabía qué hacer, el miedo se apoderó de mí, así que me quedé quieta, apagué la luz y esperé a que quien

estuviera al otro lado de la puerta, se marchara. Pero quienquiera que fuera, insistió y me llamó por mi nombre.

—María, abre la puerta por favor.

Reconocí la voz de Rose y abrí con prisa. Me arrojé en sus brazos con tal ímpetu que casi la desequilibré, sin ni siquiera permitirle entregarme el regalo que traía consigo. Después de liberarla y secar mis lágrimas, mis ojos se encontraron con el contenido de la cazuela que sostenía en su bolsa, acompañada de unas verduras frescas y unos cruasanes recién horneados que tanto me gustaban.

—Tienes que comer. No puedes continuar así. Llevas dos días aquí encerrada. ¿Sabes que hoy es Navidad? Te voy a calentar esta sopa, tú mientras aséate por favor, necesitas volver a la vida.

Aquella mujer quería cuidar de mí, me daba su amor y su apoyo de manera generosa. Pero al mismo tiempo, cuando pronunció la palabra Navidad, mi interior se rasgó al recordar mi última conversación con José. Él me dio mis regalos antes de Navidad porque temía que algo le pudiera pasar. Lo que descubrió le hizo anticipar su final, y no sabía si yo ahora podría averiguar qué fue. Rose llamó a la puerta justo en un momento muy oscuro en el que estaba decidiendo no luchar por vivir. Pero aquella señora me obligó a ver la luz y a alimentarme para seguir viviendo. Me avergoncé por un momento de mí misma, porque había pensado solo en mí, en mi dolor, sin considerar la vida que llevaba dentro de mí.

Una vez comí lo que Rose me trajo, sujetó mis manos entre las suyas, me miró a los ojos, y me dijo:

—Siempre vamos a cuidar de ti, Sonia.

Me quedé perpleja. Conocía mi verdadera identidad. Me iba a volver loca, ¿qué era todo aquello? Rose, se percató de mi confusión y sin soltarme las manos y con voz dulce me dijo:

—José sabía que lo seguían, me lo había dicho, lo mismo que me pidió que si algo le ocurría, te ayudara a llegar a Londres, y así haré.

La miré perpleja, una vez más sentía que manejaban mi vida.

—Sé que lo estás pasando mal y que José te hace falta, pero tienes que seguir viviendo, es lo que él hubiera querido.

—¿Sabes qué es lo que buscaba en el periódico cada día Rose?

—Quiero que sepas que José te adoraba y que por ti quiso dejar todo este mundo subterráneo. Por primera vez en su vida, su patria quedó en segundo lugar. Él comenzó a leer el periódico para entretenerse y mantenerse informado de lo que ocurría en el mundo, pero empezó a descubrir mensajes en clave. Tenía muy buen ojo para esas cosas. No podía quedarse quieto y no hacer nada ante lo que había descubierto, entonces acudió a mí, para comunicarme sobre un sabotaje por parte de los alemanes que gracias a José pudimos detener. Pero ayudándonos de nuevo, se expuso. Envío un telegrama a la central haciendo saber a nuestros superiores que lo seguían, pero no pudieron protegerlo.

—Entonces mi vida corre peligro, vendrán a por mí.

—No, Sonia, no corres peligro, créeme, nunca te harán nada.

Miró hacia la ventana, como arrepentida de lo que me había dicho, encendió un cigarro y dio por terminada su explicación. Quise preguntarle por qué no me harían daño, pero ella siguió hablándome sobre la librería, el tiempo... y volvió a llamarme María, como si la conversación que había mantenido conmigo no hubiera ocurrido.

—Mañana vendré a buscarte para acompañarte a comprar el billete que te lleve a Londres. Ahora descansa.

Rose desapareció, y yo me acosté tratando de dar sentido a lo que últimamente venía ocurriendo en mi vida.

La luz del nuevo día me llamaba a la acción, a enfrentar mi debilidad, dejando de lado mis ganas de llorar y de vengarme del mundo. Amanecí con la fuerza que da la rabia, decidida a ser valiente y partir para Londres en busca de mi madre y llenar las ausencias del amor que nunca me dio. Mi vida como María quedaba allí, en aquel barrio de París donde tanto había disfrutado con José, dejando entre aquellas calles la vida que imaginamos tener.

Me acerqué a ver a Rose adelantándome a que ella llamara a mi casa, pero antes de llegar a la librería pude ver que la puerta estaba forzada. Alguien había roto el cristal y entrado en la tienda cerrada. Volví sobre mis pasos, no arriesgándome a ser vista allí y por miedo a lo que me pudiera encontrar.

Regresé a casa con el canguelo metido en el cuerpo, cuando la portera del edificio apareció dándome los buenos días y comunicándome que se me había caído el pañuelo de cuello cuando salí esa mañana. Lo inusual fue que me habló en un clarísimo castellano y fue afable conmigo, a diferencia de las otras veces que me la había encontrado. Me acerqué a ella a recoger la prenda que no recordaba haberme puesto, me guiñó un ojo y noté como me entregaba un papel escondido entre aquel pañuelo de seda.

Subí lo más rápido que pude las escaleras hasta el segundo piso y en cuanto entré en casa cerré dejando la llave puesta en la cerradura y arrastré un mueble hasta la puerta asegurándome de que nadie pudiera entrar.

¿Estaba perdiendo la cabeza? Podía ser, pero lo que sucedía a mi alrededor no me gustaba. A José lo asesinaron, no sé qué había pasado con Rose después de su visita la noche de Navidad, y la portera ahora parecía ser una más de toda esa red de espías.

Mi corazón latía tan rápido que hacía que me doliera el pecho y se me complicara respirar con tranquilidad. Cerré de nuevo las cortinas para que nadie pudiera verme desde fuera y saqué el papel que me había entregado la portera. Tuve que sentarme. Era la letra de José.

Sonia, si estás leyendo esto es porque ahora de verdad estoy muerto. No he podido luchar contra esos gigantes ni esconderme de ellos. Ante todo quiero que sepas que te amo, te he querido como a nadie en el mundo y mi mayor deseo hubiera sido formar una bonita familia contigo. Pero esta profesión oscura es muy egoísta, no te permite pertenecer a nadie más. Sé que te preguntas por qué entré en este mundo de espías. Como te conté quería mantener mi país caminando hacia la modernidad, no permitiendo que lo echen para atrás como está ocurriendo ahora con la guerra que ha provocado el levantamiento de los nacionales. Cuando accedí a poner la patria primero y olvidarme de mí, no tenía nada que me atara, ni nada que perder. Pero cuando apareciste tú las cosas fueron diferentes. Me enamoré de ti como nunca pensaba podría hacer, pusiste mi mundo boca arriba y tomé la decisión de ponerte como prioridad dejando atrás los asuntos de los servicios secretos. Mis jefes lo entendieron e incluso me ayudaron a planear mi muerte y ayudarte a ti a sacarte a Francia. Pero el otro bando no me quiere dejar en paz, temen que los delate, que los saque a la luz y no van a parar hasta terminar conmigo. Hace días que llevo siguiendo sus mensajes en clave en el periódico y sé que me han descubierto y que vienen a por mí. No sé cuánto tardarán en aniquilarme, pero

mientras, no he querido alertarte porque deseaba vivir mis últimos días contigo con la mayor normalidad posible. Necesitaba soñar por un momento que podía compartir el resto de mi vida junto a ti. Te amo.

Una cosa más, Sonia, he descubierto con quién se casó tu madre y a través de mis contactos me han conseguido la dirección a la que se fue a vivir cuando llegó a Londres. No he podido averiguar nada más, pero con esos datos darás con ella. Ten cuidado por favor, no olvides que las personas no son siempre lo que crees que son.

Con el dinero que hay en el apartamento puedes viajar a Londres y empezar una vida allí. Trata de ser feliz, de enterrar los submundos que has visto y de encontrar tu sitio. Nunca me olvides por favor. Te quiere, tuyo siempre, José.

Me quedé sin lágrimas. Era una despedida de la persona a la que ame con ardor en mis entrañas, y con quien soñé compartir mi vida. Sus palabras me confirmaban que me había amado, nunca fui parte del juego, me quiso proteger de todo el mundo oscuro en el que me había hundido en Gibraltar. Abracé mi vientre. Nunca iba a olvidar a José, le seguiría llevando conmigo siempre a través del hijo que esperaba de él. Tomé aire y aunque me fallaban las fuerzas, decidí continuar para poder marchar a Londres y buscar a mi madre, ahora que José había dado con su paradero.

Mientras guardaba las cosas y recogía los restos de la cena que compartí con Rose, las palabras de esa dulce mujer resonaban en mi mente cuando me dijo que yo no corría peligro porque no iban a permitir que nada me pasara. ¿Quién no lo iba a permitir? Había algo que se me escapaba, y no lograba averiguarlo, ya que de la libreta de José poco podía descifrar al estar los escritos en clave.

Como me aconsejó mi querida librera que no sabía si seguiría con vida, decidí irme de París lo antes posible.

Recorrí las calles hasta hallar una agencia de viajes que gestionó mi billete para un crucero que me llevaría desde Calais hasta Dover, y desde allí ya encontraría la manera de llegar a Londres.

Con la tarjeta de embarque en el bolso fui a casa a hacer el equipaje. Vacié cada cajón del apartamento, y recogí mis pertenencias. Me llevaba dos maletas con apenas ropa, solo dinero. Un capital que me serviría para empezar mi vida junto a mi bebé en Londres, lejos de las falsedades o verdades a medias.

Cuando terminaba de guardar mis cosas me percaté de que la libreta de José con todas sus anotaciones no estaba encima de la mesa donde él la tenía debajo del periódico. En la casa no parecía que nadie hubiera entrado, y tratando de hacer memoria, llegué a la conclusión de que Rose era la que se la había llevado en la bolsa donde me trajo la comida. Estaba claro que tenía que irme de allí y dejar atrás ese submundo. Nadie era quien pretendía ser.

El barco de French Line era el más grande que nunca había visto, relegaba a las pequeñas barcas de pescadores de La Caleta a meras naos de papel de juguete. Allí subimos cientos de personas, algunas viajábamos en cómodos camarotes, mientras otros parecía que correrían menos suerte haciendo el trayecto hacinados en la bodega del barco. Tardamos cuatro días en pisar tierra de nuevo en Dover, y cuando logré poner los pies en suelo firmé, pese a no ser religiosa, di gracias a Dios. El bamboleo continuo del barco, junto con mi estado de buena esperanza, me

habían hecho pasar los cuatro días tumbada en la estrecha cama de mi camarote sin apenas poder disfrutar de las cenas y los bailes del barco que tanto comentaban los viajeros al pisar Gran Bretaña.

Sin dejarme ver mucho entre aquella muchedumbre de pasajeros, me acerqué a uno de los coches que estaban estacionados en el puerto y pedí que me acercara al Grand Hotel, tal y como me habían recomendado en la agencia de París. Allí descansaría para poder proseguir mi viaje a Londres.

Por fin estaba en Gran Bretaña, en el país al que mi madre escapó cuando yo era pequeña, dejándonos a mi padre y a mí sumidos en la tristeza en nuestra humilde casa de La Caleta. Su repentina partida dejó a mi padre roto, tanto que nunca se pudo recomponer hasta que el alcohol en el que trató de refugiarse y ahogar sus penas, pasó factura en su viejo cuerpo.

Trataba de recordar la cara de mi madre, su olor... pero no podía. Su recuerdo se había ido desvaneciendo con el paso de los años y la rabia que había ido guardando en mi corazón por haber crecido abandonada, sin el amor de ella todavía habitaba en mí.

Esforzándome por recordar cómo era mi madre y sintiéndome reconfortada por el cada vez más cercano reencuentro, logré dormir y dejar atrás todo el malestar que los días en el barco habían producido en mi cuerpo. Una vez descansé y logré comer manteniendo en mi estómago lo ingerido, continué mi viaje hacia Londres.

Tomé de nuevo un tren como hice cuando crucé Francia. Esta vez desde Marine Station en Dover, hasta Londres. El trayecto a la capital fue corto y llegué antes de lo que me hubiera gustado. Pese haber soñado con este momento toda mi vida, el miedo se apoderó de mí. Las dudas con las que siempre había vivido, esos “mi madre no me quiere, por eso no viene a por mí, no querrá saber nada de mí, no merezco amor...” asaltaron mi mente, como siempre habían hecho desde que era pequeña, sin permitirme actuar para ir hacia su encuentro. Mis ansias de ver a la madre que nunca tuve, no pudieron ganar a todos esos miedos con los que había compartido mi vida y que en ese momento sentí que eran mucho más grandes que yo.

En ese instante, el deseo de tener a José a mi lado se volvió más ardiente que nunca. Él había sido mi confidente incuestionable, la fuerza que llenaba mi mundo y disipaba todas mis inseguridades. Fue gracias a él que logré obtener la dirección de mi madre, un gesto que ahora resonaba con una presencia ausente pero eterna. Aunque la realidad era que estaba sola con mis recuerdos, sentía que en cierto modo él me empujaba a seguir, quizá a través de su bebé que crecía dentro de mí.

Una vez en Londres, decidí que antes de visitar la dirección donde supuestamente parecía que vivía mi madre, según la información que José tenía en su bolsillo el día que falleció, encontraría un lugar donde vivir.

Para buscar una vivienda compré el periódico The London Gazette y en el mismo día que llegué a la capital encontré un pequeño apartamento en Westcombe Park Road, muy cerca del precioso parque de Greenwich y no lejos del río Támesis. Poder caminar cerca del agua, aunque fuera un río, al igual que en París, de alguna manera me mantenía atada a Gibraltar, mi hogar,

que ahora parecía tan lejano.

Me concedí el regreso a ser Sonia, la caleteña cuya madre encontró amor en un comerciante inglés, dejando atrás las carencias de la vida de los pescadores en La Caleta de Gibraltar.

Ansiaba alejarme de los asuntos de espionaje y ser simplemente yo, buscando una vida tranquila. Deseaba sepultar ese pasado al cual nunca debí acercarme, pero al que la vida me arrastró, al punto de que en mi vientre resguardaba el fruto de uno de esos agentes secretos.

Tardé unos días en recuperar fuerzas después del viaje en el barco en el que embarqué a los pocos días del asesinato de José. Mi cabeza bullía reviviendo pasajes de mi vida reciente como chica de los recados del Sr. Allan y de Alfonso, incluso mis momentos íntimos con José. Realmente me había querido. Siempre le había sentido muy cerca de mí, y según Rose él había dejado todo por mí, ¿pero su primer encuentro conmigo fue casual o fui una pieza que necesitaba para llegar a esos caraduras? Creo que nunca lo llegaría a saber, así que para poder dormir y que los pensamientos no me atormentaran más, decidí creer que el amor de José hacia mí fue siempre sincero, no quería seguir haciéndome más daño y tampoco quería que el bebé en camino creciera con ese dolor.

José me quiso, de hecho se preocupó de dejarme la vida económicamente solucionada. Por mucho que quisiera no podía guardarle ningún rencor, él había despertado en mí sentimientos que no sabía podía albergar y había conseguido que mi cuerpo siguiera su compás sin necesitar nada más.

Tras sentirme con más fuerza, decidí que necesitaba aire fresco y di un paseo bajo un cielo gris y lluvioso al que no estaba acostumbrada, acercándome a la que podía ser la casa de mi madre. Durante varios días merodeé por la dirección que José me dejó escrita con el nombre de mi madre. Caminé por la orilla del Támesis en repetidas ocasiones, tratando de sacar fuerzas para ir y tocar en la puerta de la calle Walton Place. Era un bonito barrio de casas pareadas, con escaleras de piedra y bonitas vidrieras. Pero el miedo al rechazo, me impedía acercarme a la puerta de la que nunca había visto salir a nadie, aunque se veía que la casa estaba habitada, ya que al atardecer a través de las cortinas de las ventanas podía vislumbrar las lámparas encendidas de lo que parecía el salón de la casa.

Pensando en el bebé de José que llevaba dentro de mí, y en que no quería estar sola, decidí acercarme a la puerta y presionar el timbre. Esperé un rato que me pareció una eternidad, hasta que tras un chasquido de la puerta, un caballero poco más joven que yo me dio las buenas tardes preguntándome en qué podía ayudarme.

Apenas pude hablar, mis piernas me fallaron y solo conseguí balbucear:

—Soy Sonia, he venido desde Gibraltar. Pregunto por Hannah.

El joven abrió más la puerta y me invitó a entrar, mientras me miraba con cara de asombro.

Me guio hasta una bonita habitación con un sillón de terciopelo claro y cortinas con flores en diferentes tonalidades de rosa y me pidió que tomara asiento.

—Soy Henry, me imagino que preguntas por mi madre, que era de Gibraltar y se llamaba Hannah.

¿Cómo que era? ¿Qué significaba aquello? Por un momento el mundo se oscureció, el impacto de aquella noticia me rasgó y me robó el aliento por unos minutos.

Cuando me recuperé del pequeño vahído que había sufrido por la impresión que sufrí con la noticia de que mi madre no estaba más en este mundo, abrí los ojos para ver que Henry me había traído un vaso de agua y una tetera con unas galletas.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? ¿De qué conocías a mi madre?

Me costaba hablar, eran muchas las emociones que acudían a mí en aquellos momentos. El tiempo parecía haberse detenido en mi mente mientras ojeaba las estanterías de la pequeña colorida habitación en las que pude ver fotos de mi madre, tal como la recordaba. Me acerqué a uno de los marcos, lo cogí, acaricié aquel rostro en el papel y no pude evitar llorar.

—Hannah era mi madre. Ella vino a Londres abandonándonos a mi padre y a mí cuando yo tenía solo seis años. —Mi rabia, se entremezclaba con el dolor de saber que nunca podría abrazar a aquella mujer que ya se había casi diluido en mi corazón.

—Entonces somos hermanos.

—Parece, pero al menos tú la habrás podido disfrutar más que yo.

—No, yo no la conocí. Al poco de llegar a Londres y tras nacer yo, mis padres murieron en un accidente de tráfico. Yo fui llevado con unos parientes de mi madre que acababan de venir de Gibraltar y han sido los encargados de criarme.

—Lo siento de verdad, no sé qué decir. Llevo toda la vida deseando volver a verla. Soñando con este momento, y esta noticia me ha quebrado en dos. Muchas veces, desde mi humilde habitación en La Caleta, en Gibraltar, cerraba los ojos recreando el momento en el que me reencontraría con ella, y he de confesar que ese anhelo es el que me ha mantenido con ganas de vivir. Pero al menos ahora, entiendo por qué nunca vino a por mí, no era que no quería saber de mí, era que murió casi antes de empezar a vivir. En cierta manera eso me alivia, aunque por nada del mundo esperaba encontrarme con estas nuevas.

Mis lágrimas volvieron a fluir, llevando consigo el dolor de encarar la cruda verdad de haber perdido a mis padres y a mi amado. Abrí los ojos a la realidad de estar lejos de lo que una vez llamé hogar, con la carga de un hijo que nunca conocería a su padre. La esperanza de encontrar a mi madre, que siempre me había mantenido de pie, se desvaneció en aquel instante, rompiendo mi corazón en mil pedazos y no sabía cómo lograría recomponerlo.

Mientras seguía absorta en mis cavilaciones, Henry continuó:

—La muerte de mis padres debió ser una noticia muy comentada, porque mis tíos tenían muchos recortes de periódico del accidente de coche. Pero a mí nunca nadie me dijo que tuviera ninguna hermana. De haberlo sabido al crecer hubiera ido a buscarte. Yo también he crecido solo. Mis tíos no me dieron ningún tipo de afecto. Desde el momento que pudieron me internaron en colegios privados y ahí pasaba todo el año, entre paredes de piedra y con otros niños que, igual que yo, eran privados del apego de sus padres, supuestamente a cambio de tener una buena educación que los encaminara en la vida a altos puestos de la sociedad Londinense. Al cumplir los 21 años me vine a vivir a esta casa que es la que mis padres me dejaron, y puntualmente me sigue llegando una asignación que según el abogado que abrió la herencia de mis padres, ellos lo dejaron así establecido.

Por un momento a Henry también se le entrecortaba la voz. Al igual que yo, parecía haber llevado una infancia con la falta del amor de sus padres y el vacío que eso deja. Yo, al menos, aunque no había vivido en la opulencia en la que se veía, él se había podido criar, había contado siempre con el amor de mi padre, que dentro de su dolor y a su manera, siempre estuvo para mí.

Pasé al menos un par de horas más en aquella casa, viendo las fotos que Henry guardaba de sus padres, tratando de aferrarse a ellas para llenar la falta de ellos que tenía. Le pedí una foto de Hannah para que su rostro no se borrara de mi mente, y me volví al piso que había alquilado en

Westcombe Park Road caminando a la poca luz de alguna farola y bajo la intensa lluvia de Londres.

Henry se había quedado tan sorprendido como yo con mi visita. Los dos habíamos crecido sin el amor de una familia, y accedí a su petición de visitarlo cada semana, ya que me dijo le gustaría tenerme como la hermana que realmente era. La verdad que la noticia con la que me había encontrado era impactante, mi madre falleció al poco de dejar Gibraltar. Nunca hubiera imaginado un trágico final para ella, pensaba que habría logrado una bonita vida en Gran Bretaña y que eso le había hecho olvidarse de mí. Aunque me dolía haberme encontrado con tal suceso, en cierta manera calmaba la rabia hacia ella que había albergado durante tantos años en los que su ausencia había marcado mi vida.

Dejé a Henry envuelto en su melancolía y caminé por las calles de Londres. No quería llegar a mi nueva casa, quería perderme en el mundo, pero no podía, tenía que luchar para darle una vida al bebé dentro de mí.

5 Bye my love, your beloved María and baby: adiós mi amor, tu amada María y tu bebé

17. Mi adiós

Esta parte de la historia termina aquí.

En Londres aprendí a ser Sonia, a aceptar mi vida y a encontrar un modo de sustento del que disfruté por años.

Creer en Gibraltar me había ayudado a hablar español con corrección y me convertí en profesora de esta lengua en un colegio privado de Londres.

Vi crecer a mi hija feliz, ajena al submundo de espías de mi última etapa en Gibraltar o París. Logré crear una vida sencilla que nos permitió disfrutar la una de la otra, y a sentirme orgullosa como madre de la maravillosa mujer en la que se convirtió mi hija, y de mí misma, por lo fuerte que fui consiguiendo dejar atrás el dolor que siempre me había producido el abandono de una madre, la muerte prematura de mi padre y la pérdida del padre de mi hija antes de que esta naciera.

La infancia de mi pequeña no fueron años fáciles, ya que el mundo estuvo envuelto en la Segunda Guerra Mundial. Churchill, nuestro primer ministro, se posicionó en contra de los alemanes primero y luego de Japón e Italia. Fue un período de tiempo convulso, en el que una vez más tuve que sobrevivir, puesto que los alimentos escaseaban en Londres e incluso el té que tanto me gustaba por las mañanas, fue un artículo de lujo. Pero conté siempre con Henry, que nos acogió en su casa, y mi niña creció con el amor de su tío, quien se convirtió en un pilar en nuestras vidas. Él fue nuestro apoyo, y nosotras fuimos una tabla de salvación para él que hasta ese momento había vivido sumido en la soledad de aquella bonita casa que le dejaron sus padres pero sin haber conocido nunca el amor.

El año que mi hija Diana, diosa de la luna, (nombre que le puse, ya que el día que nació desde la ventana podía ver cómo el astro extendía sus brazos plateados sobre Londres), se graduó como abogada, mi cuerpo cansado por las luchas internas de mi mente con las que conviví durante mi vida, se apagó.

Solo os voy a contar una cosa más que creo fue la que aceleró mi partida de este mundo en la mitad de mi vida en víspera de Navidad.

Después de que Diana y su novio Michael se graduaron en la universidad, se comprometieron y Henry les organizó una fiesta en casa. Así que salí en busca de un vestido para la ocasión. Disfruté del paseo al borde del Támesis recordando cuando llegué a Londres allá por el año 1937, después de haber perdido a mi amado en París. Visité diferentes tiendas de moda reviviendo mis tiempos de joven en Gibraltar cuando me quedaba mirando los escaparates soñando que algún día llevaría aquellas ropas.

Entré en una de las elegantes boutiques tras ver un vestido que me gustó y mi sorpresa fue tremenda. Allí estaba Rose, que ahora era dueña de un atelier de modas en lugar de la pequeña librería de París. La abracé, y antes de que pudiera decir nada me llevó al privado de la tienda, donde me dijo que ya no era más Rose sino Sarah. En un instante mis miedos de aquellos años de

espías volvieron a mí, pero a pesar de eso me alegré de verla porque nunca supe si seguía con vida después de haber visto la puerta de su librería forzada aquella mañana en París en la que salí a comprar el billete del barco que me traería a Londres.

Me preguntó por cómo me habían ido las cosas, por mi bebé... y tras contarle que nunca había rehecho mi vida sentimental, me tomó de la mano como hiciera en el pequeño apartamento de París.

—Sonia, siento mucho lo que tuviste que vivir. Llevo arrepentida toda mi vida por aquellos años de París.

Yo la miraba tratando de averiguar lo que me quería decir. Volvía a no entender nada.

Rose, ahora Sarah se sentó, ya estaba mayor y su voz empezó a temblar, mostrando un profundo dolor en sus ojos que, vidriosos, no arrancaban a llorar.

—Lo siento, lo siento. Nunca me voy a perdonar por lo que hice. No lo merecías, ni tú ni José. Traté de sujetarle la mano para calmarla, pero la retiró.

Se estiró la elegante falda de tubo que llevaba, que realzaba su espectacular figura pese a su edad, se secó los ojos con un pañuelo que sacó del pecho, debajo de su camisa, y prosiguió hablando.

—A José lo mataron por mi culpa.

En ese momento tuve que sentarme. Todos los recuerdos, los días de insomnio, de vacío al no encontrar a mi amado junto a mí en la cama, las noches en las que me preguntaba cómo iba a sacar adelante sola al bebé que llevaba dentro de mí, los tantos y tantos días en los que tuve que pelearme con mis pensamientos que me llevaban a desaparecer, mis miedos... volvieron a mí de golpe y empecé a notar cómo me faltaba el aire.

Rose, o aquella señora, fuese quien fuese, se debió de percatar de mi mal estar y se levantó, apareciendo medio minuto después con un vaso de agua para continuar contándome su versión de aquellos acontecimientos que partieron mi vida en dos.

—Lo siento Sonia, sé que nunca me lo vas a perdonar, y yo ya no puedo volver atrás y cambiar las cosas, si no te lo prometo, lo haría, porque tú has vivido atormentada, pero a mí la culpa me corroe cada día y no me deja tener ni medio minuto de paz.

Yo no hablé, ni podía, ni tampoco quería darle la oportunidad de que me consolara.

—En aquellos años yo era una agente doble. Pasaba información a los ingleses pero también a los alemanes. Y cuando José apareció por la librería contándome que había dejado de ser un agente secreto, pero que necesitabais integraros en la sociedad de París, pidiéndome que te contratara en la librería, yo avisé a los alemanes. El resto, ya lo sabes Sonia.

—Pero cómo pudiste, yo te tenía mucho aprecio, te quería casi como quise a Antonia, la mujer que me crio en Gibraltar, eras cariñosa conmigo, me ayudabas con mi francés... No lo entiendo.

—Te he de confesar que yo también te cogí aprecio. Pero ya era tarde, yo había pasado la información de donde vivía José antes de que entraras en la librería. Según te fui conociendo y me hablabas de tu vida con él, a mí misma me entraron ganas de dejar todo ese mundo de agentes secretos que ponen a sus países por encima de personas buenas como vosotros. Por eso te dije que nunca nada te pasaría, necesitaba que lo supieras, y por lo que veo así ha sido, te han cuidado.

—¿Quiénes me han cuidado? Y, por cierto, ¿dónde está la libreta de José? Fuiste tú quien la tomó de mi casa. Yo confiaba en ti. Viniste a verme cuando estaba destrozada, supuestamente con la intención de consolarme, cuando lo único que querías era llevarte la libreta de José para buscar, vete tú a saber, qué información.

—Perdóname Sonia, sé que no hay palabras para describir lo que hice, pero créeme que si pudiera volver atrás no lo haría de nuevo, porque José era una buena persona y merecía disfrutar de una vida lejos de este mundo loco en el que decidimos vivir cuando éramos jóvenes y nos dejamos llevar por nuestros ideales. Me llevé la libreta porque José descubrió que yo era una agente doble y todavía no lo había comunicado a sus superiores, y yo sabía que lo tendría que tener anotado en algún sitio para asegurarse de que sus jefes lo supieran en caso de que le pasara algo antes de delatarme. No podía permitir que vinieran a por mí. Y tú, con tu inocencia aquella noche de Navidad, me dijiste que José llevaba días raro antes de que lo asesinaran y que apuntaba cosas del periódico en una libreta que fácilmente vi, porque ni tú ni él la llegasteis a ocultar. Y por eso me la llevé, porque tenía que cuidarme. Pero si me la vas a pedir, he de decir que no la tengo. Cuando salí de tu casa fui derecha a la librería y la escondí allí, y como pudiste comprobar alguien entró a por ella aquella mañana. Por ello al saberme descubierta desaparecí. He estado muchos años viviendo en Australia, tratando de escapar de ambos lados, hasta que consideré que podría estar a salvo en Londres, donde nació. Volví hace unos años montando esta tiendita de ropa e intentando llevar una vida normal, aunque aquellos años siempre han estado atormentándome la cabeza.

Yo no podía hablar. Solo tenía ganas de gritar a aquella persona frente a mí, porque fui yo quien tuvo que vivir sin José y criar a Diana sola. A pesar de mi rabia y mi dolor, antes de levantarme e irme de allí, le pregunté por qué sabía que nunca nada me iba a pasar.

—Te voy a traer una tila, la vas a necesitar para escuchar lo que te voy a contar.

La miré incrédula, con ganas de irme de allí con un portazo y olvidarme de todo aquel encuentro que me estaba enterrando de nuevo en el pasado, pero no podía levantarme. Empecé a notar que el pecho me oprimía y me faltaba el aire, y no me atreví a moverme.

—Sabía que nunca te iba a pasar nada porque uno de los altos cargos del servicio secreto alemán no lo iba a permitir. En su momento trató de meterte en la organización a través de sus contactos en Gibraltar, que te ayudaron a sacar dinero con el contrabando y a que llevaras una vida cómoda. Pero es que además esa persona... esa persona era Hannah, tu madre.

En ese instante, me mareé y perdí el conocimiento por unos minutos. Sarah y su asistente en la tienda me ayudaron a levantarme y a refrescarme la cara y el cuello para recobrar la conciencia, aunque sinceramente no deseaba recobrarla. Todo aquello resultaba demasiado cruel de asimilar.

—Me estás diciendo que mi madre no está muerta, ¿qué ella y su marido no murieron en un accidente de coche cuando mi hermanastro Henry era un bebé?

Rose o Sarah, afirmó con la cabeza.

—Esto no puedo contárselo a Henry, el pobre no lo soportaría. Saber que ha crecido creyendo ser huérfano mientras que sus padres todavía viven lo destruiría. Además, no entendería nada sobre el mundo de los servicios secretos, el pobre es una buena persona, con una vida tranquila.

Aquella noticia fue tan dura, que secó mis lágrimas. Ya no había razón para sufrir por la muerte de mi madre. Había tenido la cobardía de abandonar a sus hijos, primero a mí, que me dejó con mi padre, y luego a Henry, al que desatendió sin importarle que estuviera solo. No le importamos nada, luego no merecía que yo derramara una lágrima más por ella. Pobre Jeffrey, mi padre que tanto la idealizó, no fue merecedor de semejante dolor.

Trataba de asimilar lo que Rose me había contado, de buscarle una explicación lógica, pero no la había. A Hannah, sus hijos, no le importamos lo más mínimo.

—¿Y sabes dónde está mi madre?, porque hace años que ya no estamos en guerra, podría haber

aparecido, haber sido más valiente y habernos contado a sus dos hijos que no le importamos en absoluto.

Mi rabia iba subiendo, me notaba agitada, tanto que incluso Rose me pidió que respirara y pensara en mi hija. Sabía dónde darme.

—Que yo sepa, una vez terminó la Guerra Civil en España, se fue allí cerca de Gibraltar. Tengo aquí un papel con su nombre para que puedas encontrarla si quieres. Llevo años queriéndotelo hacer llegar, pero no me atrevía y tampoco quería por nada del mundo que descubrieran donde estoy. Lo siento. Siento haber sido tan egoísta Sonia.

Le miré con furia directamente a los ojos, le arranqué el papel de la mano, me levanté y salí de la tienda. En la calle tuve que pararme y apoyarme en el tronco de un árbol porque no podía respirar. La poca energía que me quedaba la utilicé en mi último acto de orgullo, al salir de aquella tienda donde encontré a la que en París conocí como Rose.

Lo que descubrí era algo que nunca pude haber imaginado, y solo venía a rasgar, aún más, mi corazón que siempre había sufrido por las pérdidas de mi vida. Pero no me faltaba el aire solo por aquellas noticias, sino también porque Londres se había vuelto más oscuro de lo normal y lo cubría una nube de humo y olor a carbón quemado. Era invierno y las chimeneas parecían estar todas encendidas a una, lanzando al cielo ya gris, polvaredas de ceniza que oscurecían aún más la ciudad.

Una señorita que caminaba por allí me ayudó a encontrar un taxi que me llevó de vuelta a casa donde traté de entrar como si nada hubiera pasado, pero no pude. Me fui derecha a la cama, las fuerzas me fallaban. Después de que se me calmara la tos con la que entré en casa provocada por los nervios y la gran niebla de carbón que cubría Londres, logré dormir, dejando de lado en mi mente el encuentro que tuve en la tienda de modas.

El sueño me engulló hasta el día siguiente, y antes de que mi hija volviera a entrar por la puerta, guardé en el cajón de mi mesilla el papel con el nombre de mi madre y su marido dentro de mi diario en el que siempre escribí desde que me fui a vivir a Londres embarazada de Diana. Aquellas páginas habían sido mi vía de escape. En ellas plasmé mi vida desde que recordaba en La Caleta, hasta que se graduó Diana. Por la mañana le contaría al diario lo que Rose me había contado. Ahora estaba demasiado cansada. Me dolía el corazón, pero no de pena, sino que me dolía de verdad, aquel humo había terminado de destrozar mi debilitado cuerpo.

Al rato, Diana entró en mi habitación. Pero yo ya me había ido. Faltaban dos semanas para la Navidad de 1962.

2ª PARTE

18. Recordando a mi abuela y paseando por Gibraltar

—Date prisa mamá, que perderemos el avión. Anda vamos, que estás preciosa, pareces una jovencita.

—No seas tan zalamero James, que tú dirás lo que quieras, pero mis huesos, los pobres, son los de una anciana de 85 años y no van más rápido aunque quiera.

—Siempre me olvido de tu edad mamá. Será porque tu cabeza nunca envejece. Anda, te ayudo que el taxi ya está esperándonos.

Diana estaba muy nerviosa. Por primera vez iba a viajar a Gibraltar, iba a volver a sus orígenes, a la tierra de su madre, y donde Sonia y su padre José se conocieron. Iba a pisar la playa por la que paseaba su madre de pequeña, y ver el mar en el que se perdía su abuelo cada día, tratando de buscar alimento a su madre.

No quería presionarla demasiado porque sabía que estaba muy exaltada con todo lo que este viaje le iba a remover, pero se demoraba más de la cuenta y el taxi llevaba un rato esperando. No quería tardar en salir mucho más porque el camino hacia al aeropuerto siempre llevaba tráfico pesado y por nada quería andar corriendo con mi madre por el aeropuerto para no perder el avión.

Creo que en el fondo Diana siempre había deseado ir a Gibraltar y visitar España, pero hasta que mi padre no ha fallecido no ha querido remover en el pasado. Y ahora, ahí vamos los dos, porque he de confesar que yo tengo más curiosidad casi que ella.

Me presento. Soy James, nieto de Sonia y José y el hijo que Diana tuvo con Michael, con quien se casó en 1963. Eran socios de un bufete que abrieron nada más terminar la universidad con el dinero que mi abuela Sonia le dejó en herencia a mi madre.

Soy inspector de policía. Estudié derecho igual que mis padres, pero nunca quise formar parte de su despacho. Necesitaba mi espacio y marcarme mi propio futuro, y la investigación es algo que siempre me había atraído, yo creo que debido a las historias sobre mi abuela Sonia, que me contaba mi madre de pequeño, acerca de espías y los servicios secretos. Hasta hacía poco no había sabido si fueron ciertas o no, pero a mí siempre me atrapaban cuando era pequeño. Además, aunque adoro a mis padres, nunca he compartido esa manera tranquila y repetitiva de vivir la vida. La cotidianidad no es lo mío y mi trabajo en la policía me da lo que necesito, aunque según mi madre me ha impedido formar una familia. Pero yo tengo claro que no es mi trabajo el culpable de esto último, sino que nunca me he encontrado con la pareja con la que quiera compartir mi vida, una mujer movida al igual que yo, por las ganas siempre de algo nuevo, pero con ansias del confort de volver a casa a unos brazos.

Este viaje a Gibraltar y a España es algo que a mí me hacía mucha ilusión porque siempre había querido ahondar en el pasado que escondía mi abuela. De adolescente leí su diario en el que contaba su vida desde que era joven en Gibraltar, hasta que mamá se graduó, ya que meses después murió. Su anotación final en el diario debió ser la que le hizo dar el último latido a su

corazón.

Según las líneas postreras que dejó escritas mi abuela, su madre, Hannah, nunca había muerto, tal y como había creído al confirmárselo el tío Henry, cuando llegó a Londres buscándola después de que a los seis años le abandonara a ella y a su padre en Gibraltar.

Aquel descubrimiento le debió doler demasiado, y al poco tiempo de enterarse de la noticia, se nos fue sin haberle contado a su hermano que sus padres seguían vivos, porque conocía demasiado bien la poca fortaleza de mi tío Henry. El pobre se hubiera ido al otro mundo, incluso antes que mi abuela.

Al fallecer Sonia, mi madre quedó tan rota que no se atrevió a leer su diario, y cuando encontró las fuerzas para hacerlo, dijo que no tenía abuela, que no quería saber nada de ella, puesto que había hecho que su madre y su tío sufrieran su ausencia toda su vida, creciendo sin una madre, y que ella nunca llegara a conocer a su padre.

Si el viaje me emocionaba especialmente por la oportunidad de indagar en el pasado de mis abuelos y bisabuela, para mi madre representaba una necesidad, una búsqueda para comprender sus raíces.

Mi abuela Sonia siempre le había hablado de La Caleta donde nació, de lo mucho que había extrañado el sol bajo el cielo siempre gris de Londres, de los días de taró, cuando había viento de Levante, y cómo este viento húmedo, hacía que el azul del cielo se desvaneciera, para aparecer por arte de magia horas después; de su mono Titi, y de la vecina España de donde era José, el hombre que le robó el corazón, mi abuelo.

Con la edad que tenía mi madre era ahora o nunca, y al morir mi padre la empujé a estas vacaciones que sabía le iban a hacer bien.

Dejé que Diana se sentara en el asiento de la ventana y no perdió detalle mientras el avión descendía. Ilusionada como una niña pequeña me señalaba la roca, y me agarró fuerte el brazo cuando aterrizamos en aquel estrecho aeropuerto que mostraba la roca a un lado y España al otro, pero todo en una reducida pista de aterrizaje rodeada de agua de mar.

Desde el momento que descendimos del avión, mi madre se emocionó al ver todo aquello de lo que siempre escuchó hablar a mi abuela Sonia. He de confesar que yo también sentí algo especial, aunque había visto ya todo a través de internet. A pesar de ello, poner un pie en Gibraltar me hizo acordarme de mi abuela, a la que solo había conocido por foto, y a través de todas las historias que dejó anotadas en su diario sobre túneles y mujeres que caminaban kilómetros para vender el tabaco que otros sacaban de contrabando de Gibraltar para poder así dar de comer a sus hijos.

José, mi abuelo, había sido un Carabinero en España. Se dedicaba a vigilar los puestos fronterizos como el de Gibraltar para que la gente no se saltara la ley y pagara sus impuestos cuando pasaba mercancías de un país a otro. Conoció a mi abuela Sonia en una fiesta en casa del Gobernador de Gibraltar. La abuela le contaba a mi madre que aunque su uniforme la asustó al principio, también la atrapó, porque nunca había visto un hombre tan apuesto como aquel en uniforme azul, capa y sombrero.

Mi abuela siempre le había descrito cada escena de sus encuentros con mi abuelo a mi madre porque no solo al revivirlas se sentía bien, sino porque quería que en cierto modo mi madre pudiera conocer a su padre, aunque solo fuera a través de las descripciones tan detalladas de Sonia, que parecía lo adoraba y extrañaba hasta los límites que le llevaban a la melancolía. Parece que además mi abuelo José era todo un caballero y un hombre culto que había leído mucho y se desenvolvía con soltura en las altas esferas de la sociedad.

La verdad es que siempre que escuchaba a Diana hablar de sus padres y de la historia de amor que tuvieron, yo ansiaba hallar la mía propia. Aunque mi madre pensaba que disfrutaba de mi soltería a mis 50 años, era un romántico empedernido que no había encontrado a la compañera de vida ideal, nada más.

Cuando cruzamos la frontera de Gibraltar a España al bajar del avión, mi madre y yo tomamos un taxi que nos llevaría cerca de donde la abuela pasó una noche cuando salió de Gibraltar para luego cruzar toda España y Francia.

La abuela siempre le habló de Castellar de la Frontera a mi madre, de su castillo amurallado, de los alcornoques y de la caja enterrada que el abuelo le dejó allí con instrucciones para que escapara a Francia. Así que reservé dos habitaciones en el Convento de la Almoraima que ahora había sido reconvertido en un hotel en un entorno precioso, rodeado de alcornoques y ciervos y con la posibilidad de hacer paseos a caballo o a pie por las tierras de alrededor. Estaba ubicado a las faldas del Castillo y a una distancia corta de Gibraltar, lo que facilitaba poder ir cómodamente con mi madre a visitar el país de nacimiento de mi abuela.

Cuando el coche salió de la carretera para cruzar la entrada de muros de piedra se leía “La Almoraima, Hotel Convento”. Mi madre y yo dejamos de hablar y cada uno se puso a mirar por su ventana el impresionante paisaje del recorrido de aproximadamente un kilómetro que llevaba al hotel. Bajé el cristal del coche y aspiré todo ese olor a bosque, tratando de experimentar lo que probablemente habían sentido mis abuelos años atrás. Aquel paraje era mágico, pareciera nos adentrábamos en un cuento encantado.

El coche se paró en lo que era una plaza empedrada en cuyo centro había una rotonda con dos cervatillos de piedra frente a la puerta del imponente edificio flanqueado por una torre, que supuse sirvió para vigilar aquellas tierras en otros tiempos.

Ofrecí mi ayuda a mi madre ayudándola a bajar del taxi y nos internamos en un patio envuelto por la fragancia fresca de los limoneros y el murmullo calmante de una fuente que invitaba al sosiego.

Después de descansar allí un rato en una de las sillas de hierro para que mi madre se recuperara del trayecto, subimos las maletas a nuestras respectivas habitaciones que sorprendían y destacaban por su modernidad frente al toque más antiguo pero exquisito del convento.

Tras recuperar fuerzas, acompañé a mi madre por las escaleras de piedra que dirigen de las habitaciones al patio al cual habíamos entrado y que era el centro del hotel para tomar un té en los soportales del claustro que hacía que el lugar se asemejara a un cortijo. Se respiraba paz y solo se escuchaba el ruido del cantar de algún pájaro y el susurro del agua.

Allí, en el patio del convento, habíamos quedado con Tati, una mujer del pueblo de unos 75 años que venía a contarnos cosas de mis abuelos, pues era la hija de Manolo, quien fuera amigo de mi abuelo.

Mi madre estaba muy nerviosa, y para calmar sus nervios tuve que pedir una tila a una de las camareras y apartar el té que tanto le gustaba. Al poco rato la señora del pueblo apareció allí acompañada de su hija que la había acercado en el coche desde la población nueva de Castellar. Traía consigo una bolsa que como nos mostró más tarde eran cosas de mi abuelo José.

La charla transcurrió en castellano, ya que mi madre lo hablaba perfectamente al haber mantenido la abuela el idioma con ella. Sonia se ganó la vida como profesora de español en un colegio de Londres, con lo que nunca perdió contacto con su idioma y no solo lo conservó, sino que se lo enseñó a Diana, que lo hablaba casi como si fuera del lugar.

—Muchas gracias, Tati por venir a verme —dijo mi madre.

—Tenía que hacerlo. Mi padre Manolo apreciaba mucho a su padre José, fueron muy buenos compadres. Pasaron muchas cosas juntos y sobre todo lucharon por los mismos ideales.

La señora se detuvo un rato como si se sofocara, y entonces pedí a la camarera que se acercara con un poco de agua, ya que como nos hizo saber la hija que le acompañaba, sufría del corazón y se fatigaba al hablar, y sobre todo al emocionarse recordando a su padre.

—Mi padre siempre creyó que José volvería por aquí algún día porque así se lo prometió cuando le ayudó primero a él y luego a su abuela a escapar para Francia. Como la guerra se alargaba, Manolo pensaba que su padre no volvía por precaución. Hasta que meses después de su partida vino a saber que lo habían matado.

Mi abuela empezó a llorar. Muchas veces le había contado su madre cómo lo asesinaron pocos días antes de Navidad, cuando salían del teatro en París, y necesitó de un pañuelo y de un sorbo de la tila para seguir escuchando a aquella mujer.

Tati entonces sacó un cuaderno de la bolsa que traía con ella y se lo entregó a mi madre, quien lo tomó con manos temblorosas.

—Esta libreta se la dio a mi padre John, el amigo policía de Gibraltar de su padre. Por lo que le contó a mi padre, se la había quitado a una espía doble en la que José había confiado y que por desgracia fue la responsable de dar el chivatazo de su paradero. Si la mira bien son anotaciones de José. Yo no puedo entender lo que dice, pero por lo que hablaba mi padre con John, José había descubierto a unos cuantos espías nazis que estaban preparando un golpe y por eso lo asesinaron y luego robaron la libreta en la que había anotado sus hallazgos, para que no pudieran descubrirlos. Pero recuerdo oírles hablar a John y a mi padre, que cayeron muchos, gracias al trabajo que dejó su padre, excepto los muy gordos a los que no pudieron atrapar, pero que sabía vivían en España, por aquí cerca, en la costa.

Miraba a mi madre con pena, conocedor de que lo que escuchaba le estaba doliendo. Intuí que pensaba que todo aquello era algo que su madre hubiera merecido saber, porque parece que la señora que delató a mi abuelo era una librera a la que mi abuela apreciaba. O quizá Sonia lo supo en sus últimos días y el dolor se la llevó por delante.

Mi madre, a pesar de las lágrimas por recordar hechos lastimosos que su madre le había contado sobre cómo murió su padre, le pidió a Tati si por favor nos podrían llevar donde mi abuela Sonia encontró la caja que mi abuelo había escondido. Ella, contenta, afirmó con la cabeza, y le dijo que también le llevaría hasta la choza donde había vivido Manolo y donde ella pasó su infancia hasta que construyeran el pueblo nuevo de Castellar a principio de los años 70, y donde José solía quedarse cuando subía al Castillo, ya que prefería la humilde morada, al cuartel de su cuerpo de carabineros dentro de las murallas del pueblo.

Los cuatro nos acomodamos en el coche de la hija de Tati, y pronto nos encontramos rumbo al pintoresco Castillo de Castellar. La carretera ascendía serpenteando durante unos ocho kilómetros, hasta llevarnos ante las antiquísimas murallas del pueblo. Desde esa ruta ascendente, podíamos admirar la muralla, testigo silenciosa de siglos pasados que albergaba incontables historias hiladas desde los días de la época árabe, cuando el castillo emergió en el siglo XIII.

Pese al magnetismo de aquellas murallas hacia donde creía nos dirigíamos, la mujer al volante no detuvo la marcha en el castillo, sino que tomó una carretera o más bien un camino polvoriento que se perdía entre árboles. Con menos distracción en el exterior, mi atención se centró en ella de manera inevitable. Su atractivo era intrigante, una sinfonía de rasgos que más tarde descubrí eran una herencia de sus orígenes. Su padre, un espíritu libre alemán que desafió las convenciones en los años sesenta, encontró refugio en los terrenos cercanos al pueblo de

Castellar, buscando una vida apartada de la rigidez que prevalecía dentro de su familia en su tierra natal. Por otro lado, su madre, Tati, era una mujer arraigada en estas tierras, sencilla y luchadora que, pese a su arrugada piel de ahora, se veía había sido una pequeña belleza morena. La mujer notó que la contemplaba y procuré disimularlo, entablando conversación o desviando la mirada, aunque en varias ocasiones nuestros ojos se encontraron.

Mientras, mi madre y Tati seguían enfrascadas en sus cosas y las dos parecieran haber vuelto a su infancia, una recordando a su padre, y la otra tratando de conocerlo un poco más, ya que nunca pudo tenerlo con ella, al haber sido asesinado cuando todavía era una pequeña semilla en el vientre de Sonia.

Tati le enseñó la choza en la que vivieron, le mostró donde hacían pan cuando ella era joven y dónde escondió José la caja que más tarde fue a buscar su madre para poder salir de España, con lo que allí le dejó el carabinero. Le explicó la escasez con la que habían vivido, aunque según Manolo contaba, a ellos nunca les faltaron monedas, porque José siempre se encargó de darles lo que podía a cambio de su hospitalidad cuando lo acogían en su choza, y sobre todo a cambio de su discreción y amistad. Parece que en más de una ocasión mi abuelo se escondió por aquellas tierras con la ayuda de Manolo, escapando de los agentes nazis y de otros españoles afines a ellos. Además, fue este quien ayudó primero al entonces carabinero y luego a Sonia, mis abuelos, a salir de España cuando se dio el levantamiento militar en 1936. Ayudó a ambos a llegar hasta Jimena de la Frontera donde tomarían un tren hacia Ronda y luego partirían hacia Francia, estableciendo su hogar en París durante unos breves meses antes de la trágica muerte de José.

Las dos mujeres charlaron como si se conocieran de toda la vida, y es que parece que la complicidad que unió a sus padres, de algún modo, se alargó en ellas. Las dos necesitaban sacar el dolor que guardaban dentro y parecían ser un regalo, la una para la otra.

En ese tiempo en el que mi madre y la hija de Manolo se perdieron hablando sobre cosas del pasado, Emma me contó la historia del pueblo, me habló sobre la recogida del corcho y me acompañó en una caminata para ver el pantano que abastecía a la zona y que daba un aspecto único a aquel paraje que me enamoró por su tranquilidad, silencio y su verdor. Aprendí no solo sobre la historia de aquel lugar, sino que también descubrí una persona que despertó algo en mí, al menos curiosidad por querer saber más sobre ella.

Emma, con un inglés impecable, me explicó que era médico y trabajaba en Gibraltar. A diario, cruzaba la frontera desde Sotogrande para llegar a su pequeño apartamento en el puerto deportivo.

Era una mujer calmada, con curiosidad por la vida y a la que, según me dio a entender, le preocupaba tanto cuidarse por fuera como por dentro. Una pena que nuestras respectivas madres acabaran su conversación acusando el cansancio de sus ancianos cuerpos, porque podría haber hablado con la intrigante mujer durante toda la noche sin miedo a que la conversación se nos agotara.

Diana y yo agradecemos a esas mujeres por dedicarnos su tiempo y generosidad, compartiendo fragmentos de la vida de mis abuelos y mostrándonos los encantos de un paraje tan especial que pareciera haberse detenido en el tiempo.

Regresamos al Hotel Convento buscando reposo tras la avalancha de emociones que dejaron su huella en el cansado cuerpo de mi madre. Acompañándola a su habitación pude ver su rostro iluminado por haber conocido por fin un lugar tan significativo para sus padres. Era como si por

un momento hubiera despertado el pasado y lo hubiera abrazado con amor. Como si el dolor sabía había vivido su madre por huir de aquellas tierras, se hubiera evaporado al escuchar las historias de valor e inspiración de sus padres, que sufrieron solo por querer un mundo mejor.

Al amanecer del día siguiente, cuando mi madre recuperó sus fuerzas, gestioné el alquiler de un coche y nos aventuramos hacia Gibraltar, el núcleo vital de la travesía en el tiempo de mi madre.

Aquel estrecho istmo estaba cargado de significado para ella. Allí nacieron sus abuelos, sus calles fueron testigos del amor entre sus padres, y latía como el lugar anhelado en el corazón de mi madre desde hacía mucho tiempo. Por fin estábamos allí, al cobijo de aquella roca bordeada de mar y en la que empezó la historia de su vida.

Sin sucumbir al atractivo convencional del Town u Ocean Village, destinos favoritos de los turistas, conduje hacia La Caleta, donde mi abuela se había criado y desde donde había huido su madre a Londres, dejándola con su padre Jeffrey, quien murió ahogando sus penas en el alcohol por el vacío en el corazón que le había dejado Hannah, mi bisabuela, con su partida.

Dimos un pequeño paseo por las pocas calles entre las coloridas casas y Diana entró en la Iglesia de Nuestra Señora de los Dolores, a la que su madre acudía a encontrar paz, según le había contado en alguna ocasión.

Aquella cala era tan bonita, tan llena de luz, que decidimos quedarnos en uno de sus cafés que miran a la inmensidad del mar Mediterráneo, tratando de ver lo que los ojos de Sonia vieron años atrás.

Bajo la sombrilla de la terraza del Seawave, nos sentamos a comer una paella de marisco mientras escuchábamos el ruido suave de las olas del mar y observábamos a las gaviotas que se acercaban a la terraza a observar nuestros movimientos, y seguro esperando nos levantáramos para tratar de hacerse con nuestras sobras a nuestra partida.

Estuvimos casi toda la tarde allí sentados, respirando el aire salado y por lo que podía apreciar en el rostro de Diana, ella intentando abrazar a su madre y contándole allí donde estuviera, que por fin conocía la tierra y el mar donde su abuelo salía a pescar. Podía ver en su expresión una mezcla de emoción y aprehensión, como si tratara de reconstruir los fragmentos de la historia de su madre, e hipnotizada por la belleza y el encanto del lugar que siempre le había transmitido su madre.

Ante nuestros ojos, el mar, la playa, el dulce sonido de las olas, el olor a sal... aquello superaba con creces cualquier descripción que hubiera hallado en el diario de mi abuela. El mar se desplegaba en un deslumbrante lienzo de azules, reflejando la luz del sol que acariciaba los sentidos.

Aspiré el aire salado y sentí como si el piélago me susurrara las historias que vivió mi abuelo en aquellas aguas.

Pasamos la mayor parte de la tarde allí, anclados en las sillas del restaurante, como si el tiempo se hubiera detenido para dejarnos saborear la luz que mi abuela tanto añoró.

Mi madre, con la mirada perdida en el horizonte, parecía envuelta en un dulce éxtasis, como si tratara en su mente de abrazar a su propia madre, compartiéndole en silencio el cumplimiento de su deseo. Podía percibir en su rostro una mezcla de emoción y paz, como si finalmente estuviera cumpliendo un anhelo.

Permanecimos tantas horas sentados en la terraza del precioso café que pudimos hablar con Juan, su encargado, que tras contarle la historia de mi abuela, llamó a Marta, la dueña del lugar. Cuando la mujer dulcemente se presentó ante nosotros, quedé de nuevo maravillado por la gracia de aquella belleza del sur, que con talante afable y acogedor ofreció a mostrarnos la casa de

Antonia, quien crio a mi abuela, y quien resultó ser familiar de la propietaria del agradable restaurante.

Todo lo que me rodeaba hacía conectarme cada vez más a aquel lugar donde nació mi abuela.

Extendimos nuestro sincero agradecimiento a la amable mujer del bar que nos había regalado una ventana al pasado, contándonos cosas sobre La Caleta, de cuando mi abuela habitó aquel bello rincón, y conduje de vuelta al hotel dejando atrás la roca envuelta en una nube que parecía nunca se fuera a soltar de su cumbre, dándole desde la distancia un aspecto romántico, o al menos es lo que apreciamos mi madre y yo, quizá movidos por todo lo que habíamos visto sobre Gibraltar, tratando de imaginarnos a Sonia por entre aquellas calles y sus gentes.

El viaje de retorno a la Almoraima, Diana, lo hizo sumida en un plácido sueño, vencida por un día repleto de emociones. La jornada había sido un cúmulo de sentimientos que habían sacudido nuestros corazones, pero especialmente el de mi madre, que era quien en primera persona, había escuchado las historias de aquel encantador lugar de boca de su madre tantas veces, imaginando sus calles, sus monos, y el olor a mar.

Pero ahora había podido dar forma a lo que hasta ese momento solo había imaginado, y todas las impresiones del día, junto con el recuerdo de su madre, que según Diana, le parecía haber visto correteando por La Caleta, cayó a los pies de Morfeo.

Conduje despacio, no perdiéndome ni un detalle de los pocos más de veinte kilómetros, tratando de imaginarme cómo mis abuelos transitaron aquel recorrido a pie hacía ya ochenta y cinco años.

Cayendo la noche, acosté a mi madre en su habitación y yo decidí perderme entre la vegetación que había alrededor del hotel imaginando a mis abuelos caminando entre los alcornoques. Hasta que el cansancio me obligó a abandonar aquellos árboles y los sonidos de los animales que allí habitaban, para desmayarme en la cama, según coloqué el segundo pie en ella.

Por la mañana Diana estaba radiante, la noté feliz, como si en cierto modo hubiera podido conocer a su padre a través del sonido del mar de La Caleta y la imagen del Mediterráneo en el que Jeffrey pescó para sobrevivir. Gibraltar había llenado su alma. Viendo sus calles y la playa donde vivió mi abuela, mi madre logró dejar atrás el dolor que supo Sonia sufrió por tener que dejar aquellos parajes y dirigirse ella sola hacia Francia, y me pidió volver a casa. Ver donde vivieron sus padres era lo que siempre había querido, pero necesitaba su casa y su ciudad.

Pocas semanas después de volver a Londres, mi madre fallecería con la paz de haber podido cerrar su pasado y el anhelo de poder ver a mi padre allá donde fuera en la otra vida. Se fue en paz, con discreción.

19. España

Con el fallecimiento de Diana, decidí volver a España y Gibraltar con la intención de escarbar un poco más en el pasado de mi familia. Para mi madre, ver el mar Mediterráneo, la playa por la que había caminado su madre, y conocer por donde pasaron sus padres huyendo a Francia, había sido suficiente para irse en paz.

Pero yo quería saber más sobre esa bisabuela fría que fue capaz de abandonar a sus hijos sin mirar atrás y que parece fue una de las más importantes agentes que trabajó para los nazis entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial en la zona del Campo de Gibraltar.

A mi madre nunca le habían atraído las historias de espías, porque Sonia, mi abuela, había sufrido por ello. Pero para mí esas hazañas que había contado mi abuela a su diario y a veces a mi madre, eran mi vida, las responsables de que ingresara en la policía después de terminar la universidad y la principal razón por la que me convertí en inspector.

Ante mí se extendía el caso más crucial de mi vida, y estaba decidido a llegar hasta el final en busca de la verdad sobre mi familia y, quién sabe, descubrir y dismantelar las redes de narcotráfico que habían estado operando en silencio durante años en el Campo de Gibraltar.

Solicité una excedencia de un año del cuerpo de policía de Londres, y mi jefe me la concedió sin problemas, ya que sabía que no me había tomado unas largas vacaciones en muchos años. Por otra parte, a él, que además de jefe era amigo, le había hecho partícipe de las historias de mi abuela, y de que me iba a España y Gibraltar para tratar de averiguar algo más sobre mi bisabuela Hannah.

Era muy probable que tuviera más familia en aquellas tierras cálidas, ya que Hannah y su marido se fueron a vivir a España cuando mi tío Henry era apenas un niño, en los primeros años de la dictadura española, aunque a él le hicieron creer que habían fallecido en un accidente de coche y se crio como un niño huérfano, y siendo un matrimonio joven, seguro tuvieron más hijos para aparentar ser una familia normal.

Hice las maletas y volé a España, con las ganas de descubrir el turbio pasado de mi bisabuela. En Londres no tenía nada que me atara.

Esta vez volé a Málaga, y desde la ciudad tomé un servicio de taxi que me llevó hasta Sotogrande, donde alquilé un pequeño apartamento en la marina, en la Isla del Pez Volador. Me había decidido por esta localidad, ya que albergaba la esperanza de reencontrarme con Emma, y porque era lo suficientemente tranquila y anónima para poder dedicarme a hurgar en el pasado de mis antepasados. Además, en coche estaría a unos quince minutos de Gibraltar para poder presentarme ante los cuerpos de la Policía allí e intentar que me ayudaran con alguna pista sobre mi abuelo.

Los primeros días los pasé reconociendo el terreno, disfrutando de las vistas de mi terraza a la marina con los barcos más pequeños atracados allí, los destellos del sol en el agua y la luz del cielo azul. Caminé por la playa que tenía a escasos metros del portal de mi edificio que me

llevaba hasta la desembocadura del río Guadiaro, apenas abierto al mar por el gran banco de arena que pareciera lo iba a taponar.

El lugar era muy tranquilo, no quedaban veraneantes y las pocas personas que vivían allí durante todo el año eran personas discretas que gustaban de la paz al igual que yo.

Cada mañana, en las primeras luces del alba, bajaba a la playa para presenciar el nacimiento del sol. Me quedaba allí, absorto en la visión hipnotizante de su ascenso gradual, admirando el reflejo anaranjado sobre el agua que se desvanecía mientras el día avanzaba en su despertar. Aquello me hechizaba, me ayudaba a no pensar en nada, a solo estar allí en aquel momento disfrutando de tremenda visión y escuchando el pequeño balanceo del agua.

Me concedí unos días de completo relajamiento, saboreando unas vacaciones que no había tenido en años. Adquirí una bicicleta que me permitió recorrer toda la marina y disfrutar de hacer ejercicio bajo un cielo imperturbablemente azul. La luminosidad de aquel lugar era lo que más me cautivaba. La luz me energizaba cada día y estaba empezando a no echar de menos el cielo gris de Londres en absoluto, y también a entender la melancolía de mi abuela que se vio forzada a dejar aquel cielo azul por el siempre nublado de Londres.

Para cuidar mi cuerpo, me uní a un gimnasio en el mismo paseo de la marina, desde donde podía divisar mi apartamento al otro lado del agua mientras levantaba pesas. Después de mi primera sesión de ejercicio, me dirigí al puerto deportivo, donde me acomodé en la terraza del restaurante KE. Allí parecían reunirse a desayunar muchos de los que vivían en la zona y enseguida entendí el porqué. El trato atento del personal, la buena comida y las inmejorables vistas del puerto de Sotogrande. En su terraza degusté un desayuno típico andaluz, con un mollete de pan con tomate, aceite de oliva y jamón ibérico.

Mientras tomaba el café negro y denso que me trajeron, creí ver a Emma. No me hizo falta acercarme a saludarla, fue ella quien me reconoció mientras paseaba su perro y se acercó a saludarme.

Aquello empezaba bien, se aproximó a mí y tras dos besos, uno en cada mejilla me dijo:

—Hola, James, qué sorpresa. Por un momento he vacilado si eras tú porque no te hacía aquí, pero al acercarme no me ha quedado ninguna duda. ¿Qué tal todo, y tu madre? ¿Estás de vacaciones?

—Hola, Emma, lo mismo digo, qué agradable sorpresa encontrarte, aunque he de admitir que yo sí esperaba poder verte. Llevó unos días en Sotogrande descansando y me he acordado de que me dijiste, vivías por aquí... Mi madre falleció cuando volvimos de su viaje a Gibraltar, logró hacer las paces con su pasado, y yo he decidido tomarme un año de excedencia y disfrutar de esta tierra donde vivieron mis abuelos, al mismo tiempo que quiero intentar averiguar algo sobre mi bisabuela. ¿Tu madre está bien?

—Siento lo de tu madre. Llegamos a viejos y no nos podemos quedar aquí para siempre. Tati va bien, con achaques porque no cuida su alimentación y apenas se mueve, pero ya no me meto en eso. ¿Y dónde estás viviendo? Yo vivo en estos apartamentos, aquí, atrás de esos apartamentos azules.

—Estoy al otro lado de la marina, en la zona de las islas, frente a la Playa Sotogrande. Vengo hasta aquí en bici. No sé si es precipitado Emma, ¿pero te gustaría cenar conmigo esta noche?

—Lo siento, no puede ser. Tengo turno de tarde en el hospital y no sé a qué hora terminaré, pero déjame tu número de teléfono y cuando acabe con estos turnos me pongo en contacto y encantada voy a cenar contigo.

Sus labios volvieron a rozar mis mejillas al darme de nuevo dos besos, esta vez de despedida.

Agarró su perro y se fue. Yo me quedé allí postrado en la silla, como si estuviera suspendido viviendo un sueño.

El escenario que me rodeaba era un cuadro en movimiento, con embarcaciones atracadas frente a mí, destellos de lujo en los coches estacionados frente al restaurante, el sol... El calor del día parecía abrazarme, pero aún más intenso era el calor en mi mente, provocado por la presencia de Emma. Su imagen se había incrustado en mis pensamientos, desencadenando un palpar en mi cuerpo que anunciaba el despertar de un anhelo inquieto, la necesidad imperiosa de volver a encontrarnos.

Después de una buena ducha en casa, decidí dejar mi descanso ya en el pasado y me dispuse a comprar un coche para poder moverme y empezar con mis pesquisas para saber más sobre mi bisabuela. Me decidí por un viejo mercedes pequeño de más de veinticinco años, un Haikinen de los años 90. Con eso tendría suficiente para las distancias cortas que pensaba recorrer. Antiguo, pero le funcionaba el aire acondicionado, con aquello me valía.

Llené el depósito de gasolina de aquella tartana y tratando de averiguar cómo iban las marchas, ya que siempre había conducido autos automáticos, me fui hasta Gibraltar dejando el coche en un parking en La Línea de la Concepción, la población al otro lado de la frontera en España. Caminé por todo el aeropuerto junto con otras muchas personas que iban algunos en patinetes y otros en ropa cómoda hacia sus lugares de trabajo en territorio británico.

De acuerdo a Google Maps, tenía más de una hora de caminata hasta la Royal Gibraltar Police Headquarters, así que tomé un taxi. Aquello se parecía ligeramente a Londres, un poco por las cabinas de teléfono rojas que habían mantenido como reclamo turístico, pero sobre todo por el tráfico de coches.

Una vez en la comisaría les enseñé mis credenciales y les conté el motivo por el que estaba allí y me designaron a un aprendiz que me ayudaría a remover entre los archivos para encontrar información sobre mis abuelos y a poder ser, sobre mi bisabuela. Aquellos policías iban vestidos casi como los de Londres, con su característico gorro *bobby*. Todo aquello me hacía sentir como en casa.

Tras un par de horas el joven apareció con unos cuantos expedientes que me ayudó a fotocopiar para poderlos llevar conmigo. Eran asuntos cerrados hace muchos años y me concedieron esa licencia de llevarme la documentación a casa para que no tuviera que cruzar la frontera cada día si quería hurgar en ellos.

Con todos aquellos papeles tenía investigación para rato. Así que después de mis paseos y mis sesiones de gimnasio, volvía a casa para meter mis narices entre aquella documentación.

Los días se terminaron convirtiendo en una total monotonía, y he de confesar que estaba empezando a estar impaciente, ya que Emma no se ponía en contacto conmigo y no había nada que pudiera hacer. No le pedí su número de teléfono y no quería llamar al hospital preguntando por ella. La única manera de quitarla de mi cabeza, era zambulléndome entre aquella montaña de papeles que me habían facilitado en la policía de Gibraltar.

Eran todas anotaciones y partes que había dejado John, el que fue amigo de mi abuelo y que había sido miembro de la policía de Gibraltar. Lo tenía todo muy bien organizado y pronto pude empezar a ver el nombre de José. Por lo que podía leer parece que mi abuelo colaboraba con la policía de Gibraltar en calidad de carabinero de España para detener a los contrabandistas. Tras leer toda aquella documentación, la verdad es que no llegué a ninguna conclusión. No encontré lo que buscaba y esperaba. Eran informes normales dentro de la policía, pero en ningún lugar

aparecía nada sobre sus dobles trabajos, como era de esperar.

No me podía quedar quieto, no había venido desde Londres a por aquello. Quería llegar al fondo del asunto para saber más acerca de mis abuelos. Así que a través de internet averigüé los datos sobre los nietos de John y me dispuse a visitarlos intentando averiguar algo más.

Para mi sorpresa los dos vivían en Sotogrande, así que sería un pequeño paseo hasta sus casas que estaban las dos dentro de la misma parcela y detrás de la misma valla. Por las cámaras que tenían y el videoportero, sabía que con solo llamar al timbre no iba a lograr entrar allí. Necesitaba encontrarlos en otro espacio para poder presentarme correctamente y explicarles quién era. Lo que me llevó a usar las habilidades aprendidas en mi trabajo, quedándome cerca de su domicilio, vigilando durante un par de semanas y anotando a qué horas salían de la casa y siguiéndoles más tarde para saber a dónde iban.

Tuve suerte, porque uno de los nietos de John, el que se llamaba Andrew, acudía cada tarde al gimnasio al que me había apuntado, así que cambié mis horarios y me hice el encontradizo con él. Le conté que era de Londres y que estaba allí de vacaciones tratando de averiguar más sobre la vida de mi abuelo. Cuando le di unos cuantos detalles más, enseguida empezó a hablarme de su padre John. Fuera del gimnasio en la calle, Andrew me pidió que le siguiera hasta su casa.

Bingo, tenía algo. Andrew estaba a punto de darme a conocer algún detalle interesante. Cuando le vi subirse a su flamante Maserati me dio vergüenza seguirle en mi viejo Mercedes, pero es lo que había, iba a estar un año sin ingresos y no era rico.

Seguí su coche hasta dentro de la verja de su casa, recorriendo amplias calles bordeadas de palmeras que, bajo el cielo azul, hacían que el lugar se asemejara a Miami, y me invitó a entrar a la casa. Me ofreció un refresco que me lo trajo una señora de servicio bajita y atenta, y Andrew desapareció un rato hasta que volvió pocos minutos después con una gran pila de papeles.

—Mi padre es el John que buscas, el amigo de tu abuelo José. Los dos trabajaban juntos para el servicio secreto británico y llevaron a cabo una buena investigación, pero por lo que sé a tu abuelo lo asesinaron joven para que no sacara a la luz información que había encontrado. Mi padre vivió hasta que era viejo y siempre hablaba de José, fueron grandes amigos y creo que en cierto modo se sintió culpable por no haberle podido ayudar más. En cuanto supo sobre el asesinato de tu abuelo, se fue a París para tratar de averiguar quién lo había matado y dio con la persona que delató a tu abuelo, así como con la agenda que esa persona le había quitado con anotaciones de nombres de agentes que trabajaban para los nazis, pero sobre todo con los nombres de los agentes dobles para que los británicos tuvieran cuidado. Mi padre descifró lo que había escrito tu abuelo y luego llevó esa libreta a Manolo, el colaborador que tenían en el Castillo de Castellar. La dejó con él porque sabía que nadie iría allí a por ella. Pasó la información que estipuló conveniente a sus superiores, y la demás la obvió porque deseaba vivir tranquilo. Tenía mujer y un hijo y no quería correr la misma suerte que otros compañeros suyos como tu abuelo. Esa agenda debía de tener información muy importante, porque a lo largo de todos estos años ha venido gente buscándola. Entraron siendo yo niño a casa de mi padre, no se llevaron nada, pero revolviéron cada rincón, y lo mismo hicieron aquí tratando de encontrarla. Por eso ahora esto parece un búnker, para que nadie más entre, aunque como ya te digo, la libreta no está aquí.

—Muchas gracias, Andrew por toda la información que me estás dando, me llevaré estos papeles a ver si puedo averiguar algo, y la libreta la tengo yo ahora. La hija de Manolo me la dio hace unos meses cuando vine con mi madre a que conociera esta tierra de sus padres. Aunque todavía no he conseguido descifrar la información que mi abuelo escondió en ella. Gracias de nuevo, sé

que entre todas estas anotaciones encontraré lo que busco.

—Ten cuidado John, esa gente todavía sigue aquí y se pasean como ciudadanos honorables. Si metes las narices irán a por ti, quieren seguir viviendo bien y controlando todo en el Campo de Gibraltar, al igual que hacían sus antepasados. Te recomiendo que leas la prensa local, que vayas al archivo del periódico y verás cómo todo esto es una zona caliente y hay un grupo de gente que vive a cuenta del contrabando. Solo te puedo decir una cosa, que los gordos, esos a los que se refería tu abuelo, no son los que aparecen en la prensa, pero quizá tendrás de dónde tirar para encontrar lo que buscas. Deja tu coche aquí por precaución, la señora de servicio te sacará en el maletero de su auto, y el tuyo lo dejaremos aparcado mañana cerca del gimnasio. Disculpa, pero tengo todavía que cuidarme, aunque no sepa de qué. Tengo mujer e hijos y no quiero que el pasado les salpique.

Le di las gracias y un fuerte apretón de manos y esperé a que aquella señora bajita me sacara de allí y me dejara no demasiado lejos de mi apartamento.

Caminé a casa dando varias vueltas, evitando la línea directa hacia casa. Mis sentidos buscaban siluetas ajenas, pero solo hallé a los habituales dueños de los canes, a los paseantes que disfrutaban del atardecer y a los corredores inmersos en sus propias zancadas. Nadie parecía arrastrarse tras mi sombra. Confundido en la multitud, vestido aún con la indumentaria deportiva, alcancé mi nuevo piso donde me esperaba la información que buscaba.

20. Por fin todo encaja

Visitar la residencia de Andrew con el propósito de escuchar las historias sobre su abuelo John y luego ser secretamente conducido fuera de su hogar en el maletero del coche de su asistente, había hecho que mi adrenalina se disparara. ¿Pero no era eso lo que me gustaba?

Todo el submundo de espías del que había hablado mi abuela se empezaba a abrir ante mí. Lo increíble era, que aun tantos años después de que mis abuelos tuvieran que salir de Gibraltar, quienes mataron a José, todavía tenían miedo de ser descubiertos. Tendría que cuidarme las espaldas, porque si hacía caso a lo que Andrew me había contado de que intentaron dar con la libreta de mi abuelo entrando en su casa, podrían estar vigilantes y pendientes de mis movimientos. Y como me había dicho Andrew, esas gentes estaban mezcladas entre la población, cual personas normales y respetadas, así que no me sería fácil dar con ellas y mucho menos denunciarlas.

Saqué de mi bolsa de deporte, cada papel que Andrew me había dado. Traté de encontrar un orden lógico entre aquella maraña de apuntes y me dispuse a pegar las páginas por la pared de la habitación que tenía libre del apartamento, intentando hacerme una idea más clara en mi cabeza. Quería hilar una lógica entre aquellas anotaciones y recortes.

No sé qué hora sería, puesto que hacía rato que el sol había salido y la noche se evaporó estando inmerso en los entresijos de aquellos documentos, cuando sonó mi teléfono. Fui corriendo hasta la cocina donde lo olvidé, ya que no esperaba llamada alguna. Pero si sonaba, solo había una persona que podía ser. Emma era la única persona que tenía mi número de teléfono. Habían transcurrido alrededor de dos semanas desde que nos encontráramos en el puerto, y en este punto había comenzado a pensar que su llamada nunca sonaría en mi teléfono.

—Hola, James, soy Emma, ¿cómo estás? Siento no haberme puesto en contacto antes, pero hasta hoy no he terminado con mis turnos de tarde y he trabajado tantas horas que durante el día solo he dormido y paseado a mi perro sin tiempo para nada más y por eso no te he llamado. Pero quería saber si tu oferta de invitarme a cenar seguía en pie.

—Hola, Emma, que bueno escucharte. Llevo unos días tan inmerso en mis cosas que se me pasan las horas sin darme cuenta. Por supuesto que sigue en pie. Dime dónde quieres ir y reservo mesa. ¿A eso de las 7 te va bien?

—Sí, recógeme a esas horas, pero cenaremos a una hora un poco más avanzada de la noche, recuerda que estamos en España James y se cena más tarde. Hay un lugar que me gusta mucho, que es informal pero con muy buen ambiente en la zona. Se llama Hairy Lemon. Nos podremos tomar una Guinness si te parece.

—Sí, claro, pásame tu dirección por favor y allí estaré a las siete en punto. Que tengas un buen día.

—Igualmente, James, nos vemos. Looking forward to it.

“Deseando verte”, era eso lo que me acababa de decir. De inmediato, dejé de lado el papeleo y todas las notas que había ido tomando. Emma logró devolverme al mundo actual y no me apetecía regresar a la época de mis abuelos. Ya seguiría con todo aquello, ahora tenía que descansar para estar fresco durante la cena con Emma.

Me puse unos vaqueros y una camisa de hilo que había comprado en una de las tiendas del puerto, que me había gustado porque no necesitaba plancha, y atravesé la marina dando un paseo hasta llegar donde vivía Emma. Toqué el timbre que me indicó y de inmediato se presentó frente a mí, como si me hubiera visto llegar. Estaba guapísima, muy poco maquillaje, el cabello natural, pintando ya alguna cana que se disimulaba entre su pelo claro, un pantalón vaquero y una blusa fluida que con la brisa del mar se marcaba en su cuerpo, mostrando una figura que había ganado en madurez pero sin perder ni un ápice de su atractivo natural.

Caminamos pocos metros hasta el bar que había sugerido Emma y tomamos asiento en unos estupendos sillones de mimbre separados por una mesa baja encima de la cual pronto aparecieron dos cervezas. La conversación entre los dos fluyó como si nos conociéramos de siempre. Tanto que la amable camarera nos tuvo que recordar dos veces qué queríamos pedir para cenar.

Las viandas eran lo de menos, aunque nos sirvieron unos platos de tapas muy ricos con una mezcla entre la cocina mediterránea y toques de comida india que tanto nos gusta a los ingleses. Empezamos la conversación hablando de nuestros abuelos como era de esperar, pero terminamos abriendo nuestros corazones y mostrando el uno al otro quiénes éramos. Me gustaba porque no jugaba a ser nadie, excepto ella misma, y eso era algo poco habitual en las personas con las que me había cruzado en mi vida.

Fuimos los últimos en levantarse de la terraza del bar. Era casi la una de la madrugada. El tiempo se desvaneció sin poderlo retener. Nos despedimos con dos besos y prometimos repetir la experiencia.

Regresé a casa a pie, disfrutando de una caminata de más de media hora que me hizo bien para aquietar mi mente saturada de emociones. Definitivamente, Emma estaba entrando no solo en mi mente, sino también en mi corazón.

Cuando entré en casa me pareció que algo no estaba en su lugar. Mi bolsa de deporte que creía haber dejado en la entrada no se encontraba donde la dejé. Entré a mi improvisada oficina y encontré todos los papeles que había ordenado, revueltos, y los armarios abiertos con la ropa fuera esparcida en el suelo. En mi dormitorio, la cocina y la sala de la casa me encontré con la misma imagen. Habían entrado buscando la libreta de mi abuelo, estaba seguro. No se habían llevado nada de valor como mi ordenador o la televisión, solamente habían revuelto todo en busca de algo. Estaba convencido de que quienes lo habían hecho buscaban destruir la información que había encontrado José, para seguir con sus trapicheos sin ser descubiertos. Pero no habían encontrado su cuaderno. Previendo que esto pudiera ocurrir lo tenía a buen recaudo, en un doble fondo que tenía mi coche que estaba seguro, no otearían porque nadie escondería nada importante en un coche cuyas cerraduras no funcionaban. Para asegurarme de que la libreta seguía donde la escondí, bajé al garaje, cerciorándome de si todavía seguía alguien alrededor. Incluso deshabilité las cámaras de vigilancia para que nadie viera si me movía. Estaba seguro de que los responsables del desbarajuste de mi casa me tenían vigilado.

El coche estaba tal como lo había dejado y por supuesto el cuaderno seguía donde lo oculté. Por un momento dudé si llamar a la policía o dejarlo pasar para no remover a los que ahora sabía me seguían. Pero lo hice. Llamé al 112 y al poco rato una patrulla de la Guardia Civil acudió a mi casa. Hicieron su trabajo minuciosamente, contesté a sus preguntas, pero como les dije que no

se habían llevado nada de valor, supongo que archivaron mi denuncia sin poder hacer mucho más.

Después de una noche en la que apenas pude dormir, me puse a reordenar los papeles de John que Andrew me había dado y que los ladrones habían esparcido por toda la habitación, tratando de olvidar que habían entrado en mi casa en busca de las notas de mi abuelo. Entre aquellos papeles pude ver anotaciones de anuncios de periódico, pero la única información que encontraba eran los nombres de cuatro agentes nazis y los planes que tenían para tomar el control de las aguas de Gibraltar, a los que ya John denunció ante sus superiores en su día.

Entonces recordé las palabras de Andrew cuando me dijo que su abuelo informó a sus superiores solo de lo que creía no le metería en más problemas. Con aquello en mente entendí que no había sacado a la luz todo lo que mi abuelo había descubierto y decidí centrarme solo en la libreta de José para llegar al fondo del asunto.

Saqué el cuaderno de mi abuelo, que había subido del coche escondido debajo de mi sudadera, y me puse a repasar las notas manuscritas de mi abuelo, tratando de ordenar sus recortes de periódico y de entender los códigos ocultos que había utilizado para encubrir el mensaje frente a ojos ajenos. Lo intenté con miles de combinaciones, pero no llegaba a nada. No era un experto en criptografía y me dolían los ojos de tanto leer y releer los artículos que José recortó y sus anotaciones. Me había perdido tanto entre aquellos papeles, que hasta había olvidado comer. Y al empezar a ver todo borroso por el cansancio, las letras empezaron a tener un orden en mi mente. Empecé a escribir lo que veía. Era como si mi mismísimo abuelo me estuviera dictando lo que había escrito. El mensaje se hizo claro ante mí.

No podía creer lo que estaba leyendo. Ahora las cosas que había leído en el diario de Sonia tomaban sentido. Por fin descubría la razón por la que nunca a ella le hicieron nada, e incluso porque sin ella saberlo, le ayudaron para que pudiera llevar una buena vida y no le faltara de nada, ni a ella ni a mi madre.

Necesitaba aire fresco para asimilar aquello. Pensé en mi madre y sobre todo en Sonia, en mi abuela, que no sé cómo se hubiera tomado la noticia. Para la pobre fue ya demasiado el saber que su madre vivía y que la había abandonado sin nunca arrepentirse por ello. Salí a despejarme a la playa, a recibir algo de aquella brisa mediterránea que según mi madre, tanto echó de menos mi abuela en el húmedo Londres.

Los chiringuitos de la playa estaban cerrados y no había más que un par de personas jugando con sus perros. Al final de la playa, hacia donde desembocaba el río, miraba y admiraba la roca de Gibraltar mientras pensaba en mis abuelos. Había encontrado a quienes destrozaron sus vidas y su bonita historia de amor.

De vuelta a casa me percaté de que esparcidos por la arena había varios bidones blancos. No los había visto antes porque iba tan encerrado en mis pensamientos que hasta me costaba inspirar aquella belleza. Me acerqué a ellos y pude oler a gasolina. Debían de ser los bidones que los narcos tiran de sus lanchas según avanzan hacia las playas de España, aligerando así su peso. Aquello me devolvió a la razón por la que estaba allí: descubrir quiénes mataron a mi abuelo. Y algo me decía que tenían que ver con el contrabando de la época en la zona que vigilaba José como carabinero.

De vuelta en casa me hice una taza de té tratando de calmar mis nervios. No sabía qué hacer con la información que había encontrado. Habían transcurrido ya tantos años que ya no arreglaba nada. O al menos no arreglaba la vida de mis abuelos. Pero en cierto modo sentía, debía tratar de destapar lo que hicieron en honor a ellos, que tuvieron que dejar esta tierra maravillosa, huyendo

de esta gente que siguió enriqueciéndose a costa de otros, sin importarles en absoluto la muerte de mi abuelo, o que mi madre se criara sin un padre.

Decidí mandar un mensaje de WhatsApp a Emma para quedar para cenar y hacerle partícipe de lo que había encontrado. Necesitaba compartir la información y no conocía nadie más con quien pudiera hacerlo.

—Hola, Emma, qué tal estás. Quisiera saber si te apetece cenar conmigo. Preparo algo de comer en casa, no soy el mejor chef del mundo, pero tengo una información que me gustaría compartir contigo, es sobre mi familia y no quiero hacerlo en un lugar público.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono y temí su rechazo, a pesar de que por su lenguaje corporal durante la última cita, pensé que accedería a quedar conmigo de nuevo. Quizá era demasiado pronto para invitarle a casa, pero necesitaba un lugar tranquilo donde contarle lo que había descubierto.

Por fin habló.

—Perdona James, estoy en el coche y se corta la comunicación. Sí, claro, estaré encantada de ir a cenar a tu casa, llevo el vino y así me cuentas tranquilamente lo que has encontrado. Me paso a las ocho. Hasta luego.

—Hasta luego Emma.

No sé si estaba más alterado por la información que había descubierto que destapó mi abuelo, o por el sí de Emma. En cualquier caso tenía que darme prisa e ir al supermercado a comprar algo para la cena. Así que cogí mi coche y me fui hasta una tienda gourmet que había en el centro comercial local. El lugar estaba lleno de exquisiteces. Me decidí por una variedad de quesos y unos platos preparados que me dijeron su propio chef preparaba. Seguro que era una mejor alternativa a que yo intentase quemar cualquier cosa en la cocina.

Me cambié a algo más cómodo y aguardé con ansias la llegada de Emma. Su entrada fue como un soplo fresco. Su sonrisa iluminó el ambiente y un aroma delicado logró por un momento hacerme olvidar el verdadero propósito de aquella cena. Cuando se acercó a mí a saludarme con los dos besos en las mejillas, noté el calor en mi cuerpo y unas ganas locas de abrazarla y de olvidarme de las noticias que quería compartir con ella.

Abrí la botella de Rioja que trajo, serví el vino en unas bonitas copas, y nos sentamos en la mesa donde tenía la libreta de mi abuelo.

—Muchas gracias por venir Emma. Necesitaba compartir contigo lo que he encontrado. Pero primero decirte que han entrado a mi casa. El otro día, al volver de la playa, la habitación donde estoy trabajando apareció revuelta, al igual que los cajones del salón y de la cocina. No se llevaron nada, por eso deduzco que venían a buscar el cuaderno de mi abuelo. Y después de descifrar la información que encontró, no me extraña que quieran hacerla desaparecer. He logrado desentrañar lo que mi abuelo anotó en la libreta que tu madre entregó a la mía, la misma que John tomó en París tras la muerte de José y luego dio a tu abuelo Manolo para que la escondiera. Lo que he descubierto jamás lo hubiera imaginado, y si mi madre viviera creo que no se lo contaría, porque es demasiado duro de digerir. Pobre abuela Sonia y pobre tío Henry, lo que sufrieron por una madre a la que le importaron más otros asuntos.

Emma me miraba expectante, con los ojos tan abiertos que pude apreciar su color entre verde y miel. Aun en esos momentos de tensión no podía evitar que toda ella me atrajera. Atenta para saber qué le iba a contar, no dejaba de mirarme fijamente.

—Entre las anotaciones de mi abuelo se encuentra el nombre de la persona responsable de los espías nazis en esta zona. Debí de descubrirlo cuando se comunicaba con sus agentes a través

de mensajes escondidos en el periódico Le Figaro que leía mi abuelo mientras vivieron en París.

Trataba de respirar, tragar saliva. Quería terminar de contarle a Emma lo que había descubierto, pero la imagen de mi abuela acudía a mí, a pesar de haberla conocido solo por foto, y no podía evitar sentir la angustia que tuvo que vivir fuera de su tierra, sin padres, y un bebé a cuyo padre habían asesinado.

—El responsable de los agentes alemanes en el Campo de Gibraltar era Hannah Benarroch, más tarde Hannah Evans... mi bisabuela. Ella desde Londres dirigió a los espías de Gibraltar, y las zonas limítrofes en España, para enriquecerse con el contrabando y pasar información a los alemanes, ayudándoles a hacerse con el dominio de Gibraltar y el Mediterráneo. Y ella fue también la que dio orden de eliminar a mi abuelo para que no hablara, sin importarle en absoluto la felicidad de su propia hija, a la que había abandonado siendo una niña pequeña en Gibraltar, escapando ella con un supuesto comerciante inglés.

—Cómo siento escuchar eso James. Nuestros abuelos luchando contra esa gente, y resulta que la madre de tu abuela era el mayor enemigo.

—No solo eso Emma, es que esa mujer fue tan fría que no solo abandonó a mi abuela en Gibraltar, sino que luego hizo lo mismo con mi tío Henry, quien creció huérfano pensando que no tenía padres, cuando estos debían estar aquí por esta zona en España, dándose a la buena vida, mientras él creció solo en un colegio interno cerca de Londres.

Se me entrecortaba la voz al hablar de mi tío, quien siempre había sido una persona con problemas sociales por el dolor que una infancia sin amor paternal y los abusos sufridos en el colegio le habían dejado. Siempre estuvo presente en mi vida cuando era pequeño, y me dolía que su enorme sufrimiento hubiera sido provocado por su propia madre, que siguió viviendo como si nada, sin considerar el dolor que causó a sus hijos.

Hannah fue capaz de abandonar primero a Sonia en La Caleta y luego a Henry en Londres, y seguir viviendo como si no existieran, solo haciéndoles llegar dinero para limpiar su conciencia para seguir con su ambición desmedida.

Emma se acercó en ese momento y me abrazó, y por un momento pude olvidar la rabia que sentía hacia aquella mujer que tanto dolor había causado en mi familia. Cerré los ojos y me dejé llevar por su olor dulce y su piel suave, consiguiendo que solo los dos importáramos durante las próximas horas. Nos entregamos el uno al otro con pasión y ternura, en un momento que marcaría el inicio de algo profundo y especial entre nosotros. Sus caricias lograron que el pasado desapareciera durante unas horas y que yo me centrara en las ganas de amar de aquella mujer.

El amanecer nos sorprendió demasiado rápido, y me resistía a que Emma se apartara de mí. Nunca había sentido tanta conexión con ninguna mujer y cuando Emma me dejó porque tenía que irse a trabajar me quedé inmenso en un torbellino de emociones a las que decidí escuchar.

Encontrar a Emma había sido una bendición, pero mi trabajo me gustaba, así que durante horas estuve dándole vueltas en mi cabeza a la posibilidad de quedarme allí a vivir y pedir un traslado. España me gustaba. El cielo azul era un imán para mí. Y Emma, estaba realmente calando en mí y me sentía muy cómodo con ella.

Así que llamé a mi jefe en Londres, le conté las noticias sobre mi abuela, y él estuvo de acuerdo conmigo que sería una gran aportación a la policía española para ayudarles a combatir el contrabando de lo que era considerada una zona caliente desde La Línea de la Concepción hasta Algeciras, por donde los mismos que en la época de mi bisabuelo movían todo tipo de mercancías, ahora seguían haciendo lo mismo.

Me propuse continuar con la labor que mi abuelo no pudo terminar.

El papeleo desde la oficina de Londres fue rápido y en pocas semanas me puse bajo las órdenes de la Policía Nacional en la Línea de la Concepción, donde iba a colaborar como inspector, tratando de averiguar quiénes eran los altos responsables del tráfico de sustancias en la zona que tanto dinero movía.

Llamé a Emma con la idea de comunicarle mi decisión. No sabía cómo se lo iba a tomar, ya que podría creer que quería introducirme demasiado en su vida, pero para mi desconcierto, me invitó a ir a comer a casa de su madre a Castellar de la Frontera, para celebrarlo.

Parecía que una nueva vida empezaba para mí.

21. Los entresijos

Lo primero que me propuse en mis ratos libres fue encontrar a mi familia. Cuando mi bisabuela volvió de Londres, todavía era joven y estaba convencido de que habría formado una familia para no llamar la atención.

Como tenía sus apellidos, rebusqué en los archivos municipales de la zona, hasta que encontré su nombre, el de su marido y el de una hija, junto con una dirección en Sotogrande.

Me faltó tiempo para presentarme en aquel domicilio en el que me abrió la puerta una señora de edad ya avanzada que parecía ser el ama de llaves de la casa. Le expliqué quién era, y me dijo que Joanna, que así se llamaba la hermana pequeña de Sonia, mi bisabuela, de la que por supuesto nunca había sabido nada, hacía pocos años que había fallecido y que ahora ella era la única persona que vivía allí, ya que Joanna era una buena mujer a la que su familia le dio la espalda por no apoyar los negocios familiares, y en agradecimiento por haber siempre estado a su lado y cuidarla, le había dejado aquella casita con un jardín precioso y escondida de la vista de la calle.

La señora de cabello blanco recogido en un minúsculo moño con apenas pelo, Juana, me invitó a pasar después de mirar a los lados antes de atraerme hacia dentro con un empujón, como si no quisiera que nadie se percatara de que estaba entrando en su casa. Farfulló algo que me sonó como “nunca nos dejan en paz”.

Me ofreció un café que acepté con ganas, ya que me había acostumbrado a esos cortos tan fuertes que te despiertan de un par de sorbos.

Le conté sobre la vida de mi abuela, y cómo había averiguado que Joanna era su hermana pequeña. La anciana, con rostro apenado y mirando a la nada, me dijo que era una pena que no hubieran sabido nunca la una de la otra, porque hubieran sido grandes amigas.

Juana abrió un cajón y sacó un par de álbumes. Me mostró fotos de Joanna cuando era joven, y para mi sorpresa fue casi como ver a Sonia.

La mujer empezó a hablarme de la que fue su señora, pero además, amiga.

—Yo era poco más que una niña todavía cuando entré a servir en casa de la señora al casarse con aquel estirado. —Por la cara que puso y el tono despectivo que utilizó al referirse al marido, pude ver que nunca fue de su agrado. —Mi familia es de Casares, soy la pequeña de ocho hermanos; en mi casa no había para comer, y mi madre, que conocía a Hannah de su época matutera y por algún chanchullo que había hecho para ella, consiguió que yo me viniera a trabajar con su hija que estaba recién casada y necesitaba ayuda y compañía.

—¿Y tuvo hijos Joanna?

La cara de aquella señora, con manos temblorosas, arrugadas y secas por el paso de los años, se iluminó y rebuscó entre los álbumes, hasta que encontró lo que buscaba. Una foto de dos niños pequeños, una niña y un niño que parecían tener la misma edad.

—Joanna tuvo dos gemelos, Josh y Patricia. El parto fue tan malo que no pudo tener más

hijos, pero a mí siempre me dijo que aunque hubiera podido, no hubiera querido más, porque no quería que se parecieran a su marido.

Juana tenía ganas de hablar. Según me dijo hacía muchos años que había perdido contacto con sus hermanos, ya que ella siempre había estado en el entorno de Joanna y sus hermanos casi todos tuvieron que salir a Barcelona algunos y otros a Bilbao en busca de trabajo, y nunca nadie iba a visitarle. Solo una mujer de origen rumano iba a la casa cuatro días por semana, encargándose de mantener limpia la mansión, traerle la compra y dejarle comida hecha para la semana. Así que yo debí parecerle una bendición, más, cuando pude contarle la historia de Sonia y cómo tuvo que huir de allí al creer que mi abuelo carabinero había sido asesinado.

Al ver la foto de mi abuela la puso al lado de una de Joanna. Los ojos de la mujer me miraron vidriosos con lágrimas que contenía, asombrada, del gran parecido de aquellas mujeres que tanto habían sufrido y que siendo hermanas nunca supieron nada la una de la otra.

Juana me contó que Joanna siempre había sido una niña débil, según su madre, y siempre se había mantenido apartada de los negocios de la familia.

—Yo creo que no tuvo ni un solo día en esta vida en el que fuera feliz. —Me dijo con los ojos llorosos.

Al parecer se casó, o más bien sus padres la casaron, con Federico, que en palabras de Juana era un caradura y un vividor.

—Le dio muy mala vida a mi señora. Nunca le mostró la más mínima muestra de cariño, solo estaba con ella por su dinero y por los contactos de sus padres. Joanna lo sabía, pero no había mucho que pudiera hacer, ya que Federico era el que sus padres habían elegido para ella y para que dirigiera los negocios de la familia, y era consciente de que no podía escaparse de aquella cárcel.

Joanna nunca quiso saber nada de los asuntos de dinero de la familia, aunque le mandaron a la mejor universidad para estudiar empresariales y pudiera así encargarse de los mismos. A pesar de eso nunca le atrajo el mundo que rodeaba a su familia, ella era feliz pintando o leyendo, y sobre todo ayudando a los demás, cosa que trataba de hacer organizando fiestas benéficas que no eran del desagrado de su familia.

Como sus padres, no querían que el imperio que habían creado se esfumara, buscaron al candidato ideal para Joanna, o mejor, para seguir haciendo crecer sus negocios: Federico, hijo de un alto cargo militar durante la época del franquismo que pertenecía al círculo de amistades de los padres de Joanna.

—El señor no tenía ningún tipo de escrúpulos, al igual que los padres de mi señora, y se pasaba el día fuera de casa en reuniones con políticos, para sacar dinero y negocio de todos los lados. Eso sí, era digno sucesor de los asuntos de los señores, y llegó a ser más corrupto y más fiestero que ellos, tanto que en una de esas bacanales de excesos, falleció, según le contaron a mi señora, de un ataque al corazón.

Juana suspiraba con melancolía al contarme la vida que había tenido su querida señora.

—Joanna era una mujer que siempre parecía estar triste. Nunca recibió ningún tipo de afecto por parte de sus padres, quienes desde muy joven la enviaron a estudiar a colegios a Londres. Y cada vez que volvía a casa no la trataban demasiado bien ni contaban con ella en sus reuniones y salidas, porque según ellos les había salido demasiado blanda. Y es que a Joanna le importaba el prójimo. Gracias a que estuvo lejos de sus padres pudo tener un corazón. A mí siempre me trató como si fuera una buena amiga suya, tanto que mire usted que pensó en mí, dejándome esta casa para que tuviera dónde pasar mis últimos días. Ahora, cuando yo muera, iré a la beneficencia

porque así lo hubiera querido ella, para que puedan venderla y sacar dinero para ayudar a los más necesitados.

Juana me pidió que le acercara un vaso de agua, mientras sacó de la nevera un trozo de bizcocho para que lo tomáramos de merienda y me pudiera seguir contando sobre Joanna y su familia.

—Ojalá pueda usted atrapar a Josh, el hijo de Joanna, que sigue haciendo lo mismo que sus abuelos y su padre. Anda metido en cosas sucias. Su madre no quería saber nada de él porque no aprobaba lo que hacía. Según Joanna, se estaba llenando los bolsillos vendiendo cosas que mataban a los demás. Ese niño creció siendo un consentido de sus abuelos y el padre se lo llevó con él a sus chanchullos desde que era muy pequeño y así ha salido. Y su hermana no le anda a la zaga. A ella no le dejaron meter demasiado el hocico en los negocios, pero salió de corazón frío, igual que su gemelo, y como no le trataban en casa como la reina que creía ser, se buscó un marido millonario colombiano que conoció en una de las fiestas que daba su hermano en la casa familiar. A Joanna se le partía el corazón viendo en lo que se habían convertido sus hijos, a los que parió con dolor, pero nunca le dejaron criar, porque según Hannah, necesitaban una mano más dura que la de ella. Esos gemelos son los dignos herederos de Hannah, con sus mismos ojos de hierro y la misma sed de dinero y poder.

Después de un buen rato, me excusé ante aquella amable mujer, ya que si hubiera sido por ella me podría haber quedado allí toda la noche escuchando sus historias llenas de dolor, por lo que Joanna, al igual que Henry y Sonia, tuvo que sufrir por tener unos padres de acero.

Me fui a casa con información suficiente para saber que la madre de Sonia y por ende mi familia en España, estaban metidos en negocios turbios, contra los que yo luchaba.

Juana me pidió que la visitara, y así lo haría porque sabía que las personas de su edad no solo estaban deseosas de compañía, sino que traían a su memoria acontecimientos del pasado con total claridad.

Esa mujer había sido testigo silencioso de muchas reuniones secretas y observado los rostros de los implicados en los negocios sucios de la zona, y su necesidad de compañía y de honrar a su amada amiga, me podrían servir en mis investigaciones para vengar la muerte de mi abuelo.

GRACIAS

Antes que nada, quiero agradecerte leer esta historia. Espero que hayas disfrutado de la lectura tanto como yo escribiéndola.

La idea surgió porque uno de mis bisabuelos fue carabinero destinado en diferentes puestos fronterizos como Benasque o La Línea de la Concepción, y siendo Gibraltar un lugar especial en mi corazón, investigando sobre la zona, descubrí que la zona había sido un punto clave para el control del Mediterráneo y que hubo espías y dobles agentes, lo que me llevó a ver en mi cabeza la historia que acabas de leer.

Por el momento estoy ya preparando la novela **“Donde todo empezó”**, que tomará como protagonista al abuelo de mi marido, que desde Laguardia, en Rioja Alavesa se fue a Argentina, pero no descarto más adelante seguir con James y sus pesquisas en el estrecho.

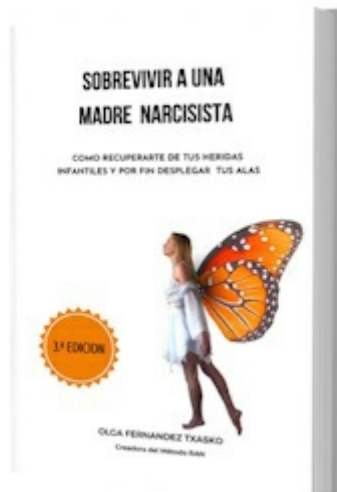
Si te gustan las novelas con un fondo histórico te dejo la historia inspirada en la vida de mi abuela que vivió el bombardeo de Guernica, [Mujercitas de Guernica](#).



Si deseas saber más de mí puedes visitar mi web www.olgafernandeztxasko.com. También me encontrarás en Facebook, Instagram o YouTube bajo mi nombre.

Decirte que empecé escribiendo libros de autoayuda que fueron los que me dieron la fuerza para escribir historias, ya que era lo que siempre me había gustado desde pequeña. Así que te dejo aquí mis libros para que puedas echarles un vistazo y quizá haya alguno que te ayude igual que me hicieron a mí.

[*Sobrevivir a una Madre Narcisista, Cómo recuperarte de tus heridas infantiles y por fin desplegar tus alas*](#)



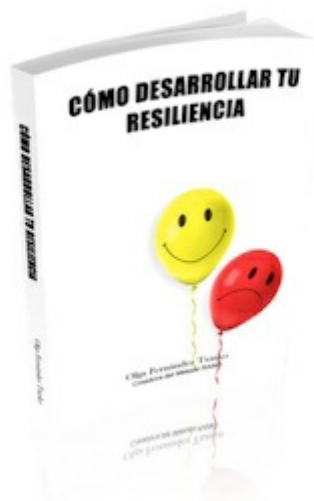
Desengáñate del Miedo, Sube tu Autoestima: Un Viaje Transformador hacia tu Liberación Emocional



Rompe con tu Codependencia. Deja de servir a los demás y ámate



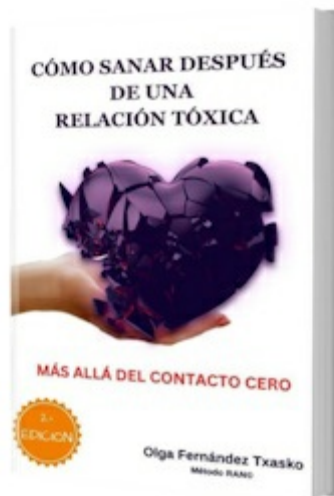
Cómo Desarrollar tu Resiliencia



66 días y 6 Pasos para lograr Hábitos Exitosos: Entiende tu cerebro para adquirir un nuevo hábito

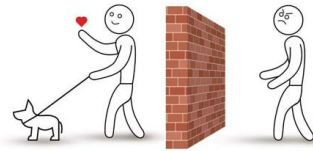


Cómo sanar después de una relación tóxica: Más allá del contacto cero



Cómo llevar a cabo el Contacto Cero y Establecer Límites

cómo llevar a cabo el contacto cero y Establecer Límites



Olga Fernández Txasko
Coautora del Método NAME (Recuperación del Abuso Narcisista)

Hombre Abusado, Hombre Castrado: Cuando el Hombre Sufre el Abuso Narcisista

Hombre Abusado, Hombre Castrado

Cuando el Hombre Sufre el Abuso Narcisista



Olga Fernández Txasko
Coautora del Método NAME (Recuperación del Abuso Narcisista)

Empodérate Después del Abuso Narcisista: Guía para Recuperar tu Identidad



[*30 Pasos para tu Empoderamiento: Destapa tu Subconsciente y Alcanza tu Éxito*](#)

